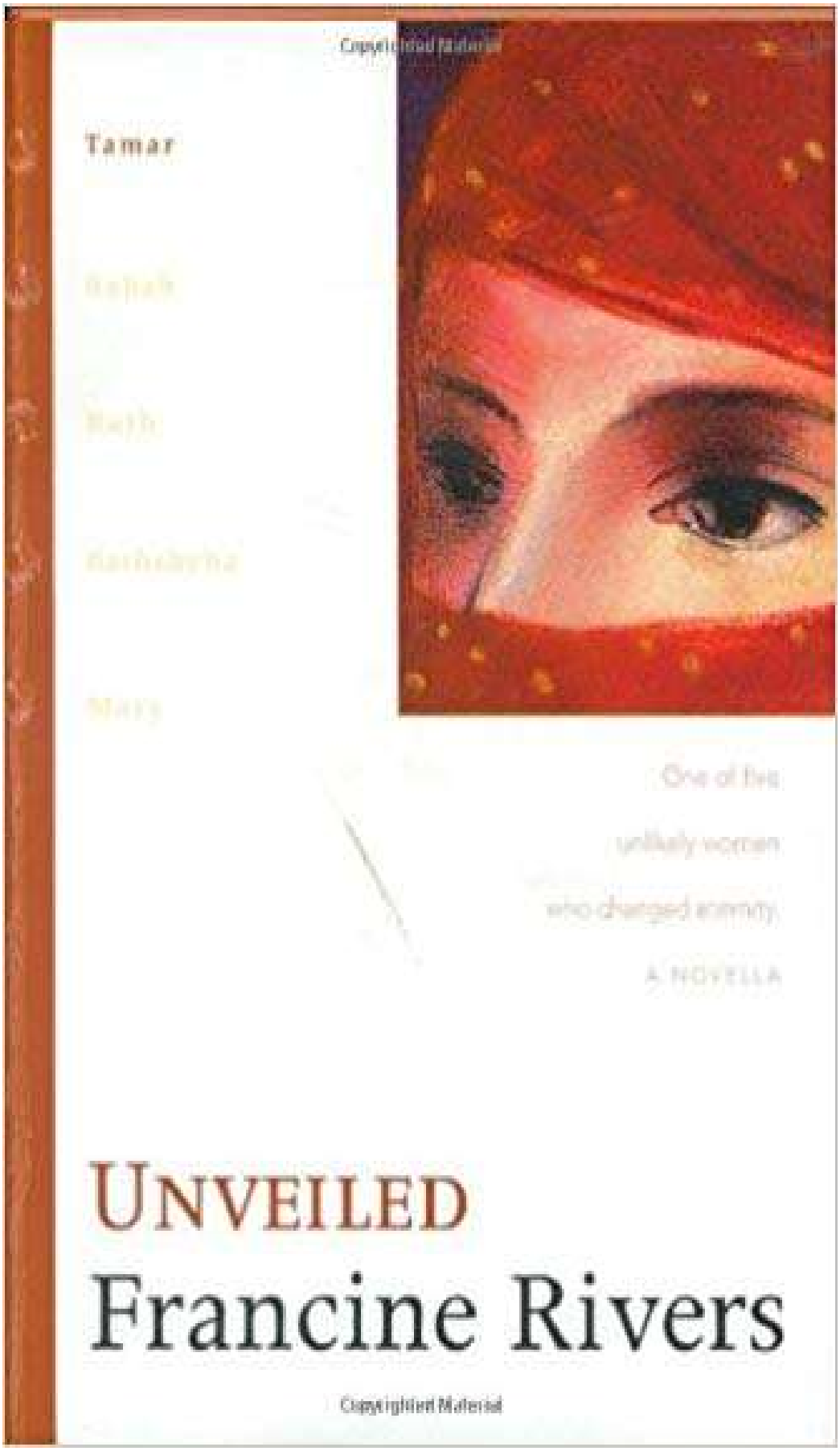

Traducido y revisado por: Noemí

Introducción

QUERIDO LECTOR,

Esta es la primera de cinco novelas sobre las mujeres en el linaje de Jesucristo. Estas fueron mujeres orientales que vivieron en tiempos antiguos, y sin embargo sus historias se aplican a nuestras vidas y a los difíciles problemas que enfrentamos en nuestro mundo de hoy. Estaban al límite. Tenían valor. Se arriesgaron. Hicieron lo inesperado. Vivían vidas atrevidas, y a veces cometían errores, grandes errores. Estas mujeres no eran perfectas, y sin embargo Dios, en su infinita misericordia, las usó en su plan perfecto para dar a luz al Cristo, el Salvador del mundo.

Vivimos en tiempos desesperados y problemáticos, cuando millones de personas buscan respuestas. Estas mujeres señalan el camino. Las lecciones que podemos aprender de ellos son tan aplicables hoy como cuando vivieron hace miles de años.

Tamar es una mujer de esperanza.

Rahab es una mujer de fe.

Ruth es una mujer de amor.

Betsabé es una mujer que recibió gracia ilimitada.

María es una mujer de obediencia.

Estas son mujeres históricas que realmente vivieron. Sus historias, como les he dicho, se basan en relatos bíblicos. Aunque algunas de sus acciones nos parezcan desagradables en nuestro siglo, necesitamos considerar a estas mujeres en el contexto de sus propios tiempos.

Esta es una obra de ficción histórica. El bosquejo de la historia es proporcionado por la Biblia, y he comenzado con los hechos que se nos han proporcionado allí. Construyendo sobre esa base, he creado acción, diálogo, motivaciones internas y, en algunos casos, personajes adicionales que siento que son consistentes con el registro bíblico. He intentado permanecer fiel al mensaje bíblico en todos los puntos, añadiendo sólo lo que es necesario para ayudarnos a entender ese mensaje.

Al final de cada novela, hemos incluido una breve sección de estudio. La autoridad suprema sobre la gente de la Biblia es la Biblia misma. Los animo a que lo lean para una mayor comprensión. Y oro para que, al leer la Biblia, usted se dé cuenta de la continuidad, la consistencia y la confirmación del plan de Dios para los tiempos - un plan que lo incluye a usted.

Francine Rivers

Ajuste de la escena

GÉNESIS 37:1-38:6

Y Jacob se estableció otra vez en la tierra de Canaán, donde había vivido su padre.

Esta es la historia de la familia de Jacob. Cuando José tenía diecisiete años, a menudo cuidaba el rebaño de su padre con sus medio hermanos, los hijos de las esposas de su padre, Bilhah y Zilpah. Pero José le informó a su padre de algunas de las cosas malas que sus hermanos estaban haciendo. Jacob amaba a José más que a ninguno de sus otros hijos porque José le había nacido en su vejez. Así que un día le dio a José un regalo especial: una hermosa túnica. Pero sus hermanos odiaban a José por la parcialidad de su padre. No pudieron decirle una palabra amable.

Una noche José tuvo un sueño y rápidamente informó de los detalles a sus hermanos, lo que hizo que lo odiaran aún más.

—Escuchen este sueño—, anunció—. Estábamos en el campo atando fardos de grano. Mi bulto se levantó, y entonces todos vuestros bultos se reunieron y ¡se inclinaron profundamente ante él!

—Así que vas a ser nuestro rey, ¿verdad? — Sus hermanos se burlaron. Y lo odiaron aún más por su sueño y por lo que había dicho.

Entonces José tuvo otro sueño y se lo contó a sus hermanos. Escuchen este sueño—, dijo—. El sol, la luna y once estrellas ¡se inclinaron profundamente ante mí!

Esta vez se lo dijo a su padre, así como a sus hermanos, y su padre le reprendió. — ¿Qué quieres decir? —Preguntó su padre—. ¿Tu madre, tus hermanos y yo nos inclinaremos ante ti? — Pero mientras sus hermanos estaban celosos de José, su padre lo pensó un poco y se preguntó qué significaba todo esto.

Poco después, los hermanos José fueron a pastorear los rebaños de su padre en Siquem. Cuando se fueron por un tiempo, Jacob le dijo a José: —Tus hermanos están en Siquem con los rebaños. Te voy a enviar con ellos.

—Estoy listo para partir, —contestó José.

—Ve a ver cómo se llevan tus hermanos y los rebaños—, dijo Jacob—. Y vuelve y tráeme un mensaje—. Entonces Jacob lo envió y José viajó a Siquem desde su casa en el valle de Hebrón.

Cuando llegó allí, un hombre se dio cuenta de que deambulaba por el campo. — ¿Qué estás buscando? —preguntó.

—Por mis hermanos y sus rebaños, —contestó José—. ¿Los has visto?

—Sí, —le dijo el hombre—, pero ya no están aquí. Escuché a tus hermanos decir que iban a Dothan—. Y José siguió a sus hermanos a Dotán y los encontró allí.

Cuando los hermanos José lo vieron venir, lo reconocieron a lo lejos e hicieron planes para matarlo. ¡Aquí viene ese soñador! —exclamaron. Vamos, matémoslo y arrojémoslo a un pozo profundo. Podemos decirle a nuestro padre que un animal salvaje se lo ha comido. ¡Entonces veamos qué pasa con todos sus sueños!

Pero Rubén vino al rescate de José. No lo matemos, —dijo—. ¿Por qué debemos derramar su sangre? Tirémoslo vivo a este pozo de aquí. Así morirá sin que tengamos que tocarlo—. Rubén estaba planeando secretamente ayudar a José a escapar, y luego lo traería de vuelta con su padre.

Así que cuando José llegó, le quitaron su hermoso manto y lo arrojaron al pozo. Esta fosa se utilizaba normalmente para almacenar agua, pero estaba vacía en ese momento. Entonces, justo cuando estaban sentados para comer, vieron a lo lejos una caravana de camellos que venía hacia ellos. Era un grupo de comerciantes ismaelitas que llevaban especias, bálsamo y mirra de Galaad a Egipto.

Judá dijo a los demás: — ¿Qué podemos ganar matando a nuestro hermano? Eso nos daría una conciencia culpable. Vendamos a José a los comerciantes ismaelitas. No seamos responsables de su muerte; después de todo, ¡es nuestro hermano! — Y sus hermanos estuvieron de acuerdo. Cuando llegaron los mercaderes, sacaron a José del pozo y lo vendieron por veinte monedas de plata, y los mercaderes ismaelitas se lo llevaron a Egipto.

Un tiempo después, Rubén regresó para sacar a José del pozo. Cuando descubrió que José había desaparecido, se desgarró la ropa con angustia y frustración. Luego volvió con sus hermanos y se lamentó: —El niño se ha ido. ¿Qué puedo hacer ahora?

Entonces los hermanos José mataron una cabra y mojaron la túnica en su sangre. Llevaron la hermosa túnica a su padre y le pidieron que la identificara. —Encontramos esto en el campo, —le dijeron—. Es la túnica de José, ¿no?

Su padre lo reconoció de inmediato. —Sí, —dijo—, es la túnica de mi hijo. Un animal salvaje lo ha atacado y se lo ha comido. Seguramente José ha sido despedazado. Entonces Jacob se desgarró sus vestiduras y se puso un saco. Lloró profundamente por su hijo durante muchos días. Toda su familia trató de consolarlo, pero no sirvió de nada. —Moriré de luto por mi hijo, —decía y luego empezaba a llorar.

Mientras tanto, en Egipto, los comerciantes vendieron a José a Potifar, un oficial del Faraón, el rey de Egipto. Potifar era el capitán de la guardia del palacio.

Por esta época, Judá dejó su casa y se mudó a Adulam, donde visitó a un hombre llamado Hira. Allí conoció a una mujer cananea, la hija de Sua, y se casó con ella. Quedó embarazada y tuvo un hijo, y Judá le puso el nombre de Er.

Entonces la mujer de Judá tuvo otro hijo, y lo llamó Onán. Y cuando tuvo un tercer hijo, lo llamó Sela. En el momento del nacimiento de Sela vivían en Kezib.

Cuando su hijo mayor, Er, creció, Judá arregló su matrimonio con una joven llamada Tamar. . .

Uno

Cuando Tamar vio a Judá llevando un burro cargado de sacos y una alfombra fina, tomó su azadón y corrió hasta el límite más lejano de la tierra de su padre. Enferma de pavor, trabajó de espaldas a la casa, esperando que él pasara y buscara a otra chica para su hijo. Cuando su nodriza la llamó, Tamar fingió que no oía y golpeó más fuerte a la tierra con su azada. Las lágrimas la cegaron.

— ¡Tamar! —Acsa resopló al llegar a ella—. ¿No viste a Judá? Debes volver a la casa conmigo ahora. Tu madre está a punto de enviar a tus hermanos a buscarte, y no les agradará tu retraso—. Acsa hizo una mueca de dolor—. No me mires así, niña. Esto no es obra mía. ¿Preferirías un matrimonio con uno de esos comerciantes ismaelitas de camino a Egipto?

—Has oído hablar del hijo de Judá igual que yo.

—Me he enterado. —Ella extendió su mano, y Tamar renuentemente renunció a la azada—. Tal vez no sea tan malo como crees.

Pero Tamar vio en los ojos de su nodriza que Acsa tenía sus propias dudas.

La madre de Tamar las recibió y agarró a Tamar por el brazo. — ¡Si tuviera tiempo, te pegaría por huir! —Metió a Tamar dentro de la casa, a los cuartos de las mujeres.

En cuanto Tamar atravesó la puerta, sus hermanas le pusieron las manos encima y le tiraron de la ropa. Tamar jadeó de dolor mientras una tiraba descuidadamente de la cubierta de su cabeza, tirando también de su pelo. — ¡Detente! ¡Detente! —Ella levantó las manos para protegerse, pero su madre intervino.

— ¡Quédate quieta, Tamar! Ya que Acsa tardó tanto en ir a buscarte, debemos darnos prisa.

Todas las chicas hablaban a la vez, excitadas, ansiosas.

— ¡Madre, déjame ir tal como estoy!

— ¿Directo de los campos? ¡No lo harás! Te presentaremos con lo mejor que tenemos. Judá ha traído regalos con él. Y no te atrevas a avergonzarnos con lágrimas, Tamar.

Al tragar convulsivamente, Tamar luchó por el autocontrol. No tuvo más remedio que someterse a las ministraciones de su madre y sus hermanas. Estaban usando las mejores ropas y perfumes para su aparición ante Judá, el hebreo. El hombre tenía tres hijos. Si ella le gustaba, sería el primogénito, Er, quien se convertiría en su marido. La última cosecha, cuando Judá y sus hijos habían traído sus rebaños a pastar en los campos cosechados, su padre le había ordenado que trabajara cerca. Ella sabía lo que él esperaba lograr. Ahora, parecía que lo había hecho.

—Madre, por favor. Necesito otro año o dos antes de que esté lista para entrar en mi propia casa.

—Tu padre decide cuándo eres lo suficientemente mayor—. Su madre no la miraba a los ojos—. No es tu derecho cuestionar su juicio—. Las hermanas Tamar parloteaban como urracas, haciéndola querer gritar. Su madre aplaudió. —¡Suficiente! ¡Ayúdenme a preparar a Tamar!

Apretando la mandíbula, Tamar cerró los ojos y decidió que debía resignarse a su destino. Ella sabía que un día se casaría. También sabía que su padre elegiría a su marido. Su único consuelo era el período de esponsales de diez meses. Al menos tendría tiempo para preparar su mente y su corazón para la vida que se avecinaba.

Acsa le tocó el hombro. —Trata de relajarte—. Ella desató el pelo de Tamar y empezó a cepillarlo con pinceladas largas y firmes. —Piensa en cosas tranquilizadoras, querida.

Se sentía como un animal que su padre estaba preparando para la venta. Ah, ¿no es cierto? La ira y la desesperación la llenaron. ¿Por qué la vida tenía que ser tan cruel e injusta?

—Petra, trae el aceite perfumado y frótale la piel con él. ¡No debe oler como una esclava de campo!

—Mejor si huele a ovejas y cabras, —dijo Acsa—. A los hebreos les gustaría eso.

Las niñas se rieron a pesar de la reprimenda de sus madres. —No estás mejorando las cosas, Acsa. Ahora, ¡cállate!

Tamar agarró la falda de su madre. —Por favor, madre. ¿No podrías hablar con papá por mí? Este chico es... ¡es malvado! —Las lágrimas se precipitaron antes de que ella pudiera detenerlas—. Por favor, no quiero casarme con Er.

La boca de su madre se estremeció, pero no se rindió. Ella sacó la mano de los pliegues de su falda y las sostuvo firmemente entre las suyas. —Sabes que no puedo alterar los planes de tu padre, Tamar. ¿De qué serviría que dijera algo en contra de este partido si no fuera para avergonzarnos a todos? Judá está aquí.

Tamar se echó a llorar, con miedo a que sus lágrimas inundaran sus entrañas.

Su madre le agarró la barbilla y la obligó a levantar la cabeza. —Te he preparado para este día. No nos sirves de nada si no te casas con Er. Mira esto por lo que es: buena suerte para la casa de tu padre. Construirás un puente entre Zimran y Judá. Tendremos la seguridad de la paz.

—Somos más que ellos, madre. —Los números no siempre importan. Ya no eres una niña, Tamar. Tienes más valor que esto.

— ¿Más coraje que Padre?

Los ojos de su madre se oscurecieron con ira. Soltó a Tamar abruptamente. —Harás lo que se te diga o soportarás todas las consecuencias de tu desobediencia.

Derrotada, Tamar no dijo nada más. Todo lo que había hecho era humillarse a sí misma. Quería gritarles a sus hermanas para que dejaran de parlotear. ¿Cómo podían regocijarse por su desgracia? ¿Qué importaba si Er era guapo? ¿No habían oído hablar de su crueldad? ¿No sabían de su arrogancia? Se decía que Er causaba problemas dondequiera que iba.

—Más kohl, Acsa. La hará parecer mayor.

Tamar no podía calmar el latido salvaje de su corazón. Las palmas de sus manos se humedecían. Si todo salía como su padre esperaba, su futuro se decidiría hoy.

—Esto es algo bueno, —se dijo a sí misma— Tamar, algo bueno—. Su garganta estaba ardiendo y comprimida por las lágrimas.

—Levántate, Tamar, —dijo su madre—. Déjame echarte un vistazo.

Tamar obedeció. Su madre suspiró pesadamente y tiró de ella.

—Debemos ocultar su falta de curvas, Acsa, o Zimran tendrá dificultades para convencer a Judá de que tiene la edad suficiente para concebir.

—Puedo mostrarle la sábana, mi señora.

—Bien. Tenla lista en caso de ser solicitada—. Tamar sintió que el calor inundaba su cara. ¿No había nada privado? ¿Todo el mundo tenía que hablar de los acontecimientos más personales de su vida? Su primera exhibición de sangre había proclamado su feminidad y su utilidad como herramienta de negociación para su padre. Era una mercancía para vender, una herramienta para forjar una alianza entre dos clanes, un sacrificio por una paz asegurada. Esperaba que la pasaran por alto durante uno o dos años más. Catorce años parecían demasiado jóvenes para atraer el interés de un hombre.

—Esto es algo bueno, —se dijo a sí misma de nuevo Tamar. Incluso mientras otros pensamientos se amontonaban, apretando su estómago con miedo, ella repetía las palabras una y otra vez, tratando de convencerse a sí misma. —Esto es algo bueno.

Tal vez si no hubiera escuchado las historias... Desde que Tamar pudo recordar, su padre había tenido miedo de Judá y de su pueblo. Ella había escuchado las historias sobre el poder del Dios de los hebreos, un dios que había convertido a Sodoma y Gomorra en escombros bajo una tormenta de fuego y azufre, dejando tras de sí un páramo de arenas blancas y un creciente mar salado. ¡Ningún dios cananeo había mostrado jamás tal poder!

Y allí estaban las historias de lo que los hebreos habían hecho a la ciudad de Siquem, historias de caos.

— ¿Por qué debe ser así, madre? ¿No tengo elección de lo que será de mí?

—No hay más opciones que en cualquier otra chica. Sé cómo te sientes. No era mayor que tú cuando llegué a la casa de tu padre. Así son las cosas, Tamar. ¿No te he preparado para este día desde que eras una niña? Te he dicho para lo que naciste. Luchar contra tu destino es como luchar contra el viento—. Ella agarró los hombros de Tamar—. Sé una buena hija y obedece sin discutir. Sé una buena esposa y da a luz a muchos hijos. Haz estas cosas y te honrarás a ti misma. Y si eres afortunada, tu marido llegará a amarte. Si no, su futuro seguirá estando seguro en manos de los hijos. Cuando seas vieja, ellos te cuidarán como tus hermanos me cuidarán a mí. La única satisfacción que una mujer tiene en esta vida es saber que ha construido la casa de su marido.

—Pero éste es el hijo de Judá, madre. El hijo de Judá, Er.

Los ojos de su madre parpadearon, pero ella permaneció firme. —Encuentra una manera de cumplir con tu deber y tener hijos. Debes ser fuerte, Tamar. Esta gente es feroz e impredecible. Y están orgullosos de serlo.

Tamar volteó la cara. —No quiero casarme con Er. No puedo casarme con él.

Su madre le agarró el pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás. — ¿Destruirías a nuestra familia humillando a un hombre como este hebreo? ¿Crees que tu padre te dejaría vivir si fueras a esa habitación y rogaras que no te casaras con Er? ¿Crees que Judá se tomaría un insulto así a la ligera? Te digo esto. Me uniré a tu padre para apedrearte si te atreves a arriesgar la vida de mis hijos. ¿Has entendido? ¿me oyes? Tu padre decide con quién y cuándo te casas. ¡Tú no! —La soltó bruscamente y se alejó, temblando—. ¡No actúes como una tonta!

Tamar cerró los ojos. El silencio en la habitación era intenso. Sintió a sus hermanas y a su nodriza mirándola fijamente. —Lo siento—. Su labio temblaba—. Lo siento. Haré lo que deba hacer.

—Como todos debemos hacerlo—. Suspirando, su madre tomó su mano y la frotó con aceite perfumado—. Sé sabia como una serpiente, Tamar. Judá ha mostrado sabiduría al considerarte. Eres fuerte, más fuerte que estos otros. Tienes un ingenio rápido y una fuerza que ni siquiera te das cuenta todavía. Este hebreo se ha interesado por ti. Por el bien de todos, debes complacerlo. Sé una buena esposa para su hijo. Construir un puente entre nuestra gente. Mantén la paz entre nosotros.

El peso de la responsabilidad que se le había dado hizo que inclinara la cabeza. —Lo intentaré.

—Harás más que intentarlo. Tendrás éxito—. Su madre se inclinó y le besó la mejilla enérgicamente—. Ahora siéntate y relájate mientras le digo a tu padre que estás lista.

Tamar trató de pensar con calma. Judá era uno de los hijos de Jacob que había aniquilado la ciudad de Siquem por la violación de su hermana. Quizás, si el hijo de Hamor hubiera sabido más de estos hombres, habría dejado a la chica en paz. Cuando se dio cuenta de su error, hizo todo lo posible por aplacar a los hijos de Jacobs. Querían sangre. El príncipe y su padre habían acordado que todos los hombres de Siquem fueran mutilados por el rito hebreo de la circuncisión. ¡Estaban desesperados por lograr una alianza matrimonial y la seguridad de la paz entre las dos tribus! Habían hecho todo lo que los hebreos habían requerido, y, aun así, tres días después de que los siquemitas fueran circuncidados, mientras todos estaban enfermos de fiebre, Judá y sus hermanos se vengaron. No se habían contentado con la sangre del ofensor; mataron a todos por la espada. Ni uno solo sobrevivió, y la ciudad fue saqueada.

Los hebreos eran un hedor en las fosas nasales de los cananeos. Su presencia invocaba miedo y desconfianza. Aunque Judá había dejado la tienda de campaña de su padre y había venido a vivir entre la gente de Tamarindo, su padre nunca había dormido tan cerca de Judá. Incluso la larga amistad de Judá con Hira la Adulamita no tranquilizó a su padre. Tampoco importaba que Judá hubiera tomado una esposa cananea, que le había dado tres hijos y los había entrenado en los caminos cananeos. Judá era hebreo. Judá era extranjero. Judá era una espina en Zimran.

A través de los años, su padre había hecho contratos con Judá para traer rebaños a sus campos cosechados. El acuerdo había resultado beneficioso para todos y había dado lugar a una alianza provisional. A lo largo de todos estos años, Tamar había conocido a su padre que buscaba una manera mejor y más duradera de mantener la paz entre él y los hebreos. Un matrimonio entre los dos hogares podría asegurarse, si ella tenía éxito en bendecir la casa de Judá con hijos.

Tamar entendió la determinación de su padre de casarla con Er. Ella incluso entendió que él lo necesitaba. Ella entendió su papel en todo esto. Pero la comprensión no lo hizo más fácil. Después de todo, ella era la que se ofrecía como un cordero para el sacrificio. No tenía opción de casarse o no. No tenía elección en cuanto al hombre con el que se casaría. Su única opción era cómo enfrentar a su destino.

Tamar estaba lista cuando su madre regresó. Sus sentimientos estaban ocultos mientras se inclinaba ante ella. Cuando Tamar levantó la cabeza, su madre le puso las dos manos encima y murmuró una bendición. Entonces ella golpeó la barbilla de Tamar. —La vida es difícil, Tamar. Lo sé mejor que tú. Toda chica sueña con el amor cuando es joven, pero así es la vida, no sueños ociosos. Si hubieras nacido primero, te habríamos enviado al templo de Timnat en vez de a tu hermana.

No habría sido feliz allí. De hecho, hubiera preferido la muerte por su propia mano a la vida que llevaba su hermana.

—Así que esta es la única vida que te queda, Tamar.

—Acéptalo.

Resuelta a hacerlo, Tamar se levantó. Trató de calmar los temblores mientras seguía a su madre desde la cámara de mujeres. Judá podría decidir que era demasiado joven. Podría decir que era demasiado delgada, demasiado fea. Aún podría estar a salvo de casarse con Er. Pero al final no cambiaría nada. La verdad era difícil de afrontar. Tenía que casarse, porque una mujer sin marido e hijos también podría estar muerta.

Judá observó de cerca a la hija de Zimran cuando entró en la habitación. Era alta, delgada y muy joven. Ella también estaba preparada y con gracia. A él le gustaba la forma en que ella se movía mientras servía la comida con su madre. Durante la última visita después de la cosecha, notó su elegancia juvenil. Zimran había puesto a la niña a trabajar en el campo junto al pasto para que Judá y sus hijos pudieran verla. Había sido totalmente consciente de los motivos de Zimran para mostrarla de esta manera. Ahora, observando más de cerca, la chica parecía demasiado joven para ser una novia. No podía tener más de la edad de Sela, y Judá lo dijo.

Zimran se rió. —Por supuesto, es joven, pero mucho mejor. Una chica joven es más moldeable que una mayor. ¿No es así? Tu hijo será su compañero. Él será su maestro.

— ¿Qué hay de los niños?

Zimran volvió a reír; el sonido destrozó los nervios de Judá. —Te aseguro, Judá amigo mío, que Tamar es lo suficientemente mayor para dar a luz hijos y ha sido lo suficientemente mayor desde la última cosecha, cuando Er se fijó en ella. Tenemos pruebas de ello.

Los ojos de la niña parpadeaban en la dirección de su padre. Estaba sonrojada y claramente avergonzada. Judá se sintió extrañamente tocado por su modestia y la estudió abiertamente. —Acércate, niña, —dijo, haciendo señas. Quería mirarla a los ojos. Quizás entendería mejor por qué pensó en ella cuando se le ocurrió el tema del matrimonio.

—No seas tímida, Tamar—. La boca de Zimran se aplanó—. Deja que Juda vea lo guapa que eres—. Cuando levantó la cabeza, Zimran asintió—. Eso es todo. Sonríe y muéstrale a Judá qué dientes tan finos tienes.

A Judá no le importaba su sonrisa ni sus dientes, aunque ambos eran buenos. Le importaba su fertilidad. Por supuesto, no había forma de saber si podía tener hijos para su clan hasta que se casase con su hijo. La vida no tenía garantías. Sin embargo, la chica venía de una buena familia. stock. Su madre había tenido seis hijos y cinco hijas. Ella también debía ser fuerte, porque él la había visto en los campos cavando el duro suelo y llevando piedras a la pared. Una niña débil se habría quedado dentro de la casa, haciendo cerámica o tejiendo.

—Tamar—. Su padre hizo un gesto—. Arrodíllate ante Judá. Déjalo que te mire más de cerca.

Ella obedeció sin dudarlo. Sus ojos eran oscuros, pero no duros, su piel rubicunda y resplandeciente de salud. Una chica así podría conmover el corazón

de su hijo y hacer que se arrepintiera de sus salvajes caminos. Judá se preguntó si tendría el valor necesario para ganarse el respeto de Er. Su padre era un cobarde. ¿Lo era ella? Er no había traído nada más que dolor desde que tenía la edad suficiente para caminar, y era probable que también trajera problemas a esta chica. Tendría que ser fuerte y resistente.

Judá sabía que la responsabilidad de la desobediencia de Er podía ser echada a sus pies. Nunca debería haberle dado a su esposa mano libre para criar a sus hijos. Pensó que la libertad completa les permitiría crecer felices y fuertes. Oh, eran felices siempre y cuando se salieran con la suya y eran lo suficientemente fuertes como para abusar de los demás si no lo hacían. Eran orgullosos y arrogantes por falta de disciplina. ¡Hubieran resultado mejor si la varilla se hubiera usado más a menudo!

¿Podría esta chica suavizar a Er? ¿O la endurecería y la destrozaría?

Cuando ella lo miró a los ojos, él vio inocencia e inteligencia. Sintió una desesperación inquietante. Er era su primogénito, la primera muestra de la fuerza de sus entrañas. Sintió tanto orgullo y alegría cuando el niño nació, tanta esperanza. ¡Ah, pensé, aquí está la carne de mi carne, hueso de mi hueso! Cómo se rieron cuando el joven retoño se había puesto de pie con una furia de cara roja, negándose a obedecer a su madre. Se divirtió con la rebelión apasionada de sus hijos, tontamente orgulloso de ello. —Este chico será un hombre fuerte, se decía a sí mismo—. Ninguna mujer le diría a Er cómo vivir.

Judá nunca había esperado que su hijo lo desafiara también.

Onán, su segundo hijo, se estaba volviendo tan difícil como Er. Creció amenazado por los celos de sus hermanos mayores y había aprendido a protegerse a sí mismo con astucia y engaño. Judá no sabía qué hijo era peor. Ambos fueron traicioneros. No se podía confiar en ninguno de los dos.

El tercer hijo, Sela, estaba siguiendo los caminos de sus hermanos. Confrontados con una injusticia, los hijos de Judá mintieron o culparon a otros. Cuando se les presionó lo suficiente para obtener la verdad, apelaron a su madre, quien los defendió sin importar cuán ofensivos fueran sus crímenes. Su orgullo no le permitiría ver sus defectos. Después de todo, eran sus hijos, y eran cananeos de pies a cabeza.

Había que hacer algo, o Er bajaría la cabeza de Judá al suelo avergonzado. Judá casi se arrepintió de tener hijos, pues causaron estragos en su casa y en su vida. Hubo momentos en los que su ira era tan intensa, que era todo lo que podía hacer para no coger una lanza y arrojársela a uno de ellos.

Judá a menudo pensaba en su padre, Jacob, y la angustia que soportaba a manos de sus hijos. Judá había causado a su padre tantos problemas como el resto de ellos. Er y Onán les recordaron a sus hermanos Simeón y Leví. Pensar en sus hermanos le trajo los negros recuerdos del grave pecado que él mismo había cometido: el pecado que lo perseguía, el pecado que lo había echado de la casa de su padre porque no podía soportar ver el dolor causado o estar en compañía de los hermanos que habían compartido lo que había hecho.

Su padre, Jacob, ni siquiera sabía toda la verdad de lo que había pasado en Dotán.

Judá trató de consolarse. Impidió que Simeón y Leví asesinaran a su hermano José, ¿verdad? Pero también recordó que él fue quien los llevó a vender al niño a los comerciantes ismaelitas en su camino a Egipto. Sacó provecho de las miserias de los jóvenes, que también compartían sus hermanos. Sólo Dios sabía si José había sobrevivido al largo y duro viaje a Egipto. Era más que posible que muriera en el desierto. Si no, era un esclavo de algún egipcio.

A veces, en la hora más oscura de la noche, Judá yacía despierto sobre su camastro, lleno de una agonía de remordimientos, pensando en José. ¿Cuántos años pasarían antes de que pudiera dejar atrás el pasado y olvidar lo que hizo? ¿Cuántos años antes de que pudiera cerrar los ojos y no ver las manos de José encadenadas, con el cuello encadenado, mientras era conducido a la fuerza por los comerciantes ismaelitas? Los gritos de ayuda de los muchachos resonaban en la mente de Judá.

Tenía el resto de su vida para arrepentirse de sus pecados, años para vivir con ello. A veces Judá juraba que podía sentir la mano de Dios aplastando la vida de él por tramar la destrucción de su propio hermano.

Zimran aclaró su garganta. Judá se recordó a sí mismo dónde estaba y por qué había venido a la casa de este cananeo. No tenía que dejar que su mente se desviara, no tenía que permitir que el pasado se inmiscuyera en lo que tenía que hacer con el futuro. Su hijo necesitaba una esposa, una esposa joven, atractiva y fuerte que pudiera distraerlo de sus malvados ardides y artilugios. La boca de Judá se apretó mientras estudiaba a la muchacha cananea arrodillada ante él. ¿Estaba cometiendo otro error? Se casó con una cananea y vivía para arrepentirse. Ahora estaba trayendo a otra a su casa. Sin embargo, esta muchacha cananea le atraía. ¿Por qué?

Judá inclinó la barbilla de la chica. Sabía que ella debía tener miedo, pero lo ocultaba bien. Esa sería una habilidad útil en lo que respecta a Er. Parecía tan joven e inocente. ¿Destruiría su hijo su inocencia y la dañaría como él estaba tan ansioso por hacer con los demás?

Endureciéndose, Judá retiró su mano y se inclinó hacia atrás. No tenía intención de permitir que Er cometiera los mismos errores que él. La lujuria lo había llevado a casarse con la madre del niño. La belleza era una trampa que capturaba a un hombre, mientras que la pasión desenfrenada quemaba la razón. Judá habría hecho mejor en seguir la costumbre y permitir que su padre escogiera una esposa para él. En vez de eso, fue terco y apresurado y ahora sufría por su insensatez.

No bastaba con que una mujer despertara la pasión de un hombre. También tenía que ser fuerte, pero dispuesta a doblegarse. Una mujer testaruda era una maldición para un hombre. Había sido ridículo con su confianza juvenil, tan seguro de que podía someter a una mujer a sus costumbres. En vez de eso, se doblegó ante Batsua. Se engañó a sí mismo pensando que no había nada malo en

darle a su esposa la libertad de practicar la adoración como ella deseaba. Ahora, se encontraba cosechando un torbellino con sus hijos ¡adoradores de ídolos!

Tamar tenía una disposición más tranquila que Batsua. Tamar tenía valor. Parecía inteligente.

Sabía que ella era fuerte, porque veía lo duro que trabajaba. Su esposa, Batsua, estaría feliz con eso. No hay duda de que se desharía de sus tareas en la joven tan pronto como fuera posible. La cualidad que más importaba era su fertilidad, y sólo el tiempo contaría sobre eso. Las cualidades que podía ver eran más que suficientes. Sin embargo, había algo más en esta chica que Judá no podía definir: algo raro y maravilloso que lo hizo decidirse a tenerla en su familia. Era como si una voz silenciosa le indicara que la eligiera a ella.

—Ella me agrada.

Zimran exhaló. — ¡Eres un hombre sabio—! Se inclinó hacia su hija. Con eso la despidió, Tamar se levantó. El cananeo estaba claramente ansioso por comenzar las negociaciones. Judá vio a la niña salir de la habitación con su madre. Zimran aplaudió; dos sirvientes entraron a toda prisa, uno con una bandeja de granadas y uvas, otro con cordero asado. —Come, hermano mío, y luego hablaremos.

Judá no sería tan fácil de manipular. Antes de tocar la comida, hizo una oferta por la chica. Los ojos brillantes, Zimran se metió de lleno y comenzó a regatear sobre el precio de la novia.

Judá decidió ser generoso. El matrimonio, aunque lejos de traerle felicidad, le había traído cierta estabilidad y dirección. Tal vez Er sería igualmente apartado de la vida alborotada. Además, Judá quería pasar el menor tiempo posible con Zimran. La manera lisonjera del hombre le irritaba.

Tamar. Su nombre significaba palmera datilera. Era un nombre dado a alguien que se volvería bello y elegante. Una palmera datilera sobrevive en el desierto y da frutos dulces y nutritivos, y la joven provenía de una familia fértil. Una palmera datilera se balanceaba en los vientos del desierto sin romperse ni desarraigarse, y esta niña tendría que enfrentarse al temperamento irracional e irascible de Er. Una palmera datilera podría sobrevivir en un ambiente hostil, y Judá sabía que Batsua vería a esta joven como si fuera su rival. Judá sabía que su esposa se enfrentaría a esta joven novia porque Batsua era vanidosa y celosa del afecto de su hijo.

Tamar.

Judá esperaba que la joven cumpliera todas las promesas que su nombre implicaba.

Tamar esperó mientras su destino estaba decidido. Cuando su madre se paró en la puerta, supo que el asunto de su futuro estaba decidido. —Ven, Tamar. Judá tiene regalos para ti.

Se levantó, adormecida por dentro. Era un tiempo de regocijo, no de lágrimas. Su padre ya no tenía por qué temer.

—Ah, hija—. Su padre sonrió ampliamente. Obviamente, obtuvo un alto precio por ella, porque él nunca antes la había abrazado con tanto afecto. ¡Hasta le besó la mejilla! Ella levantó su barbilla y le miró a los ojos, queriendo que él supiera lo que le había hecho al entregarla a un hombre como Er.

Quizás sentiría algo de vergüenza por usarla para protegerse.

No lo hizo. —Saluda a tu suegro—. Resignada a su destino, Tamar se postró ante Judá. El hebreo puso su mano sobre su cabeza y la bendijo y ordenó que se levantara. Mientras ella lo hacía, él tomó unos pendientes y pulseras de oro de una bolsa en su cintura y se los colocó. Los ojos de su padre brillaban, pero su corazón se hundía.

—Prepárate para partir por la mañana, —le dijo Judá.

Sorprendida, habló sin pensar. — ¿Por la mañana? — Ella miró a su padre. — ¿Qué hay del compromiso…?

La expresión de su padre le advirtió que guardara silencio. —Judá y yo lo celebramos esta noche, hija mía. Acsa empacará y nos iremos contigo mañana. Todo está arreglado. Tu marido está ansioso por ti.

¿Tenía su padre tanto miedo que no necesitaba el acostumbrado período de esponsales de diez meses para prepararse para la boda? ¡Ni siquiera tendría una semana para adaptarse a su inminente matrimonio!

—Puedes irte, Tamar. Prepárate para partir por la mañana.

Cuando entró en la cámara de mujeres, encontró a su madre y a sus hermanas ya empacando para ella. Incapaz de contener sus sentimientos, Tamar rompió a llorar. Inconsolable, lloró toda la noche, incluso después de que sus hermanas se quejaran y le rogaran que parara. —Tendréis vuestro día, —les dijo ella enfadada—. ¡Algún día lo entenderán!

Acsa la abrazó y la acunó, y Tamar se aferró a su infancia por una noche.

Cuando salió el sol, se lavó la cara y se puso los velos de novia.

Su madre se acercó a ella. —Estamos complacidos, amada. Judá pagó muy caro por ti—. Su voz estaba llena de lágrimas y ligeramente amargada—. Ese hebreo vino con un burro cargado de regalos. Regresa a casa con sólo su anillo de sello y su bastón.

—Y yo, —dijo en voz baja Tamar.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. —Cuídala bien, Acsa.

—Lo haré, mi señora.

Su madre tomó a Tamar en sus brazos y la besó. —Que tu marido te ame y te dé muchos hijos, —susurró ella contra su cabello. Tamar se aferró a ella con fuerza, apretándose a sí misma, empapándose por última vez de la calidez y suavidad de su madre. —Es la hora, —su madre dijo suavemente, y Tamar se echó hacia atrás. Su madre le tocó la mejilla antes que se alejara.

Tamar salió a los rayos del sol de la mañana. Acsa caminó con ella mientras se dirigía hacia su padre y Judá, que estaban de pie a cierta distancia. Anoche se había puesto a llorar. No derramaría más lágrimas infantiles, aunque era difícil no hacerlo con Acsa llorando suavemente detrás de ella.

—Quizás todo lo que hemos oído no es verdad, —dijo Acsa—. Tal vez Er no es tan malo como algunos dicen que es.

¿Qué importaba ahora?

—Debes intentar que te ame, Tamar. Un hombre enamorado es arcilla en las manos de una mujer. ¡Que los dioses se apiaden de nosotros!

— ¡Ten piedad de mí y cállate!

Cuando llegó a los dos hombres, su padre la besó. —Sean fructíferos y multipliquen la casa de Judá—. Estaba ansioso por su partida.

Judá caminó adelante, Tamar y Acsa lo siguieron. Era un hombre alto y con grandes zancadas, y Tamar tenía que caminar rápidamente para seguirle el ritmo. Acsa murmuró quejas en voz baja, pero Tamar no le prestó atención. En vez de eso, puso su mente en lo que le esperaba. Ella trabajaría duro. Sería una buena esposa. Haría todo lo que estuviera en su poder para honrar a su marido. Sabía cómo plantar un jardín, cuidar un rebaño, cocinar, tejer y hacer cerámica. Podía leer y escribir lo suficiente para mantener listas y registros adecuados de los artículos del hogar. Sabía cómo conservar los alimentos y el agua cuando los tiempos eran malos y cómo ser generosa cuando los tiempos eran buenos. Ella sabía cómo hacer jabón, cestas, telas y herramientas, así como la forma de organizar a los sirvientes. Pero los hijos serían la mayor bendición que ella podría dar a su esposo, los hijos para edificar la casa.

Fue el segundo hijo de Judá, Onán, quien salió a recibirlos. —Er se ha ido—, le dijo a su padre mientras la miraba.

Judá tiró el extremo de su cayado al suelo. —Ido ¿a dónde?

Onán se encogió de hombros. —Se fue con sus amigos. Estaba enfadado cuando se enteró de dónde habías ido. Me mantuve fuera de su camino. Ya sabes cómo se pone.

— ¡Batsua! —Judá caminó hacia su casa de piedra. Una mujer de traje con los ojos muy pintados apareció en la entrada—. ¿Por qué gritas esta vez?

— ¿Le dijiste a Er que iba a traer a su novia a casa hoy?

—Se lo dije. —Se inclinó indolente en la puerta.

—Entonces, ¿dónde está?

Levantó la barbilla. —Soy su madre, Judá, no su guardián. Er vendrá cuando esté listo y no antes. Ya sabes cómo es él.

La cara de Judá se oscureció. —Sí, sé cómo es él—. Agarró su bastón con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos—. ¡Por eso necesita una esposa!

—Puede ser, Judá, pero dijiste que la chica era bonita. —Miró a Tamar de forma superficial—. ¿Realmente crees que esta chica flaca hará que Er se vuelva loco?

—Tamar es más de lo que parece. Acompáñala a la cámara de Er. —Judá se fue, dejando a Tamar y a Acsa de pie delante de la casa.

Con la boca cerrada, Batsua miró a Tamar de pies a cabeza. Ella agitó la cabeza con asco. — ¿Me pregunto lo que Judá estaba pensando cuando te eligió? —Volviéndose de espaldas, entró en la casa y dejó a Tamar y a Acsa para que se las arreglaran solas.

***

Er regresó por la tarde, acompañado por varios amigos cananeos. Estaban borrachos y riendo a carcajadas. Tamar permaneció fuera de la vista, sabiendo cómo eran los hombres en esta condición. Su padre y sus hermanos a menudo habían bebido libremente y discutían violentamente a causa de ello. Ella conocía la sabiduría de mantenerse alejada hasta que los efectos del vino desaparecieran.

Sabiendo que sería convocada, Tamar hizo que Acsa la preparara para la boda. Mientras esperaba, Tamar quiso dejar a un lado todo lo terrible que había oído sobre Er. Quizás los que habían hablado en su contra tenían motivos ocultos. Ella le daría el respeto debido a un marido y se adaptaría a sus demandas. Si el dios de su padre le sonriera, ella le daría hijos a Er, y rápidamente. Si ella fuera tan bendecida, los educaría para que fueran fuertes y honestos. Ella les enseñaría a ser confiables y leales. Y si Er así lo deseaba, ella aprendería sobre el Dios de Judá y educaría a sus hijos para que lo adoraran en vez de inclinarse ante los dioses de su padre. Aun así, su corazón temblaba y sus temores aumentaban con cada hora que pasaba.

Cuando finalmente llamaron a Tamar y vio a su marido, sintió un parpadeo de admiración. Er era alto como su padre y tenía la promesa de una gran fuerza física. Tenía la masa de pelo negro rizado de su madre, que había dibujado a la manera cananea. La banda de metal que él tenía alrededor de su frente lo hacía parecer un joven príncipe cananeo. Tamar estaba asombrada por la hermosa apariencia de su esposo, pero se llenó rápidamente de recelos cuando ella lo miró a los ojos. Eran fríos y oscuros y desprovistos de misericordia. Había orgullo en la inclinación de su cabeza, crueldad en la curvatura de sus labios e indiferencia en sus modales. No se acercó para tomar su mano.

—Así que esta es la esposa que eligió para mí, Padre. —Tamar tembló al oír su tono.

Judá puso su mano firmemente sobre el hombro de su hijo. —Cuida bien de lo que te pertenece, y que el Dios de Abraham te dé muchos hijos por medio de esta muchacha.

Er estaba de pie sin pestañear, su cara una máscara inescrutable.

Durante toda la noche, los amigos de Er hicieron burlas crudas sobre el matrimonio. Se burlaron de Er sin piedad, y aunque se rió, Tamar sabía que no se divertía. Su suegro, perdido en sus propios pensamientos, bebía libremente mientras Batsua se quedaba cerca, comiendo las mejores chucherías de la fiesta de bodas e ignorándola. Tamar estaba herida, confundida y avergonzada por tal grosería. ¿Qué había hecho para ofender a su suegra? Era como si la mujer estuviera decidida a no mostrarle la menor consideración.

A medida que pasaba la noche, su miedo dio paso a la depresión. Se sintió abandonada y perdida en medio de la reunión. Se había casado con el heredero de la casa de Judá, pero nadie le habló, ni siquiera el joven esposo que estaba sentado a su lado. Las horas pasaron lentamente. Estaba cansada por la falta de sueño la noche anterior y la larga caminata hasta su nuevo hogar. Las tensiones del banquete de bodas la socavaron aún más. Luchó para mantener los ojos abiertos. Y luchó contra lo más difícil evitar, que las lágrimas fluyeran.

Er la pellizcó. Tamar jadeó y se alejó de él. El calor inundó sus mejillas al darse cuenta de que, sin saberlo, se había quedado dormida contra su costado. Sus amigos se reían y hacían bromas sobre su juventud y la inminente noche de bodas. Er se rió con ellos. —Tu nodriza tiene preparada la cámara para nosotros. —Le tomó la mano y la puso de pie.

Tan pronto como Acsa cerró la puerta de la alcoba detrás de ellos, Er se alejó de Tamar. Acsa tomó su lugar fuera de la puerta y comenzó a cantar y a tocar su pequeño tambor. La piel Tamar picaba. —Siento haberme quedado dormida, mi señor.

Er no dijo nada. Esperó, con los nervios tensos. Estaba disfrutando de su tensión, arrancándole las terminaciones nerviosas con su silencio. Doblando las manos, ella decidió esperar a que se fuera. Se quitó el cinturón sardónicamente. —Me fijé en ti el año pasado cuando llevamos las ovejas a los campos de tu padre. Supongo que por eso mi padre pensó que podrías ser mi esposa. —Su mirada se movió sobre ella—. No me conoce muy bien.

Ella no culpó a Er por las palabras hirientes. Ella sentía que él estaba justificado. Después de todo, su corazón no había saltado de alegría cuando Judá vino y ofreció un precio de novia por ella.

—Me tienes miedo, ¿verdad?

Si ella dijera que no, sería una mentira. Decir que sí sería imprudente.

Su frente se levantó. —Deberías tener miedo. Estoy enfadado ¿o no lo sabes?

Ella podía, en efecto, y no podía adivinar lo que él haría al respecto. Ella permaneció en silencio, condescendiente. Vio a su padre enojado lo suficiente como para saber que era mejor no decir nada. Las palabras eran como aceite en un temperamento ardiente. Su madre le había dicho hacía mucho tiempo que los hombres eran impredecibles y se dejaban llevar por los ataques de violencia cuando eran provocados. Ella no provocaría a Er.

—Eres un poco cautelosa, ¿no? —Sonrió lentamente—. Al menos te mantienes alerta. —Se acercó a ella—. Apuesto a que has oído cosas sobre mí. —Le rozó los dedos contra la mejilla. Intentó no acobardarse. — ¿Tus hermanos han llevado historias a casa?

Su corazón latía cada vez más rápido.

—Como dijo mi padre, ahora eres mía. Mi propio ratoncito para hacer lo que quiera. Recuérdame que se lo agradezca. —Le dio una palmadita en la barbilla. —Sus ojos brillaban fríamente, recordándole un chacal a la luz de la luna. Cuando él se inclinó y besó su boca, el pelo en la parte posterior de su cuello se levantó. Se echó hacia atrás, evaluándola. — ¡Cree los rumores, cada uno de ellos!

—Intentaré complacerte, esposo mío. —El calor se derramó en sus mejillas por la tembladera de su voz.

—Oh, sin duda lo intentarás, mi amor, pero no lo conseguirás. —Su boca se curvó, mostrando el borde de sus dientes—. No puedes.

Tamar sólo necesitó un día de la celebración de la boda, que duró una semana, para entender lo que quería decir.

Dos

Tamar se puso tensa al escuchar a Er gritar dentro de la casa. Batsua le estaba gritando. Incluso con el sol del mediodía golpeando la espalda de Tamar, su sudor se volvió frío. Judá había llamado a su hijo mayor para que le ayudara con los rebaños, pero parecía que Er tenía planes propios. El temperamento de Er estaba lo suficientemente caliente ahora que buscaría alguna forma de ventilarlo, y su esposa sería un blanco fácil. Después de todo, nadie interferiría.

Manteniendo la cabeza agachada, Tamar continuó cavando el pedregal de tierra que Batsua le había asignado. Desearía poder encogerse al tamaño de una hormiga y escabullirse por un agujero. Dentro de la casa, el despotricar del hijo y el despotricar de la madre continuaron. Tamar se arrodilló una vez, luchando contra lágrimas de miedo mientras arrancaba una gran roca del suelo. Enderezándola, la lanzó hacia la pila de árboles que había cerca.

En su mente construyó un muro a su alrededor, alto y grueso, con un cielo despejado por encima. Ella no quería pensar en el temperamento de Er y en lo que él podría hacerle esta vez.

—Perdió el control sobre él, —dijo con tristeza Acsa mientras trabajaba a unos metros de distancia.

—No sirve de nada preocuparse, Acsa. —Las palabras fueron pronunciadas más para recordarse a sí misma que a Acsa. Tamar siguió trabajando. ¿Qué otra cosa podía hacer? Cuatro meses en la casa de Judá le habían enseñado a evitar a su marido siempre que fuera posible, especialmente cuando estaba de mal humor. También aprendió a esconder su miedo. Su corazón podría acelerarse con él, su estómago apretarse como un nudo, su piel volverse fría y húmeda, pero no se atrevía a revelar sus sentimientos, porque Er disfrutaba del miedo. Se alimentaba de ello.

—Lástima que Judá no esté aquí. —Acsa hizo un sonido de disgusto—. Por supuesto, nunca está aquí. —Golpeó el suelo con su azada—. No es que se le pueda culpar.

Tamar no dijo nada. Su mente trabajaba frenéticamente, buscando un escape y no encontrando ninguno. Si sólo Judá no hubiera seguido adelante. Si sólo hubiera llevado a Er con él en primer lugar, en lugar de enviar a un sirviente más tarde a buscarlo. Cuando Judá estaba presente, Er podía ser manejado. Cuando estaba ausente, Er se descontrolaba. El caos de esta familia provenía de la incapacidad de Judá para ejercer su autoridad con suficiente frecuencia. Judá prefería los espacios abiertos de las colinas y los campos a los confines de su casa. Tamar no lo culpaba: ovejas y cabras eran una compañía pacífica y complaciente en comparación con una esposa polémica y unos hijos pendencieros y de mal genio. ¡A veces Er y Onán, se comportaban como bestias salvajes atadas y arrojadas en una caja!

Judá podía huir de lo desagradable. Judá podía esconderse de la responsabilidad. Tamar tenía que vivir con peligro día tras día.

Su cuerpo se sacudió cuando algo grande se estrelló dentro de la casa. Batsua gritó maldiciones lacrimógenas sobre su hijo. Er se vengó. Más vajilla golpeó la pared. Una taza de metal salió volando por la puerta y rebotó en el suelo.

—Hoy debes alejarte de la casa, —dijo Acsa en voz baja.

—Batsua puede vencer.

Dando la vuelta, Tamar miró hacia las lejanas colinas mientras la batalla se desataba tras ella. Su mano tembló mientras se limpiaba la transpiración de su cara. Cerrando los ojos, suspiró. Tal vez el mando de Judá fuera suficiente esta vez.

—Batsua siempre triunfa de una manera u otra, —dijo Acsa amargamente. Se rasguñó con ira con la tierra seca. —Si los gritos fracasan, el cabeza dura se enfurruñará hasta que se salga con la suya.

Tamar ignoró a Acsa y trató de pensar en cosas más agradables. Pensó en sus hermanas. Tenían riñas, pero disfrutaban de la compañía de los demás. Recordó cómo habían cantado juntos mientras trabajaban y contaban historias para entretenerse unos a otros. Su padre tenía un carácter como cualquier otro hombre, y a veces había habido fuertes discusiones entre sus hermanos, pero nada en su experiencia la había preparado para la casa de Judá. Cada día intentaba levantarse con una nueva esperanza, sólo para aplastarla de nuevo.

—Si tan sólo tuviera un lugar aquí, Acsa, algún pequeño rincón de inspiración.... —Habló sin autocompasión.

—Lo tendrás cuando tengas un hijo.

Un hijo. El corazón de Tamar dolió de nostalgia. Ella anhelaba un hijo más que nadie, incluso su marido, cuyo deseo de tener un hijo era más una extensión de su propio orgullo que un deseo de prosperar a su familia. Para Tamar, un hijo aseguraría su posición en el hogar.

Ya no se sentiría tan sola, con un bebé en sus brazos. Ella podría amar a un hijo y abrazarlo cerca y recibir amor de él. Tal vez un hijo incluso suavizaría el corazón de Er hacia ella... y su mano también.

Volvió a recordar la aplastante condena de Batsua: —Si no decepcionaras a mi hijo, no te golpearía tan a menudo. Haz lo que quiere, y tal vez te trate mejor. Tamar parpadeó de lágrimas, luchando contra la autocompasión. ¿De qué serviría eso? Sólo debilitaría su determinación. Ella era un miembro de esta familia, lo quisiera o no. No debería permitir que sus emociones prevalezcan. Sabía que a Batsua le encantaba hacer comentarios hirientes. Nunca pasaba un día sin que su suegra encontrara la manera de apuñalar su corazón.

— ¡Otra luna ha pasado, Tamar, y aun así no has concebido! ¡Yo estaba embarazada una semana después de casarme con Judá!

Tamar no podía decir nada sin despertar el temperamento de Er. ¿Qué defensa tenía cuando nada de lo que hacía agradaba a su suegra o a su joven marido? Dejó de esperar ternura o compasión de cualquiera de ellos. El honor y la lealtad también parecían faltar, pues Batsua tuvo que recurrir a amenazas para conseguir que Er obedeciera la citación de Judá.

— ¡Basta, he dicho! —Er gritó frustrado, llamando la atención de Tamar sobre el altercado entre la madre e hijo—. ¡Suficiente! ¡Iré con mi padre! ¡Cualquier cosa para alejarme de tus quejas! —Salió furioso de la casa—. ¡Odio las ovejas! Si por mí fuera, las degollaría a todas.

Batsua apareció en la puerta, brazos cruzados, pecho agitado. — ¿Y entonces qué tendrías? ¡Nada!

—Tendría el dinero de su carne y sus pieles. Eso es lo que tendría.

—Todo lo gastarías en una semana. ¿Y luego qué? ¿He criado a un tonto así?

Er la llamó por su nombre e hizo un gesto grosero hacia ella antes de darse la vuelta y alejarse. Tamar contuvo la respiración hasta que vio que él le estaba tomando el camino a Kezib. Ella tendría unos días de respiro de su crueldad.

—Parece que Batsua ganó esta batalla, —dijo Acsa—. Pero habrá otra, y otra, —agregó ella tristemente.

Más ligera de corazón, Tamar sonrió y volvió a su trabajo. —Cada día tiene ya bastantes problemas, Acsa. No me preocuparé de preocuparme por el mañana.

— ¡Tamar! —Batsua salió—. Si tienes tiempo suficiente para charlar, ¡puedes venir a limpiar este desastre! —Volteando, volvió a entrar en la casa.

—Ella espera que limpies la destrucción que ella y Er han hecho de esa casa, —dijo Acsa con repugnancia.

—Silencio, o nos traerás más problemas.

Batsua apareció de nuevo. —Deja que Acsa termine en el jardín. ¡Te quiero dentro de esta casa ahora mismo! —Desapareció dentro.

Cuando Tamar entró en la casa, caminó con cuidado para no pisar los fragmentos de cerámica rota esparcidos por el suelo de tierra. Batsua se sentó con la mirada desanimada frente a su telar roto. Agachándose, Tamar comenzó a recoger los fragmentos de una jarra en los pliegues de su tsaiph.

—Espero que Judá esté satisfecho con el lío que hizo, —dijo Batsua enojada—. Pensó que una esposa mejoraría la disposición de Er. —Miró a Tamar como si fuera la culpable de todo lo que había pasado—. ¡Er está peor que nunca! ¡Has hecho más daño a mi hijo que bien!

Llorando, Tamar no se defendió. Murmurando imprecaciones, Batsua levantó el telar. Viendo que el brazo estaba roto y el caballete de la alfombra enredado, se cubrió la cara y lloró amargamente.

Tamar estaba avergonzada por la pasión de la mujer. No era la primera vez que vio a Batsua estallar en lágrimas tempestuosas. La primera vez, fue a su suegra y trató de consolarla, sólo para recibir una resonante bofetada en la cara y culparla por su desesperación. Tamar mantuvo su distancia y apartó la vista.

¿Estaba Batsua ciega a lo que causaba en esta casa? Constantemente enfrentaba a hijo contra padre e hijo contra hijo. Discutía con Judá, sobre todo, y delante de sus hijos, enseñándoles a rebelarse y a seguir sus propios deseos en vez de hacer lo que era mejor para la familia. ¡No era de extrañar que su suegra fuera miserable! Y todo el mundo era miserable junto con ella.

—Judá quiere que Er cuide las ovejas. —Batsua tiró del telar, haciendo un desastre peor—. ¿Sabes por qué? ¡Porque mi marido no puede soportar estar lejos de su Abba por más de un año! Tiene que volver y ver cómo le va a ese viejo miserable. Fíjate cuando Judá vuelva a casa. ¡Una criatura infernal durante días!

—No hablará con nadie. No comerá. Entonces se emborrachará y dirá la misma estupidez que dice cada vez que ve a Jacob. —Ella hizo una mueca de dolor mientras se burlaba de su marido. — ¡La mano de Dios está sobre mí!

Tamar levantó la vista.

Batsua se levantó y caminó. — ¿Cómo puede el hombre ser tan tonto, creyendo en un dios que ni siquiera existe?

—Tal vez exista.

Batsua la miró torvamente. —Entonces, ¿dónde está? ¿Tiene este dios un templo en el que vivir o sacerdotes que le sirvan? ¡Ni siquiera tiene una tienda de campaña! —Su barbilla se inclinó con orgullo—. No es como los dioses de Canaán—. Se dirigió a su gabinete y lo abrió de par en par—. No es un dios como estos. —Extendió la mano hacia su terafín con reverencia—. No es un dios que se pueda ver. —Pasó su mano por una estatua—. No es un dios que se pueda tocar. Estos dioses avivan nuestras pasiones y hacen que nuestra tierra y nuestras mujeres sean fértiles. —Sus ojos brillaban fríamente—. Tal vez si fueras más respetuosa con ellos, no tendrías una barriga plana y vacía.

Tamar sintió la púa, pero esta vez no permitió que se hundiera profundamente. — ¿No destruyó el Dios de Judá a Sodoma y Gomorra?

Batsua se rió burlonamente. —Eso dicen algunos, pero no lo creo—. Cerró firmemente el armario, como si esas palabras trajesen mala suerte a su casa. Se volvió y frunció el ceño ante Tamar. ——¿Criarías a tus hijos para que se inclinen ante un dios que destruye ciudades?

—Si Judá lo quiere.

—Judá, —dijo Batsua y agitó la cabeza— ¿Has visto alguna vez a mi marido adorar al dios de su padre? Nunca lo ha hecho. Entonces, ¿por qué sus hijos o yo le tenemos que adorar? Tú entrenarás a tus hijos en la religión que escogió Er. Nunca me he inclinado ante un dios invisible. Ni una sola vez he sido infiel a los dioses de Canaán, y te aconsejo que les seas fiel también. Si sabes lo que es bueno para ti…

Tamar reconoció la amenaza.

Batsua se sentó sobre un cojín contra la pared y sonrió fríamente. —Er no estaría contento de escuchar que estabas pensando en adorar al dios de los hebreos. —Sus ojos se entrecerraron—. Creo que eres la causa de nuestros problemas.

Tamar sabía qué esperar. Cuando Er regresara, Batsua diría que hubo una insurrección espiritual en la casa. A la mujer le gustaba causar problemas. Tamar deseaba tirar la vajilla rota al suelo de tierra y decirle a su suegra que fueron sus propias acciones las que destruyeron a la familia. En vez de eso, se tragó su ira y recogió fragmentos mientras Batsua miraba.

—Los dioses me han bendecido con tres buenos hijos, y los he criado en la verdadera religión, como lo haría cualquier buena madre.

—Hijos de mal genio, que hacen aún menos trabajo que tú, —Tamar quería decir, pero se mordió la lengua. No podía ganar una guerra con su suegra.

Batsua se inclinó hacia adelante y levantó una bandeja volteada lo suficiente como para arrancar un racimo de uvas. Se le cayó la bandeja otra vez. —Tal vez deberías orar a Asera más a menudo y dar mejores ofrendas a Baal. Entonces tu vientre podría abrirse.

Tamar levantó la cabeza. —Conozco a Asera y Baal. Mi padre y mi madre entregaron a mi hermana para servir como sacerdotisa en el templo de Timnat.

Ella no agregó que nunca había podido abrazar sus creencias o decir en voz alta que se compadecía de su hermana por encima de todas las mujeres. Una vez, durante una visita a Timnat durante un festival, vio a su hermana mayor en una plataforma del altar teniendo relaciones sexuales con un sacerdote. La intención de los ritos era despertar a Baal y traer la primavera de vuelta a la tierra, pero Tamar había estado llena de asco y miedo ante lo que veía, asqueada aún más por la entusiasmada multitud que presenciaba la escena. Se retiró, se agachó en la esquina de un edificio y huyó. No había dejado de correr hasta que salió de Timnat. Ella estaba escondida en medio de un huerto de olivos y permaneció allí hasta la noche, cuando su madre la encontró.

—No eres lo suficientemente devota, —dijo Batsua con suficiencia—. No, no lo soy, —se dijo Tamar. Ella sabía que nunca podría ser devota cuando no creía. Los dioses no tenían sentido para ella. Todos sus esfuerzos por adorarlos la llenaron de una extraña sensación de repugnancia y vergüenza.

Batsua se levantó y regresó a su telar. Se había calmado lo suficiente como para empezar a enderezar los enredados hilos. —Si fueras una verdadera creyente, ya estarías embarazada. —Miró a Tamar, sin duda tratando de evaluar el impacto de sus mezquinas palabras—. Parece que los dioses están enfadados contigo, ¿verdad?

—Quizás, —admitió Tamar con una pizca de culpa.

Los terafín de Batsua no eran nada más que estatuas de arcilla, piedra y madera. No podía abrazarlos como Batsua, ni tampoco podía adorarlos tan fervientemente. Oh, Tamar decía las oraciones que se esperaban de ella, pero las palabras estaban vacías y no tenían poder. Su corazón estaba intacto, su mente lejos de estar convencida.

Si los dioses de Canaán eran tan poderosos, ¿por qué no habían podido salvar o proteger a la gente de Sodoma y Gomorra? Seguramente una docena de dioses eran más poderosos que uno solo, si es que eran verdaderos dioses.

¡No eran nada más que piedra tallada, madera astillada y arcilla moldeada por manos humanas!

Tal vez no había un dios verdadero.

Su corazón también se rebeló ante este pensamiento. El mundo que la rodeaba -los cielos, la tierra, los vientos y la lluvia- decía que había algo. Tal vez el Dios de Judá era ese algo. Un escudo contra los enemigos. Un refugio en una tormenta. No, una fortaleza .... ¡Oh, cómo anhelaba saber! Sin embargo, no se atrevió a preguntar.

¿Qué derecho tenía ella a molestar a Judá con preguntas, especialmente cuando tantas otras cosas lo atormentaban?

Algún día, quizás, tendría el tiempo y la oportunidad de preguntar.

Mientras tanto, ella esperaba ver alguna señal de lo que Judá creía y cómo adoraba.

Judá y Er regresaron cinco días después. Tamar los oyó discutir mucho antes de que entraran en la casa. Batsua lo hizo también, porque suspiró con fuerza. —Ve a ordeñar una de las cabras, Tamar, y dile a tu nodriza que haga pan. Tal vez si los hombres comen, estarán de mejor humor.

Cuando Tamar regresó con una jarra de leche fresca de cabra, Judá estaba recostada sobre unos cojines. Tenía los ojos cerrados, pero Tamar sabía que no estaba dormido. Su cara estaba tensa, y Batsua estaba sentada a su lado, mirándole fijamente.

Ella probablemente lo estaba molestando de nuevo, y él estaba haciendo lo mejor que podía para dejarla al margen.

—Cinco días, Judá. Cinco días. ¿Tenías que quedarte tanto tiempo?

—Podrías haber venido conmigo.

— ¿Y para qué? ¿Para escuchar a las esposas de tus hermanos? ¿Qué tengo en común con ellos? ¡Y a tu madre no le gusto! —Se quejaba y se quejaba como una niña egoísta.

Tamar le ofreció leche a Er. —Vino, —dijo con un tirón en la barbilla, claramente de mal humor. — ¡Quiero vino!

—Tendrás leche, —dijo Judá, con los ojos lo suficientemente abiertos para mirarlo.

La cabeza de Batsuas surgió. — ¡Aquí! Dame eso. Serviré a mi marido mientras tú te ocupas de mi hijo.

Cuando tuvo la jarra, echó un poco de leche en una taza, la empujó hacia Judá, y luego puso la jarra a su alcance para que pudiera servirse a sí mismo la próxima vez.

Batsua seguía acosando a Judá cuando Tamar regresó con vino para Er.

— ¿De qué te sirve ver a tu padre, Judá? ¿Ha cambiado algo? Siempre te sientes miserable cuando vuelves a casa. Deja que Jacob se aflija por su segunda esposa e hijo. Olvídate de él. Cada vez que vas a verlo, vienes a casa y me haces la vida imposible.

—No abandonaré a mi padre, —dijo Judá, con la mandíbula apretada.

— ¿Por qué no? Él te abandonó. Es una pena que el viejo no muera y nos deje a todos a salvo. ...

— ¡Suficiente! —rugió Judá. Tamar vio que no era la ira sino el dolor lo que le hacía gritar. Con una mueca de dolor, arrastró sus manos a través de su pelo. —Sólo una vez, Batsua, ¡cállate la boca! —Levantó la cabeza y la miró con ira. —Mejor aún, ¡déjame en paz!

— ¿Cómo puedes hablarme tan cruelmente? —Lloró de rabia. Soy la madre de tus hijos. ¡Tres hijos!

—Tres hijos sin valor. —Los ojos de Judá se entrecerraron fríamente sobre Er.

El estómago de Tamar decayó mientras esperaba a que él dijese algo que despertaría el temperamento de Er. Su marido controlaría su temperamento mientras estuviera en la presencia de su padre, pero más tarde ella sería la receptora de su frustración. Batsua siguió hasta que Tamar quiso gritarle que se detuviera, que se fuera, que tuviera alguna partícula de sentido común. Afortunadamente, Batsua salió furiosa de la habitación, dejando silencio a su paso.

Tamar se quedó sola para servir a ambos hombres. La tensión en la habitación hacía que le temblaran los nervios. Ella reabasteció la copa de vino de Er. Vació la taza y la sostuvo durante más tiempo. Miró a Judá antes de volver a llenarla. Er la miró con el ceño fruncido, y luego a su padre. —Onán y Sela pueden ocuparse de los rebaños durante los próximos días. Voy a ver a mis amigos.

Judá levantó la cabeza lentamente y miró a su hijo. — ¿Lo harás? Su voz era suave, sus ojos duros.

Er se movió. Miró en su taza y luego la vació. —Con su permiso, por supuesto.

Judá miró a Tamar y luego miró hacia otro lado.

—Adelante. Pero no te metas en problemas esta vez.

Un músculo se movió en la mejilla de Er. —Nunca empiezo con problemas.

—Por supuesto que no, —dijo Judá.

Er se puso de pie y se acercó a Tamar. Ella se echó para atrás instintivamente, pero la agarró del brazo y la acercó. —Te echaré de menos, cariño—. Su expresión se burló de sus palabras, y sus dedos apretaron su carne. La soltó y le pellizcó la mejilla. —No te pongas así. ¡No tardaré mucho!

Judá suspiró aliviado cuando su hijo se fue. Apenas notó la presencia de Tamar. Inclinándose hacia delante, sostuvo su cabeza como si le doliera. Tamar se agachó en silencio y esperó a que él le ordenara que se fuera. No lo hizo. Cuando Acsa llegó con el pan, Tamar se levantó y tomó la pequeña cesta de su nodriza, asintiendo para que se sentara en un cojín cerca de la puerta. La decencia debía ser conservada.

—Acsa ha hecho pan, mi señor—. Cuando no dijo nada, Tamar rompió el pan y colocó una porción ante él. Sirvió una taza de leche de cabra, tomó un pequeño racimo de uvas de una bandeja y cortó la granada. Ella rompió la fruta para que las suculentas cuentas rojas pudieran ser fácilmente removidas. — ¿Su padre, Jacob, está bien?

—Tan bien como puede esperarse de un hombre que está de luto por la pérdida de su hijo predilecto, —dijo Judá amargamente.

— ¿Ha muerto uno de tus hermanos?

Judá levantó la cabeza de sus manos y la miró. —Hace años. Antes de que nacieras.

— ¿Y, aun así, se aflige? —dijo ella con asombro—. Se irá a la tumba llorando por ese chico.

Tamar nunca había visto tal mirada de tormento. Se compadeció de Judá y deseó saber cómo sacarlo de su dolor. Su expresión se suavizó un poco. La

intensidad de su mirada la incomodó, especialmente cuando sus ojos se endurecieron. — ¡Marcó tu cara!

Se cubrió la mejilla rápidamente y volvió la cara. —No es nada—. Ella nunca habló del abuso de Er a nadie. Incluso cuando Acsa le hacía preguntas, se negaba a ser desleal con su marido. — ¿Usted también sufre por su hermano?

—Lloro por la forma en que murió.

Curiosa por su tono, ella volvió a mirarlo. — ¿Cómo murió?

La cara de Judá se endureció. —Fue destrozado por un animal. No se encontró nada de él excepto su abrigo cubierto de sangre—. Las palabras vinieron como si las hubiera dicho una y otra vez y odiara repetirlas. Cuando ella levantó la frente, su expresión era de desafío. — ¿No me crees?

— ¿Por qué no debería creerle? —Ella no quería enfadarlo—. Me gustaría saber más sobre mi familia.

— ¿Tu familia? —Su boca se curvó con tristeza. El calor llenó sus mejillas. ¿También quería excluirla a ella? La ira se agitó, junto con los sentimientos heridos. Fue Judá quien la había traído a esta casa, ¡Judá quien la había escogido para su hijo! Seguramente él haría lo correcto por ella. —La familia a la que me habéis traído, mi señor, una familia a la que quiero servir, si se me permite.

—Si Dios está dispuesto… —Su boca se curvó tristemente. Tomó un pedazo de pan y comenzó a comer.

— ¿No me contará nada? —Dijo débilmente, con poco valor.

— ¿Qué quieres saber?

—Todo. Lo que sea. Especialmente sobre tu dios. ¿Dónde vive? ¿Cuál es su nombre? ¿Cómo se hace para adorarlo? ¿Es invisible, como dice mi padre? ¿Cómo sabes que existe?

Judá se echó hacia atrás. —Pensé que querías saber sobre mi padre y mis hermanos.

—He oído que el dios de tu padre destruyó las ciudades que estaban en el salar donde ahora se expande el pantano.

—Eso es cierto. —Miró hacia otro lado—. El Ángel del Señor le dijo a Abraham que los destruiría a menos que diez hombres justos pudieran ser encontrados entre los que vivían allí. Abraham vio con sus propios ojos el fuego y el azufre que descendieron del cielo—. Judá la miró solemnemente—. No importa si no puedes verlo u oírlo. No vive en templos como los dioses de tu padre. Él es…

—Es… ¿qué?

—Sólo …. es. No me molestes con preguntas. Eres un cananeo. ¡Sólo tienes que ir y elegir un ídolo del gabinete de Batsua y adorarlo! —Su tono era burlón.

Sus ojos ardían por las lágrimas. —Usted es el jefe de esta casa.

Judá enrojeció y su boca se apretó. Con una mueca de dolor, revisó su cara. Frunció un poco el ceño, y luego habló en voz baja. —El Dios de Jacob convierte las rocas en manantiales de agua. O puede aplastar la vida de un hombre con un pensamiento, —Sus ojos estaban desolados.

— ¿Dónde vive?

—Donde Él quiera. En todas partes. —Judá se encogió de hombros—. No puedo explicar lo que no entiendo. —Frunció el ceño, su mirada distante—. A veces no quiero saberlo. . .

— ¿Cómo supo tu gente de él?

—Habló con Abraham, y ha hablado con mi padre.

— ¿Como tú y yo estamos hablando? ¿Por qué un dios de tal poder se rebajaría para hablar con un simple hombre?

—No lo sé. No lo sé. Cuando Abraham lo oyó por primera vez, era… una voz. Pero el Señor viene en cualquier momento y de la manera que Él desea. Habló con Abraham cara a cara. Mi padre peleó por una bendición de Él. El Ángel del Señor tocó la cadera de mi padre y lo dejó lisiado para siempre. A veces Él habla en… sueños. —Lo último pareció preocuparle profundamente.

— ¿Alguna vez ha hablado con usted?

—No, y espero que nunca lo haga.

— ¿Por qué?

—Sé lo que Él diría. —Judá suspiró pesadamente y se inclinó hacia atrás, tirando el pan sobre la bandeja.

—Todo dios exige un sacrificio. ¿Qué sacrificio requiere tu dios?

—Obediencia. —Agitó la mano con impaciencia—. No me hagas más preguntas. ¡Déjame en paz!

Ruborizada, murmuró una disculpa. Ella no era mejor que Batsua, golpeándolo con sus necesidades, sus deseos. Avergonzada, Tamar se retiró. — ¿Desea que le pida a Batsua que le sirva?

—Prefiero que me pique un escorpión. Quiero estar solo.

Acsa la siguió desde la habitación. — ¿Qué le dijiste para que se enfadara tanto?

—Sólo hice algunas preguntas.

— ¿Qué clase de preguntas?

—Sólo preguntas, Acsa. Nada que tenga que ver contigo. —Acsa no comprendería su búsqueda de comprensión sobre el Dios de los padres de Judá. Acsa adoraba a los mismos dioses que Batsua y sus hijos, los mismos dioses que adoraban la madre y el padre de Tamara y sus hermanas y hermanos. ¿Por qué era tan diferente? ¿Por qué tenía hambre y sed de algo más?

—Todo lo que haces me concierne, —dijo Acsa, claramente molesta—. Soy tu nodriza, ¿no es así?

No necesito una hoy. No podía decirle a Acsa que quería saber sobre el Dios de Judá. Mientras todos a su alrededor adoraban ídolos de piedra, madera o arcilla, ella simplemente fingía. Los dioses de su padre y de su madre tenían bocas pero nunca hablaban. Tenían ojos, pero ¿podían ver? Tenían pies, pero nunca caminaban. ¿Podrían pensar, sentir o respirar? Y ella había visto una verdad sobre ellos: Los que los adoraban se volvían como ellos, fríos y duros. Como Batsua. Como Er. Como Onán. Algún día, Sela sería lo mismo.

No había nada malo en Judá. Ella sintió su quebrantamiento. Ella vio su angustia. ¿Por qué no lo amaban los que se suponía que lo amarían? ¡Su esposa! ¡Sus hijos! Parecía que no les importaba nadie más que ellos mismos.

Judá era hebreo y fuerte; sin embargo, Tamar vio que era amargamente infeliz y atormentado. Nunca parecía tener un momento de paz, ni siquiera cuando se le dejaba solo y en silencio. No se podía culpar de todo a una esposa egoísta y conflictiva y a unos hijos pendencieros. Debía haber otras razones, más profundas y complejas. Si Batsua sabía lo que era, nunca habló de ello con nadie. Ni siquiera parecía importarle lo que sufriera su marido. Ella simplemente se quejaba de que Judá estaba melancólico cada vez que regresaba de ver a Jacob.

Tamar frunció el ceño, pensando.

Tal vez la desesperación de Judá tenía algo que ver con el duelo de su padre. Y el hermano que se había perdido.

Judá deseaba no haber regresado a su casa tan rápido. Mucho mejor si hubiese regresado a sus rebaños y visto a los animales que Er que descuidaba con demasiada frecuencia en su ausencia. ¡Su hijo mayor había entregado toda la responsabilidad a Onán después de tres cortos días! Er era un tonto e inútil como pastor. No tenía amor por las ovejas que un día le pertenecerían. El niño se quedaba de brazos cruzados mientras los lobos le abrían el vientre a una oveja indefensa, y luego corría a los depredadores para convertirse en uno de ellos. Er tuvo el placer de dar el golpe mortal a un valioso carnero. Luego lo asó y se lo comió.

A veces Judá miraba a sus hijos y veía que en todo lo que trabajaba para edificar se estropeaba. Vio a Simeón y a Leví. Se vio a sí mismo.

Y vio a José siendo conducido en el resplandeciente calor del sol del desierto.

Judá había pensado que podía huir. Pensó que podría ignorar la responsabilidad.

A veces recordaba los primeros días con los compañeros cananeos. Su amigo adulamita, Hira tenía todas las respuestas. — ¡Come, hermano mío, bebe, disfruta de la vida al máximo! Donde la pasión arde, sopla en las llamas.

Y Judá se había quemado. Anhelaba la corrupción, con la esperanza de que el olvido llegara. —Bebe lo suficiente, y la mente se nubla. Duerme con prostitutas descaradas del templo, y tus sentidos derretirán tu conciencia—. Después de ceder de los celos y la ira contra José, ¿por qué no ceder a todas las demás emociones que le atraían? ¿Por qué no permitir que el instinto reinara? ¿Por qué no darle control a la lujuria? Quería desesperadamente volverse lo suficientemente duro como para no sentir vergüenza. Quizás entonces el recuerdo de su hermano menor dejaría de perseguirlo.

Pero nada borró o suavizó la memoria. Todavía lo perseguía.

A menudo, cuando estaba solo, mirando al cielo, se preguntaba ¿qué le había pasado a José. ¿Los huesos del joven se blanqueaban al borde del camino a Egipto, o había sobrevivido al viaje por algún milagro? Si es así, ¿era ahora un esclavo que trabajaba bajo el sol del desierto, sin esperanza ni futuro?

No importaba lo que Judá hiciera, su vida tenía el hedor de las cenizas. No podía escapar del resultado de sus acciones. Era demasiado tarde para encontrar y rescatar a su hermano. Demasiado tarde para salvarlo de una vida peor que la muerte. Demasiado tarde para deshacer el pecado que envenenó su propia vida. Cometió un pecado tan atroz, tan imperdonable, que bajaría al Seol con su alma ennegrecida. Cada vez que veía a su padre, la vergüenza lo llenaba. El arrepentimiento lo asfixiaba. No podía mirar a los ojos de Jacob porque veía la pregunta no formulada: — ¿Qué pasó realmente en Dotan? ¿Qué le hicieron tú y tus hermanos a mi amado hijo? Judá, ¿cuándo me dirás la verdad?

Y Judá podía sentir los ojos de sus hermanos sobre él, esperando, con la respiración contenida por el temor de que confesara.

Incluso ahora, después de todos los años que habían pasado, la vieja ira se elevaba en él. Los celos ardían. Anhelaba gritar y sacudirse el manto de la vergüenza. Si nos conocieras tanto, padre, ¿por qué enviaste al niño? ¿Por qué lo entregaste en nuestras manos cuando sabías que lo odiábamos tanto? ¿Eras tan ciego? Y entonces el dolor regresaría. José no había sido el favorito de Jacob simplemente porque era el hijo de la esposa favorita de su padre, Raquel. José se merecía el amor de Jacob. El muchacho siempre había corrido para hacer lo que su padre le pedía, se derramaba para complacerlo, mientras que el resto siempre se complacía a sí mismo.

Por mucho que Judá quisiera desechar la culpa por deshacerse de José, se quedó como un pozo oscuro. El pecado se aferró a él, empapándolo, se hundió profundamente, hasta que sintió que su sangre se ponía negra con él. Era culpable y lo sabía.

Y ahora la joven esposa de Er le preguntaba sobre Dios. Judá no quería hablar de Dios. No quería pensar en Él.

Muy pronto, se enfrentaría a Él. Judá envió un mensaje a Onán y a Sela para que trajeran los rebaños a casa. Luego ordenó a Batsua que preparara un banquete.

— ¿Para qué? Aún no es la luna nueva.

—Tengo la intención de discutir el futuro con mis hijos—. Tomó su manto y salió en la noche. Prefería la oscuridad y los sonidos de las criaturas nocturnas a la luz de las lámparas y los sonidos de su regañona esposa.

Batsua lo siguió afuera. — ¡Ya saben lo que les depara el futuro! Han hablado de ello muchas veces.

— ¡No han hablado conmigo!

Ella puso sus manos en sus caderas. — ¿Qué clase de problemas piensas traer a mi casa ahora, Judá?

Judá apretó los dientes. —Hay que aclarar algunas cosas.

— ¿Qué cosas? —Era como un perro con un hueso. Ella no lo dejaría ir.

—Lo sabrás todo cuando lo sepan.

—Ellos son mis hijos. ¡Los conozco mejor que tú! ¡Al menos podrías ayudarme a mantener la paz por aquí! Dime qué planeas hacer. Intentaré prepararlos.

Judá la miró con ira. —Ese ha sido el problema desde el principio, Batsua. Te he dado carta blanca, y has arruinado a mis hijos.

— ¡Los he arruinado! Son como tú: tercos, de mal genio, en constante lucha entre ellos. ¡Todo en lo que pueden pensar es en ellos mismos!

Judá se fue caminando.

***

Tamar sabía desde el principio que la fiesta terminaría en un desastre. Batsua había pasado todo el día quemando incienso en su altar privado y orando a sus dioses mientras Tamar, Acsa y los sirvientes se ocupaban de los preparativos para la fiesta que Judá ordenó. Su suegra estaba de mal humor, más díscola de lo normal, tensa y buscando problemas. Tamar no pretendía empeorar las cosas preguntando por qué Batsua estaba tan angustiada por un padre que reunía a sus hijos para hablar sobre el futuro.

Er proveyó un cordero engordado. Tamar escuchó a uno de los sirvientes decir que probablemente lo había robado, pero Batsua no hizo preguntas. Rápidamente ordenó que lo masacraran y lo preparó para asarlo. El pan fresco se hizo y se

colocó en cestas. Frutas y frutos secos amontonados en bandejas. Batsua ordenó que todas las jarras se llenaran de vino.

—El agua y la leche harán que la velada sea más amigable, —dijo Tamar. Er sin duda bebería hasta que se emborrachara. Seguramente Batsua lo sabía tan bien como ella.

Batsua se burló. —Los hombres prefieren el vino. Así que dales vino, y mucho.

—Pero, Batsua…

— ¡Métete en tus asuntos! Esta es mi casa, y haré lo que me plazca—. Se movió por la habitación, poniendo los cojines en su sitio. —Judá ordenó un festín, y será un festín en el infierno. ¡Pase lo que pase estará sobre su cabeza! —Sus ojos brillaban con lágrimas furiosas.

Los hijos de Judá comenzaron a festejar antes de que Judá regresara a la casa. Tamar pensó que el temperamento de Judá estallaría cuando los viera, pero tomó su lugar con calma y comió sin decir una palabra. Sus hijos ya habían tomado los mejores bocados para ellos mismos. Er ya estaba borracho y en medio de un relato de cómo uno de sus amigos había tropezado con un ciego que caminaba por el camino a Timnat.

—Deberías haberlo visto revoloteando como una serpiente en su vientre, tratando de encontrar su bastón—. Se rió y se echó unas uvas en la boca. —Por allí, yo diría, por allí, y el viejo tonto se arrastraría en el polvo. Ni siquiera se acercaría al palo. Probablemente sigue intentando encontrar la carretera—. Echó la cabeza hacia atrás y se rió, su madre también.

Tamar trató de no mostrar su disgusto.

Er levantó su taza. —Más vino, esposa—. Hizo que su título sonara como un insulto. Mientras ella servía, él miró a los demás. —Esperen a que les diga cómo conseguí la cabra.

Judá tiró su pan de vuelta a la canasta. —Ya has dicho suficiente. Ahora tengo algo que decir.

Er sonrió. —Por eso estamos todos aquí, padre. Para escuchar lo que sea que tengas que decir.

—No tengo claro quién será mi heredero.

Las palabras fueron como un relámpago en la habitación. Hubo un silencio repentino, una tensión crepitante. Tamar miró a los miembros de la familia. Batsua estaba pálida y tensa, sus manos se convirtieron en puños. La cara de Er, ya enrojecida por el exceso de vino, se tornó de color rojo oscuro. Los ojos de Onán brillaron. Sela era el menos afectado, ya dormido por el exceso de vino.

—Soy tu heredero, —dijo Er—. ¡Soy el primogénito! —Judá lo miró con calma, sus ojos fijos y fríos. —Es mi decisión. Si quiero darlo todo a mi sirviente, puedo.

— ¿Cómo puedes sugerir algo así? —Gritó Batsua.

Judá la ignoró, su mirada seguía fija en su hijo mayor. —Las ovejas no prosperan en tu cuidado. Ni tampoco tu esposa.

Tamar sintió que el calor inundaba su rostro y luego empalideció mientras su esposo y su suegra le prestaban atención. Ambos hablaron a la vez. Er la llamó un nombre asqueroso, mientras que Batsua se puso en su rápida defensa. — ¡No tiene derecho a quejarse! —Dijo Batsua, mirándola fijamente.

—Tamar no ha pronunciado una sola palabra de queja, —dijo Judá con frialdad—, pero cualquiera con medio cerebro y ojos en su cabeza puede ver el trato que recibe de las manos de tu hijo.

—Si se pregunta por el moretón en su cara, padre, se cayó contra la puerta hace unos días. ¿No es así, Tamar? ¡Díselo!

—Tal vez la hiciste tropezar de la misma manera que hiciste tropezar a ese ciego en el camino.

Er palideció, pero sus ojos eran como carbones calientes. —No vas a quitarme lo que es mío.

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Nada te pertenece a menos que yo lo diga.

Tamar nunca había oído a Judá hablar tan tranquilamente o tan fríamente y con tanta autoridad; en este estado de ánimo, era un hombre que debía ser respetado y temido. Por primera vez desde que entró en su casa, lo admiraba. Ella esperaba que no se debilitara.

—Nada será quitado de mi mano a menos que yo lo ofrezca, —dijo Judá, su mirada abarcando a Batsua y a sus hijos—. Os he reunido aquí esta noche para deciros que el que demuestre ser el mejor pastor heredará mis rebaños.

— ¿Esto es una prueba? —dijo Er desdeñosamente. — ¿Eso es todo? —Se burló. —Dale los rebaños a Onán ahora, si te parece bien, padre. ¿Crees que eso importará al final? ¡Onán es mejor con las ovejas, pero yo soy mejor con la espada!

— ¿Ves lo que has hecho? —Gritó Batsua—. Has puesto a mis hijos uno en contra del otro.

—Después de que me haya ido, es Dios quien decidirá lo que sucederá.

—Sí, —dijo Er, levantando su cabeza, así como su taza. — ¡Que los dioses decidan! — El vino manchó su mano mientras proponía un brindis. — ¡En alabanza a los dioses de Canaán! ¡Me comprometo a dar a mi primera hija al templo de Timnah y a mi primer hijo a los fuegos de Moloc!

Tamar pronunció un grito de desesperación al mismo tiempo que Judá se enfurecía. —No!

Ella no podía respirar. ¿Concebiría y daría a luz hijos sólo para verlos morir en las llamas de Topheth o tener relaciones sexuales en un altar público?

El orgullo de Er ardía a fuego vivo. También se levantó y enfrentó a su padre desafiantemente. — ¿Crees que me importa lo que haces? Mis hermanos me seguirán, Padre. Harán lo mismo que yo, o lo haré yo...— Se detuvo como si le hubieran quitado el aliento. Su rostro cambió; sus ojos se abrieron de par en par con miedo. La taza se le cayó de la mano, salpicando una mancha roja en la parte delantera de su fina túnica. Se agarró el pecho.

— ¡Haz algo, Judá! ¡Ayúdenlo! —Gritó Batsua.

Er intentó hablar y no pudo. Se arañó la garganta como si tratara de apartar algo con las manos. Sela, que había despertado con los gritos de su madre, se echó hacia atrás, llorando, mientras Onán miraba a Er caer de rodillas. Judá extendió la mano a su hijo, pero Er se inclinó hacia adelante y cayó boca abajo en el plato de carne asada. Se quedó quieto.

— ¡Er! —dijo Batsua—. ¡Oh, Er!

Tamar temblaba violentamente, su corazón galopando. Sabía que debía acudir a la ayuda de su marido, pero tenía demasiado miedo de moverse.

Batsua empujó a Judá. —Deja a mi hijo en paz. ¡Esto es culpa tuya!

Judá empujó a Batsua hacia atrás y bajó una rodilla. Puso su mano contra el cuello de su hijo. Cuando se echó hacia atrás, Tamar vio su propio terror reflejado en sus ojos. —Está muerto.

— ¡No puede ser! —dijo Batsua, empujándose hacia adelante, cayendo de rodillas junto a Er—. Te equivocas, Judá. Está borracho. El solo. . .

Cuando Batsua se las arregló para darle la vuelta, ella le vio la cara y gritó.

Tres

Tamar lloró con la familia de Judá durante el período de luto formal. Judá estaba convencido de que Dios había derribado a su hijo primogénito, y Batsua, negándose a creerlo, estaba inconsolable. Onán fingió estar afligido, pero Tamar lo vio hablando y riendo con algunos de los jóvenes cananeos que se habían hecho llamar amigos de Er.

Tamar estaba avergonzada de sus propios sentimientos. Quería llorar a Er como debería hacerlo una esposa, pero se encontró llorando más aliviada que afligida, pues ella despreciaba a su marido. Él la mantuvo cautiva con miedo, ¡y ahora era libre! Mezclado con su dolor estaba el profundo temor del Dios de Judá, quien claramente poseía el poder de la vida y la muerte. Tenía más miedo de este Dios que de cualquier otro hombre. Cuando el Señor, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, había derribado al mayor y más rebelde hijo de Judá, este Dios también la había liberado de una vida de miseria. En un momento Er estaba diciendo que sacrificaría a sus hijos y descarriaría a sus hermanos, ¡y al siguiente estaba muerto!

Sus emociones eran tan confusas, porque la verdad de su situación se despertó y se dio un festín con sus pensamientos. Ella no daría a luz en absoluto, porque ahora era viuda. Su situación no era mejor que antes. De hecho, ¡era peor! No tenía marido, ni hijo, ni posición en la casa. No podía volver a su casa. A menos que Judá hiciera lo que la costumbre exigía y le diera a Onán como esposo, Tamar sabía que nunca tendría hijos o hijas. Su vida sería inútil. Viviría sin esperanza.

¡Sólo un hijo podría salvarla!

Los días pasaron lentamente, y Judá no dijo nada. Tamar fue paciente. Ella no esperaba que él hablara del asunto durante el período de duelo. Haría lo que debiera, pues él era lo suficientemente sabio como para saber que no podía dejar las cosas como estaban y que su casa debía prosperar.

El clan de Judá necesitaba hijos e hijas, o su hogar disminuiría y se extinguiría.

El hecho de que no tuviera hijos la convertía en un fracaso como mujer. Judá la había escogido para tener hijos para su casa, y su posición no había cambiado. Ella seguía siendo la joven que Judá había elegido. Judá debía darle a Onán como marido. Onán debía dormir con ella y ella debía proporcionarle un hijo para heredar la parte de Er. Era el camino del cananeo y del hebreo. El hermano debía preservar al hermano.

Sabiendo esto, Tamar no pasó su tiempo preocupándose de cuándo Judá tomaría la decisión. En vez de eso, pasaba su tiempo preguntándose sobre el Dios de los hebreos.

Su corazón temblaba cuando consideraba el poder que Él tenía. Estaba llena de preguntas, pero no tenía a nadie a quien preguntar. Judá había dejado claro que no quería hablar del Dios de su padre.

Así que giraba las preguntas una y otra vez en su mente, buscando respuestas por sí misma y no encontrando ninguna. Si Dios derrotó a Er por haber prometido a sus hijos a los dioses de Canaán, ¿por qué no había derrotado a Judá por permitir que Batsua entrenara a sus hijos en la adoración de Baal? ¿O fue la miseria en la vida de Judá la maldición que se le impuso por algún acto desconocido de rebelión? Judá había dicho una vez que la mano de Dios estaba en su contra. Estaba convencido, por lo tanto, debía ser verdad. Judá lo sabría, ¿verdad? El temor llenó a Tamar de tales pensamientos, pues si la mano de Dios estaba en contra de Judá, ¿qué esperanza tenía algún miembro de su familia?

¿Cómo ablandas el corazón de un Dios que está enojado contigo? ¿Cómo lo aplacan cuando no saben lo que Él quiere de uno? ¿Qué ofreces como sacrificio? ¿Qué regalo puedes dar? Obediencia, había dicho Judá, pero Tamar no conocía las reglas para obedecer.

El temor del Señor estaba sobre ella. Sin embargo, incluso en su temor, Tamar se sintió extrañamente reconfortada. Er ya no era su amo. Su destino estaba ahora en manos de Judá. Ni una sola vez durante el año que estuvo en esta casa había visto a su suegro ofrecer sacrificios a los dioses de Canaán. Fue Batsua quien adoró a Baal y Asera y a una docena más con ferviente devoción. Ella fue la que derramó vino y aceite, y se cortó. Judá mantenía su distancia, y Batsua nunca abría el gabinete donde guardaba sus terafines cuando Judá estaba a la vista de ellos.

Pero Tamar tampoco había visto nunca a Judá dar ofrendas a su Dios.

¿Lo hacía cuando pastoreaba sus ovejas? ¿Adoraba cuando estaba con su padre o con sus hermanos? Su suegro nunca dijo nada de una manera u otra, y Tamar no se atrevía a preguntarle a Batsua.

Si el Dios de Judá lo permitía, ella daría a luz de Onán, y cumpliría la esperanza que Judá tenía de edificar su casa. Er estaba muerto. Ella se consolaría sabiendo que sus hijos nunca serían colocados en los brazos de Moloch y rodeados en los fuegos de Topheth, ni serían entrenados para realizar actos lascivos con un sacerdote en un altar público dedicado a Astarté. Crecerían en los caminos del padre de Judá y no en los suyos propios. Se inclinarían ante el Dios de Judá y no ante los de Batsua.

Su corazón gritó para que esto fuera verdad, aunque nada era seguro. Un año en la casa de Judá le había enseñado a Tamar que Batsua tenía la ventaja. En la única ocasión en que Judá había ejercido su autoridad, su hijo mayor se había revelado y había muerto.

Ella no podía ir a Judá y hablar de estas cosas. Era demasiado pronto, demasiado doloroso. Cuando Judá estuviera listo, mandaría a buscarla. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ella iba a ser la portadora de los bebés.

Judá reflexionó sobre el futuro de su familia. Sabía lo que tenía que hacer, pero aun así esperó setenta días antes de convocar a Tamar. Cuando ella se paró ante él en su negro vestido, delgada y digna, con la cabeza en alto, se dio cuenta de que ella había cambiado. Su rostro ya no presentaba las marcas de los malos tratos. Su piel era suave y saludable. Sin embargo, era más que eso. Tranquila y preparada, ella le miró. Ya no era la niña-esposa temblorosa que había traído a casa de Er.

Judá sabía que Tamar nunca había amado a Er. Ella se había sometido a Er, mostrándole a su hijo el respeto que se merece un marido. Aunque sabía que el establo estaba golpeado, Judá nunca la había visto acobardarse como un perro. Ella había aceptado su destino y había trabajado duro para ser parte de su familia. Se había sometido a todas las órdenes. Ella aceptaría su decisión ahora y la cumpliría.

—Te doy a Onán como tu marido para que puedas tener un hijo para Er.

Mi señor, dijo ella y se inclinó ante él. Judá quería decir algo, cualquier cosa que pudiera darle a la pobre chica consuelo y esperanza. ¿Pero qué podría decir que no degrade a Er? No importaba cuán inclinado hacia el mal había estado su hijo mayor, Er seguía siendo el primer fruto de las entrañas de Judá, la primera muestra de su fuerza como hombre. No podía hablar contra Er sin hablar contra sí mismo.

Una bendición aliviaría su conciencia. ——Que seas fructífera y multipliques mi casa, Tamar. No sufriría con Onán. Por lo que sabía Judá, a su segundo hijo no le gustaba atormentar a los indefensos.

Cuando Tamar se puso de pie, levantó la cabeza y lo miró. Estaba desconcertado por el afecto de sus ojos. Asintió con la cabeza. —Puedes irte.

Se dio la vuelta y luego se volvió de nuevo. — ¿Puedo hablar con usted, mi señor? —Algo la atormentaba profundamente.

Levantó las cejas.

—Ya que voy a tener hijos para su casa, ¿me instruiría en los caminos de su Dios?

Se puso rígido. —Cuando llegue el momento, hablaré con Onán sobre ello.

—Seguramente el tiempo ya ha pasado.

Cerró los puños. — ¿Te atreves a regañarme?

—No, mi señor, dijo ella confundida—. Ella palideció—. Le ruego me disculpe. Sólo me refería a que…

Vio bien las lágrimas en sus ojos, pero ignoró su atractivo. —Déjame. Cerrando los ojos, sacudió la cabeza al mando. Escuchó sus rápidos pasos en retirada.

¿Por qué Tamar siempre tenía que preguntar por Dios? ¿Qué podría decirle? Dios había golpeado a Er por su cruel arrogancia y también se había vengado de Judá. Ojo por ojo, vida por vida. Er por José.

Judá se peinó con los dedos y luego se agarró la cabeza. Tal vez ahora el pasado podría ser puesto a descansar.

Esto es lo que él deseaba: hacer lo correcto, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios. Las palabras de su padre le llegaron como si Jacob se hubiera acercado y las hubiera susurrado.

Agitado, Judá se levantó y salió de la casa. Tamar regresó a su habitación y le contó a Acsa lo que se le había dicho. Onán se acostaría con ella y daría sus hijos por Er.

—Judá habló conmigo hace ocho días, —dijo Acsa. Ha estado contando los días.

Tamar se sonrojó.

Acsa le sonrió. —Onán es mejor hombre que Er. No te pegará.

Tamar bajó los ojos. Onán era tan guapo como Er. Podía hablar con la misma fluidez. También podría tener puños como martillos. Ella respiró lentamente. No podía permitirse vivir en el miedo. El miedo podría impedir la concepción.

A pesar de su determinación, su estómago temblaba de miedo. No tenía motivos para esperar un trato tierno de Onán. ¿Por qué debería hacerlo? Estaba acompañado de los mismos jóvenes que Er.

Acsa la tomó por los hombros. —Alégrate, Tamar. Judá se puso de tu lado contra Batsua.

Tamar se encogió de hombros. —No seas tonta, Acsa. No hay lados en este asunto. No es más que una cuestión de necesidad.

— ¿Una cosa de necesidad? Por cómo tu suegra ha estado quemando la oreja de Judá durante semanas con respecto a ti, lo dudo. No quería a Onán en la misma habitación que tú, mucho menos en la misma cama.

— ¿Puedes culparla? Me afligiría mucho más si perdiera un hijo.

—O un marido cariñoso. —Ella bajó la voz hasta un susurro de conspiración. Se libraron bien de Er.

Tamar se dio la vuelta, sin querer estar de acuerdo. Acsa suspiró. —Debes tener cuidado, Tamar. Batsua busca a alguien a quien culpar.

Tamar se sentó sobre un cojín. Entonces debía mirar al Dios de Judá.

—Sospecha de ti. Dice que hiciste un hechizo.

Tamar levantó la vista bruscamente. — ¿Qué poder tengo para ayudar u obstaculizar a alguien en esta casa? ¡No soy nada! ¿Qué ganaría yo con la muerte de mi marido? ¿Estoy mejor ahora con mi marido muerto? —Ella agitó la cabeza y miró hacia otro lado. —Nadie le creerá a Batsua. Todos escucharon a Er rechazar al Dios de su padre, y todos vieron cómo murió.

Acsa se agachó ante ella. — ¿Crees que eso importa? —Cogió las manos de Tamar y las cogió con fuerza. —Gran parte de la culpa por el carácter de Er puede ser puesta a los pies de su madre, pero ¿crees que ella lo aceptará alguna vez?

Tamar sacó las manos de Acsa y se cubrió la cara. — ¡No hice nada para lastimar a Er! —Respiró entrecortadamente, las lágrimas brotaban a pesar de sus esfuerzos por sofocarlas. — ¿Qué clase de hogar es este que todos buscan destruirse unos a otros?

Acsa apretó las puntas de sus dedos contra los labios de Tamara. —Sé que no hiciste nada para lastimar a Er. Ni una sola vez hablaste en contra de Er. Todos sabían que te pegaba, y todos miraban para otro lado.
Entonces, ¿cómo puedes decir…?

—Eres demasiado joven para entender las costumbres de gente como Batsua. Está celosa. Tiene miedo de perder su posición. Así que ella miente. Una mentira contada con suficiente frecuencia será finalmente aceptada como verdad.

— ¡Sólo puedo ser lo que soy, Acsa! —Las lágrimas corrían por sus mejillas. —Sólo puedo vivir de la mejor manera que conozco.

Acsa le puso una mano en la mejilla. —Quédate en paz, mi amor. Has prevalecido. Judá te ha dado a Onán. Demuestra que cree que el dios de su padre le quitó la vida a su hijo a pesar de que Batsua afirma que tú tuviste parte en ello. Pero ten cuidado: Es tan astuta como una serpiente. Ella se quedará callada ahora que Judá ha tomado su decisión. Durante un tiempo no hará nada. Pero nunca olvides: Ella es tu enemiga.

—Como siempre lo ha sido, Acsa.

—Más ahora que nunca, pero Judá te protegerá. —Con una risa triste, Tamar agitó la cabeza—. Judá no está ni a la derecha ni a la izquierda de mí. Se mantiene solo,

como siempre lo ha hecho. Todo lo que hace es tomar las medidas necesarias para preservar a su familia. —Se dio la vuelta, no queriendo que Acsa la viera herida y decepcionada. Judá se había negado a instruirla en los caminos de su Dios, a pesar de que este Dios claramente tenía el poder de la vida y la muerte. —Estoy más agobiada ahora de lo que estaba el día que vine aquí, Acsa. Quiero que esta casa prospere. Quiero cumplir con mi deber.

—Lo harás.

—Si tengo hijos.

—Cuándo, no sé. —Acsa sonrió—. Onán te dará un hijo. No tengo ninguna duda de eso.

Tamar no compartía su confianza. Onán era, después de todo, el hermano de Er.

Acsa se alegró de que Judá finalmente hubiera resuelto el asunto. Le dolía el corazón al presenciar la indiferencia en esta casa. Nadie en esta casa merecía a Tamar. Era encantadora y dulce, trabajadora, leal. El corazón de Acsa a veces se hinchaba de orgullo al ver la forma en que la niña se comportaba con dignidad, especialmente cuando se enfrentaba a desprecios, insultos y arrebatos de Batsua. Hubo momentos en que Acsa tuvo que morderse la lengua para no decir lo que pensaba y le causara más problemas a Tamar.

Judá se había demorado lo suficiente en darle a Onán a Tamar. Acsa había empezado a temer que Batsua había logrado envenenarlo contra Tamar. Amaba a Tamar tanto como hubiera amado a cualquier hijo de su propio vientre, y le enfurecía ver cómo era tratada.

Acsa se había regocijado cuando Judá la buscó y le preguntó sobre la salud de Tamar. Había estado incómodo. Ella entendió lo que realmente estaba pidiendo y le evitó más vergüenza. El mejor momento para la concepción sería en diez días.

—Diez días. ¿Estás segura?

—Sí, mi señor. —Acsa no había descuidado su deber hacia la casa de Tamar o de Judá. La chica no tenía secretos para ella. Era deber de los Acsa velar por la salud de Tamar. Conocía los días de su ciclo. Los contaba desde la luna llena para saber exactamente qué días ofrecían mayor fertilidad.

Aunque el asunto de Onán estaba resuelto, Acsa estaba preocupado por el humor de Tamar. Tamar estaba pensativa y reservada. Antes, siempre había compartido sus pensamientos y sentimientos. Acsa sabía que era porque la niña se estaba convirtiendo en mujer, pero le dolía ser excluida incluso de estas pequeñas maneras. Ella adoraba a la niña y sólo buscaba lo mejor para ella. ¿Cómo podía levantarle el ánimo si no sabía lo que Tamar estaba pensando? Ella presionó, pero Tamar se resistió. Ella no quiso decir lo que estaba mal. Acsa solo podía asumir que era miedo ante las perspectivas de intimidad física con Onán. Y ella podía entenderlo fácilmente, considerando el trato cruel que su querida niña había sufrido en manos de Er. Acsa había tenido miedo por ella y se había angustiado sobre qué hacer sin causarle más problemas. Un moretón de vez en cuando era lo suficientemente común, pero golpes más fuertes podían causar lesiones internas y daños permanentes. ¿Y qué sería de Tamar?

Pero Er estaba muerto ahora. En secreto, Acsa se regocijó. El desgraciado sólo había recibido lo que se merecía. No volvería a poner otra mano sobre Tamar, y Acsa estaba agradecida al Dios que le había derribado.

Innumerables veces había deseado tener el poder de hacerlo. Había tenido que taparse los oídos para no volverse loca cuando oía a Tamar silenciar los gritos de dolor a puerta cerrada.
Tamar no tenía por qué temer a Onán. El segundo hijo de Judá era diferente del primero. Onán era astuto y ambicioso. Cuidaba los rebaños de sus padres como si ya fueran suyos. Acsa sospechaba que Onán codiciaba más que la herencia de su hermano. Él también codiciaba a la esposa de su hermano. Acsa había notado la forma en que el joven miraba a Tamar. Quizás la lujuria del muchacho se convertiría en amor, y la vida de Tamar sería más fácil.

Con toda seguridad, Onán estaría ansioso por cumplir con su deber hacia ella. El primer hijo que Tamar diera a luz sería para Er, pero otros le seguirían. Pertenecerían a Onán. Acsa no podía esperar a que llegara el día en que ayudara a Tamar a traer un niño al mundo. ¡Oh, ver su hermosa sonrisa florecer de nuevo, escuchar su risa, ver sus ojos brillar de felicidad! Las lágrimas saltaron a los ojos de Acsa sólo de pensarlo.

Tomando su escoba y su cesta, Acsa entró en la habitación donde Tamar y Onán se acostarían juntos. Puso la cesta junto a la puerta y trabajó vigorosamente. Cantó mientras lo hacía, exorcizando al ambiente divino de la habitación. A algunos espíritus les gustaba obstaculizar el deseo e impedir la concepción. Hay que barrerlos e impedir que vuelvan. Era deber de Acsa ocuparse de esto. Ella debía proteger a la joven pareja y abrir el camino para hacer el amor sin trabas.

Acsa tuvo mucho cuidado en su trabajo. Se aseguró de que cada centímetro de las paredes, el techo y el suelo fueran barridos. Entonces ella mezcló mortero y calafateó los agujeros en la pared de piedra para que los espíritus malignos no pudieran entrar a través de ellos. Ella trajo esteras y las colocó ordenadamente sobre el piso de tierra. Llenó pequeñas lámparas con aceite perfumado y colocó bandejas de incienso en cada una de las cuatro esquinas de la habitación. El aire de la alcoba se impregnaba de una dulce fragancia almizclada que agitaba los sentidos y estimulaba el deseo. Tomó una mandrágora de su cesta y afeitó las astillas de la preciosa raíz en una copa junto a una jarra de vino. La mandrágora aumentaría la fertilidad de Tamar. Por último, sacó una tela tejida y la extendió sobre la colchoneta donde la pareja se tumbaría junta.

De pie en la puerta, Acsa escudriñó cada aspecto de la habitación. Debía asegurarse de que todo estuviera en su sitio, nada se olvidaría. Las voces y la música venían de la sala principal. La fiesta de bodas había comenzado. Pronto conducirían a la pareja a esta cámara.

Como última precaución, Acsa volvió a entrar en la habitación y sacó harina molida de una bolsa que tenía en la cintura. La arrojó sobre el piso desde el borde de las paredes hasta la entrada. Con cada movimiento de su brazo, cantaba encantamientos para expulsar a los espíritus de la habitación. No estaba satisfecha hasta que una fina capa de harina lo cubrió todo. Si algún espíritu regresaba, ella vería huellas en el pálido polvo y le advertiría de su presencia.

Acsa cerró la puerta con firmeza. Rellenó la grieta alrededor de la puerta hasta que la habitación fue sellada.

Finalmente, satisfecha, se sentó y descansó. Le daría a Tamar una hora más para celebrar. Tal vez una o dos copas de vino harían que Tamar se relaje y se divierta. Sonriendo, Acsa murmuró oraciones a sus dioses. Pronto llevaría a la joven pareja a la alcoba. Se aseguraría de que ningún espíritu hubiera entrado, y entonces cerraría la puerta tras Onán y Tamar y se mantendría en guardia contra los espíritus que pudieran intentar impedir la concepción. Se sentó contra la puerta cerrada y tocó su pequeño tambor, y cantó una canción para ahuyentar a los demonios y hacer latir los corazones de los jóvenes con pasión. Si los espíritus celosos pudieran mantenerse alejados de la casa el tiempo suficiente, Tamar concebiría. Y entonces, finalmente, esta niña a la que Acsa amaba y servía recibiría el respeto que le correspondía como madre.

Tamar pronto aprendió que Onán era diferente de Er: su maldad era más astuta.

Incluso mientras Tamar nadaba con el vino y sus sentidos con los olores de las hierbas dulces y el sonido del tambor de Acsa, ella sabía el momento exacto en que el hermano de Er le negó la oportunidad de tener un hijo. Ella gritó, pero él le cubrió la boca con la suya, silenciando su protesta. Ella luchó ferozmente y se liberó, escabulléndose de él.

— ¡Me has deshonrado! —Se quitó la ropa y se cubrió—. ¡Y traicionaste a tu propio hermano!

Onán se sentó, respirando pesadamente. —Te prometo que te trataré mejor que Er.

— ¿Y esto es mejor?

—Te trataré con amabilidad y... — ¿Amabilidad? Er había abusado de ella. Ahora Onán la estaba usando. Estaban juntos con un propósito: concebir un hijo para Er.

—Onán se estiró de costado. ¿Qué tiene de malo divertirse?
Tamar le miró con desprecio y sin respuesta. Los ojos de Onán se entrecerraron.

—Deja de mirarme como si fuera un insecto que encontraste bajo una roca.

—Debes cumplir con tu deber hacia mi difunto esposo, tu hermano.

— ¿Debo hacerlo? —La cara de Onán se oscureció—. ¿Quién eres tú para decirme que debo hacerlo?

—Sabes quién soy y cuál es mi posición en esta casa. ¿Harás lo que es correcto o no?

—Prometo cuidarte. Siempre tendrás un techo sobre tu cabeza y comida para comer. Te daré todo lo que necesites.

Su cara se acaloró. ¿Realmente pensó que ella le permitiría tratarla como a una prostituta? Apenas podía soportar mirarlo. —Sólo te pido una cosa, Onán, ¡y la has derramado en el suelo! —Ella le arrojó su túnica descartada.

Onán se sonrojó, pero sus ojos seguían siendo calculadores. —Er dijo que eras terco. Podrías intentar entender mi situación.

No era una tonta. Ella sabía exactamente lo que buscaba. Había sabido que Onán era codicioso, pero nunca esperó esta abominable injusticia. — ¡Quieres una doble porción de Er además de la tuya! —Onán estaba lleno de avaricia.

— ¿Por qué no debería tenerlo todo? ¡He trabajado por ello! Tienes tu parte. No tienes derecho a lo de Er. Pertenece a su hijo.

Él sonrió con suficiencia. — ¿Qué hijo?

Sus ojos se llenaron con lágrimas de enojo. —No te saldrás con la tuya en esto, Onán. No soy una ramera para ser usada.

—Sé razonable, Tamar. ¿A Er le importaban los rebaños como a mí? ¿Te he pegado o te he insultado? ¿Mostró alguna vez bondad hacia ti? ¿Incluso una vez? ¡Todo lo que hizo mi hermano fue causarte dolor!

— ¡No importa cómo me trató ni a ti ni a nadie! Es el hijo mayor de tu padre. Er era primogénito. ¡Debes cumplir con tu deber hacia tu hermano, o su línea morirá! ¿Crees que Judá no se afligirá por lo que has hecho esta noche?

—No se lo digas.

—No me uniré a ti en este pecado. ¿Qué futuro tengo si te sales con la tuya?

—El futuro que te doy.

— ¿Y debo confiar en un hombre que niega a su hermano un heredero?

Onán se puso en pie, molesto. — ¡El nombre de Er debe ser borrado! ¡Merecía morir! ¡Estaban todos mejor sin él!

Tamar estaba conmocionada por su odio. —No debes negarme mis derechos, Onán. Si lo haces, engañas a toda la familia de tu padre.

Con la mandíbula apretada, Onán hizo un sonido de desdén. —No sabes lo que sufrí en manos de mi hermano. Cada vez que mi madre miraba para otro lado, Er usaba sus puños contra mí. Me alegro de que esté muerto. Si quieres saber la verdad, me regocijé cuando Er murió ahogado. Me dio placer verlo morir. ¡Quería reírme y bailar! —La sonrió burlonamente—. Como estoy seguro de que hiciste.

—No me incluyas en tu maldad. La parte de Er no te pertenece. Pertenece al hijo que pudo haber tenido, el hijo que debes darme.

Onán se recostó de nuevo y se apoyó sobre un codo. — ¿Y si no lo hago?

—No puedes negarte, Onán. ¿Quieres que el nombre de Er caiga en el polvo con él? Era como si quisieras asesinar a tu propio hermano.

—Ahí es donde debe estar su nombre.

¡Lo que Onán estaba haciendo era peor que un asesinato! Él estaba negando la existencia a todos los descendientes de Er a través de los siglos. Si fuera por él, ella nunca tendría hijos. ¿Qué sería de ella entonces?

—Por favor, Onán. No debes hacer esto. ¡Piensa en lo que haces!

—He pensado en ello. Es mi nombre el que me importa, no el suyo.

— ¿Qué clase de hombre eres para destruir la casa de tu propio hermano?

— ¿Qué hermano? ¿En qué casa? —Se rió suavemente. Tomó el borde de la envoltura de ella y se la frotó entre los dedos. —Soy un hombre que intenta aferrarse a lo que le pertenece—. Sonrió—. Puedo hacerte feliz. ¿Quieres que te enseñe cómo?

Tamar le quitó el abrigo y se retiró aún más. Quería gritarle a Acsa para que dejara de tocar el tambor y de cantar. ¡Esta noche fue una burla!

La expresión de Onán se enfrió. Estate satisfecha con lo que te ofrezco.

Su avaricia la enfermó. —No me callaré.

— ¿Qué puedes hacer? —Se burló de ella como Er lo había hecho.

—Puedo hablar con Judá.

Onán se rió. —Adelante. Padre no hará nada. Él nunca hace nada. Además, será tu palabra contra la mía, ¿y quién te creerá, Tamar? Mi madre te odia con cada respiro que da. Además, lo convenció de que hechizaste a mi hermano y le causaste la muerte. —Su sonrisa se burló de ella—. Todo lo que tengo que decir es que lo di todo por cumplir con mi deber, pero los dioses han cerrado tu vientre.

Parpadeó con lágrimas en sus ojos. —Le diré la verdad a tu padre, y que el Dios de Judá juzgue entre tú y yo—. Se levantó, con la intención de salir de la habitación.

Onán se abalanzó sobre ella. Ella intentó esquivarlo, pero él le agarró el tobillo. Cuando ella trató de liberarse, él le tomó los pies. Ella cayó con fuerza, y él la inmovilizó contra las esteras de junco esparcidas por el suelo de tierra que Acsa había tenido tanto cuidado al barrer.

—Conténtate con lo que tienes, muchacha, porque no tendrás más de mí de lo que yo pretendo dar. Y cuando mi padre muera, ni siquiera tendrás tanto a menos que hagas un esfuerzo por complacerme.

Tamar respiró con sollozos y volvió la cara. Onán facilitó su agarre sobre ella. Shhhhhh... Le acarició la mejilla y le besó la garganta. —Ya está, mi dulce y pequeña novia. No llores. —Su toque la repugnaba—. Todos se alegran de que Er

haya muerto y se haya ido. Tú también deberías estarlo—. Le puso una mano en la cara y le hizo mirarlo. —Aún te quiero, Tamar. Te he querido desde el día que llegaste aquí. Y ahora eres mía—. Cuando él trató de besarla, ella sacudió la cara. Apretando los dientes, Tamar cerró los ojos con fuerza y no se movió.

—Decídete a disfrutar de las cosas como son. No cambiarán.

—Prefiero estar muerta.

Onán maldijo. —No me tientes—. Las esteras con la prisa crujieron suavemente mientras él se alejaba de ella—. Hazlo a tu manera.

Se durmió en cuestión de minutos, su conciencia no estaba perturbada.

Tamar dormía en un rincón, con las manos sobre la cabeza, mientras que Acsa seguía cantando canciones de amor en la puerta.

Tamar pasó la noche nerviosa. Estaba decidida a luchar contra la injusticia que se le había cometido. Estaba dentro de sus derechos, y debía tener el valor de hacerlo. Seguramente Judá la defendería. Sin hijos, su familia disminuiría y se extinguiría. El viento soplaría el nombre de Judá como si fuera polvo. Debía tener valor. Debía ser fuerte. Ella tendría que hablar por sí misma porque los hijos de esta miserable casa sólo se preocupaban por sí mismos.

Fue a Judá antes de que Onán se despertara. Ella le dijo a su suegro exactamente lo que su hijo había hecho. Ella presentó la tela que Acsa había colocado sobre la estera para probar su declaración. La cara de Judá se volvió de color rojo oscuro.

— ¡Sólo has tenido una noche con Onán! Dale tiempo.

¿Tiempo? ¿Eso fue todo lo que Judá pudo decir? Debería estar furioso por la intención de su hijo de engañarlo. ¡Onán estaba pecando contra toda la casa! Sus acciones eran claras, su motivación pura codicia, y su crimen igual a asesinato. ¿Cómo pudo Judá pasar por alto este pecado contra su familia? No importaba cuántas veces Er había abusado de ella, no podía permitir que su difunto esposo fuera tan deshonrado. ¿Tendría que gritar desde la azotea para que llamaran a Onán a rendir cuentas?

—No permitiré que Onán me toque bajo estas circunstancias. ¡No puedo!

Los ojos de Judá brillaron. — ¿Quién eres tú para decirme qué pasará o no pasará en mi casa?

— ¿Cómo puedo permitirlo? ¡Soy la esposa de tu primogénito! ¿Vería morir el nombre de Er porque Onán se negó a cumplir con su deber?

— ¡Cállate, niña!

La ira la llenó. ¡Soy una mujer, Judá, y gritarme no ahogará la verdad de esta humillación! Ella sabía que Judá no quería ser presionado por nadie, pero era su

derecho, de hecho, su obligación de tener hijos. — ¿Por qué me frustra? ¡Está en todos nuestros intereses que nazcan hijos! — ¿Qué sería de la tribu de Judá si se permitiera que las cosas continuaran de una manera tan inmoral como esta? —La tierra no se puede trabajar sin niños. Los rebaños no pueden ser atendidos sin niños.

— ¡No necesito que me digas eso!

Judá rugió como un león herido, pero Tamar se negó a retroceder. Judá no era como Er. No usaría sus puños contra una mujer. Y podría soportar sus gritos. — ¡Es mi derecho a tener hijos!

Judá volteó la cara, el músculo trabajando en su mandíbula. —Muy bien, —dijo a regañadientes. —Hablaré con Onán cuando llegue el momento. Mientras tanto, que las cosas sean como son—. Levantó la mano cuando ella empezó a protestar.

— ¡Déjame terminar! Con el tiempo, mi hijo puede llegar a amarte. ¿Has pensado en eso? Podrías trabajar con ese fin en lugar de causarle problemas. Haz lo que puedas para que te ame. Si Onán te ama, él hará lo correcto por su propia voluntad, sin que yo diga una palabra.

Le ardían las mejillas. Tal como Onán había dicho, Judá no haría nada. ¡Él se iría a cuidar de sus ovejas y dejaría en sus manos traer la justicia de Onán!

— ¿Sabe tan poco de sus propios hijos, Judá? Er había sido incapaz de amar, y Onán fue devorado por los celos y la avaricia.

Judá podría haberle dicho sin rodeos: Dependía de ella proteger el derecho de nacimiento y la porción de su esposo. Dependía de ella encontrar la manera de tener un hijo.

—Conozco a mis hijos, —dijo Judá con tristeza, mirándola fijamente.

Luchó contra sus lágrimas, porque sabía que Judá no la respetaría si las derramaba. — ¿Por qué se niega a confrontar el pecado que ocurre ante sus ojos? Nunca llamó a Er para pedirle cuentas, y ¿ahora mira hacia otro lado mientras Onán se niega?

— ¡No me digas cómo dirigir mi vida o mi familia!

— ¡Nunca asumiría usurpar el lugar de Batsua!

Los ojos de Judá se abrieron de par en par con sorpresa, y luego su cara palideció de ira. —Ya has dicho suficiente—. Habló con una calma mortal.

Tamar vio su ira y no le importó. Si quería pegarle, que lo hiciera. Ella ya había sido golpeada antes, y en esta casa no tenía ninguna duda de que volvería a ser golpeada. ¡Ella no se enfrentaría a este león como a una de sus ovejas!

—Cuando le dio el precio de la novia a mi padre, se hizo un pacto entre vosotros. Era todo lo que podía hacer para hablar en voz baja y no gritar su frustración. —Me convertí en la esposa de su hijo Er, y como esposa de su hijo, me convertí en su hija. ¿Permitirá que me traten como a una ramera? Seguramente un hombre que defendió a su hermana contra el príncipe de Siquem…

¡Esas circunstancias eran completamente diferentes! —interrumpió, con la cara blanca.

Tamar se dio cuenta de que había abierto una vieja herida y trató de enmendarla. —Soy parte de tu familia, Judá. —Claramente, él no la abrazó como a una hija, pero aun así le debía consideración. No podía permitir que sus derechos fueran pisoteados bajo los pies de Onán.

—Ten paciencia, Tamar. He perdido a Er. No quiero luchar contra Onán. —Gimió de frustración—. ¡Debe haber otra manera!

La había, pero ella odiaba mencionarlo. Él debía saber tan bien como ella la única otra alternativa que tenían a su alcance. Tragó con fuerza, sus mejillas se calentaron. —Si lo prefiere, puede seguir la costumbre cananea y realizar el trabajo usted mismo.

Su cabeza se levantó. Claramente, pensó que su sugerencia era tan repugnante como ella. —Soy hebreo, no cananeo.

—No quise ofenderlo.

—Si fueras una mujer adulta, podrías hacer que Onán se olvidara de sí mismo en vez de dejar tu problema en mis manos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas doloridas. Era lo suficientemente mujer para concebir. Eso es todo lo que se le exigía. ¿O lo había olvidado? ¿Tenía que volverse astuta y taimada para cumplir con su deber hacia su hijo muerto? ¿Esperaba Judá que se comportara como una ramera y le quitara a Onán lo que debía dar libremente? Tal vez Judá esperaba que corriera a su hermana en Timnat y le pidiera instrucciones sobre las artes eróticas. ¡Quizás ella debería adornarse con velos y campanas para que Onán se sintiera tan vencido por la lujuria que olvidara su avaricia y cumpliera sin querer con su obligación!

Tamar tembló de ira.

Una vez más, Judá se apartaría de sus responsabilidades. Quería que ella conspirase y conspirase y atrajese a Onán a hacer lo que era correcto para ahorrarse problemas.

—No me haré la ramera.

— ¿Por qué no? —Dio una risa cínica—. Las mujeres lo han hecho durante años.

— ¿Cuándo harás lo correcto?

— ¡Fuera de aquí!

Tamar huyó de la casa llorando. Acsa le siguió. — ¿Qué ha pasado, Tamar? ¿Por qué gritaban tú y Judá?

Tamar tomó su azadón y comenzó a golpear el suelo con él. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y ella las dejó correr y siguió trabajando.

—Dime, Tamar. ¿Onán te maltrató?

— ¿Es como Er después de todo?
—Déjame en paz, Acsa. Déjame trabajar en paz. —No se humillaría más si compartiera su vergüenza y la cobardía de Judá.

Una vez más se preparó la sala conyugal, pues aún quedaban seis días de la semana de la boda. Onán estaba con un espíritu aún más elevado, seguro de que había ganado su camino. Levantó la cabeza como un guerrero triunfante y cogió la mano de Tamar mientras Acsa los llevaba de nuevo a la alcoba. Tamar fue voluntariamente, esperando que se arrepintiera y cumpliera con su deber.

No lo hizo.

Mientras dormía, Tamar estaba sentada llorando en el rincón más alejado de la habitación, su cabeza cubierta con su tsaiph negro. Estaba desamparada, abrumada por la vergüenza y la humillación. Onán estaba destruyendo su esperanza de un futuro honorable. Si fuera por él, ella nunca tendría hijos para la casa de Judá. ¡Podría estar muerta!

No fue hasta que salió el sol que Tamar encontró la muerte. Y se llevó a Onán.

Cuatro

La casa estaba alborotada, y Tamar estaba en el medio. Aquellos que no habían creído en las historias de Batsua sobre Tamar como responsable de la muerte de Er, ahora estaban convencidos de que ella era responsable de la de Onán. Incluso Tamar empezó a preguntarse si ella tenía la culpa de todo. ¿Dos maridos muertos en un año? ¡Qué mala suerte! ¿Cómo puede ser esto? Sus emociones estaban destrozadas. Tanto Er como Onán habían sido malvados, pero había muchos hombres malvados que caminaban y hablaban y se comportaban como de costumbre. ¿Por qué habían escogido a sus maridos?

La garganta de Tamar se cerró caliente; sus ojos ardían. Ella era inocente. Ella no tenía nada que ver con estas extrañas muertes, pero los rumores eran desenfrenados. Los chismes dividieron la casa en facciones, y Batsua chismeó más que nadie. ¿Cómo puede su suegra llamarla bruja? Nunca había lanzado un hechizo o pronunciado un conjuro. Quería defenderse, pero cada vez que empezaba a hablar, veía las caras de los demás y sabía que era inútil. Ellos ya creían las mentiras y tenían miedo.

Tamar también tenía miedo. Desde el día en que entró en esta casa, fue tratada como una esclava despreciada. Todos sabían que Er había abusado de ella, y sin embargo nadie había pronunciado una palabra de compasión o levantado un dedo para ayudarla. Y ahora, aunque Onán la había usado para su placer egoísta y le había negado el derecho a ser madre de un heredero que reclamaría la porción de Er, todos creían que ella le había deseado la muerte. ¡No era verdad! Ella había venido a esta casa con la esperanza de ser una buena esposa y tener hijos. Fue el Dios del padre de Judá quien derribó a estos jóvenes. ¿No había dicho Judá lo mismo el día que murió Er?

Pero Judá ya no dijo eso.

¡Judá no dijo nada! Reflexionó y bebió vino para olvidar sus problemas mientras Batsua llenaba sus oídos de mentiras. Tamar sabía que debía ser más fácil para su suegro pensar que ella tenía la culpa que creer que su Dios estaba destruyendo a su familia. ¿Quién sería el siguiente? ¿Sela? ¿Batsua?

Cuando Judá la miró, vio su ira, sus sospechas. Buscó a alguien a quien culpar por su miseria. Y todos en la casa la señalaron. Eso hizo más fácil para Judá echarle la culpa también.

El odio de Batsua impregnaba la casa. Tamar no pudo escapar. Incluso cuando estaba trabajando afuera, Tamar sintió la malicia de Batsua. ¡La quiero fuera de esta casa y lejos de mi familia!

¿No entendía Batsua que al avivar el fuego que ya ardía, estaba destruyendo su casa? ¿Por qué no suplicar al Dios de Judá por misericordia? ¿Por qué no

preguntarle a Jacob qué se debe hacer para que los vientos se volvieran a su favor? ¿Por qué Judá se sentó y meditó en silencio y dejó que su familia se desmoronara a su alrededor?

Acsa instó a Tamar repetidamente, —Trata de hablar con él, Tamar.

—No puedo. No responderé a las mentiras de Batsua, ni siquiera para defenderme.

— ¡Todo el mundo está en tu contra!

—Si el Dios de Judá tomó a Er y Onán, ¿qué puedo hacer para arreglar las cosas? Depende de Judá. Es el jefe de esta casa.

—Batsua es la cabeza.

— ¡Judá lo ha permitido! Lo que me pase a mí está en sus manos. Todo lo que puedo hacer es esperar a ver qué hace.

A pesar de lo que la gente pensaba o decía de ella, la costumbre todavía requería que Sela les diera a sus hijos. Pero, ¿seguiría Judá ahora que su segundo hijo ha muerto? ¿Le confiaría a Sela con dos hijos ya en la tumba?

Tamar lloraba en secreto por las cosas crueles que se decían de ella, pero mantenía la compostura en presencia de otros. Incluso si ella se arrastrara y se agachara y suplicara ante Batsua, eso no cambiaría el corazón ennegrecido de la mujer. Tamar se esforzó por mantener su dignidad ante sus enemigos.

El período de duelo pasó y las semanas continuaron.

Tamar esperó. Tarde o temprano su suegro tendría que tomar una decisión.

Judá dejó pasar setenta y cinco días antes de llamar a Tamar. No había hecho nada más que pensar en la chica en las últimas semanas. Ella tenía derecho a Sela y a tener hijos, pero él tenía miedo de que su último hijo muriera si se casaba con ella. Batsua insistió en que Tamar era malvada y estaba lanzando hechizos, pero ¿por qué la chica haría esas cosas? Necesitaba hijos para mantenerla. Necesitaba un marido que le diera esos hijos. ¿Por qué matar sus mejores oportunidades para un futuro seguro? Como viuda sin hijos, no tenía esperanza.

Batsua se mantuvo amargado e inflexible. — ¡No le des mi último hijo! ¡Te odiaré por el resto de mi vida si lo haces! ¡Ella no debe tener a Sela!

Cuando Batsua no estaba maltratando y amenazando, ella estaba buscando el consejo de su terafín. La casa estaba asfixiada por el olor empalagoso del incienso. Cada dos días llegaba a la puerta algún medio que decía tener mensajes de los muertos.

—Deshazte de Tamar. —Batsua estaba rabiosa.

— ¡Saca a esa chica malvada de mi casa!

Judá nunca había visto a Tamar lanzar un hechizo o pronunciar un solo conjuro, pero eso no significaba que no lo hubiera hecho. Ella podría no ser tan abierta como su esposa, quien nunca había hecho un secreto de su pasión por las deidades cananeas.

Judá sabía que Dios había tomado a Er y que también había tomado a Onán. Tal vez, si hubiera hecho lo que Tamar le pidió y enfrentara a Onán por su pecado... Judá no pensó mucho en esa posibilidad. Dios puede haber matado a sus hijos, pero la chica era un mal presagio. Ella no ha causado más que problemas desde que la trajo a su casa. Si se deshiciera de ella, tal vez tendría algo de paz.

Sela era el único hijo que Judá había dejado. Batsua tenía razón. El chico debía ser protegido. Tamar era la única constante en medio de los desastres que habían ocurrido en su casa. Judá no podía arriesgar la vida de Sela dándoselo a ella. Además, Sela tenía miedo de Tamar. Batsua había convencido al niño de que moriría si se acostaba con Tamar.

— ¿Cuándo hará lo correcto, Judá? —Las palabras de Tamar picaron su conciencia, pero endureció su corazón contra ellas. Sólo estaba protegiendo a su familia. ¿Por qué iba a dar su último hijo a esta chica tan peligrosa? ¿Por qué arriesgarse? ¿Por qué abrir una brecha más grande entre él y su esposa? ¿Por qué causarse más dolor?

Además, Tamar era probablemente estéril de todos modos. En todos los meses que estuvo con Er, no había concebido. No había sido lo suficientemente deseable como para convencer a Onán. ¿Por qué iba a desperdiciar a Sela con esta miserable brujita? Sela era su último hijo sobreviviente, su único heredero, su última esperanza. ¡Él no lo haría!

Judá mandó a buscar a su hijo. Ve a Hira y quédate en Adulam hasta que te llame.

Aliviado de su deber, Sela alabó la decisión de su padre y obedeció con prontitud. Judá sintió una punzada de vergüenza, pero rápidamente desapareció. Él protegería a su hijo, incluso a costa de su propio honor.

Tamar sabía que algo más había salido mal cuando Acsa se le acercó y trabajó en un silencio desanimado. — ¿Qué pasa, Acsa? ¿Qué ha ocurrido?

—Judá despidió a Sela esta mañana. —El corazón de Tamar se hundió—. Debe haberlo enviado a ver a los rebaños.

—Los rebaños no están cerca de Adulam, Tamar. Ahí es donde Sela se ha ido.

Tamar miró el suelo en el que estaba trabajando. —No hay nada que pueda hacer excepto esperar, Acsa. Y tener esperanza.

—De hecho, no hay nada que puedas hacer. —Acsa lloró. Cuando Judá la mandó llamar, Tamar se fue ansiosa, esperando que le diera alguna explicación. Sin

embargo, en el momento en que vio a su suegro, supo que Acsa tenía razón. Sela se había ido, y no había nada que hacer al respecto.

—He tomado una decisión difícil, —dijo Judá lentamente, incapaz de mirarla a los ojos—. Sela es demasiado joven para asumir las responsabilidades de un marido.

Sela era dos años mayor que ella, pero Tamar no hizo objeciones. Judá estaba poniendo excusas. Ambos lo sabían. Discutir con él ahora sólo pondría su corazón contra ella. Dejó que Batsua lo intimidara con mentiras. La verdad se aclararía con el tiempo. Ella sería obediente. Ella sería paciente. Ella se comportaría con dignidad, aunque él se comportara con cobardía. El tiempo era su aliado. Tiempo y necesidad. Judá la necesitaba. Er necesitaba un hijo para seguir la línea familiar. Si Judá no le concedía a Tamar el derecho de dar a luz a ese hijo, sería un hombre que había renunciado a todo honor. ¿Podría confiarse en un hombre así?

—Cuando Sela sea mayor, enviaré a buscarte. —Tamar parpadeó, confundida. ¿Mandarme a buscar? ¿Qué quiso decir? Ella buscó en su cara y vio sus ojos agrandarse con fuerza.

—Batsua está empacando tus cosas mientras hablamos. Ella hará que uno de los sirvientes te lleve a ti y a tu nodriza a la casa de tu padre.

— ¿La casa de mi padre? Pero, mi señor, esto es…

— ¡No discutas! —Judá ni siquiera le permitió abrir la boca en su propia defensa. —Esto es lo mejor. Permanecerás en la casa de tu padre como viuda hasta que yo te llame.

¿Mejor? Estaba helada por el shock. — ¿Debo ser echada fuera por los pecados cometidos contra mí?

—No te van a expulsar. Te vas a casa.

—Esta es mi casa. ¡Tan fría e inhóspita como siempre ha sido!

—No digas nada más contra mi familia. Es por tu bien que yo tomo esta decisión. Tu presencia ha convertido mi casa en un campo de batalla.

— ¡Es injusto! —Empezó a llorar, avergonzándose completamente.

Judá miró hacia otro lado. —Recurrir a las lágrimas no me hará cambiar de opinión, —dijo fríamente.

La ira la estimuló. — ¿Cree que mi padre me recibirá con los brazos abiertos? Luchó por el control de sus emociones. — ¿Una viuda dos veces? ¿Sin hijos? ¿Rechazada y expulsada?

Judá era implacable. —Dile que quiero que permanezcas viuda en su casa hasta que Sela sea mayor. Cuando llegue ese día, enviaré a buscarte.

Tamar levantó la cabeza y le miró a los ojos. — ¿Lo hará?

—Dije que lo haría.

Se negó a mirar hacia otro lado. Que viera la fe que ella tenía en él ahora que la había abandonado.

La cara de Judá se enrojeció y sus ojos se movieron. — ¿No me crees?

Ella no le dio ninguna respuesta, aunque se preguntó. ¿Cuándo había visto a Judá hacer lo correcto?

— ¡Te lo prometo! —dijo rápidamente— ¿Ahora te irás sin más angustia?

Contenta con eso, Tamar hizo lo que le ordenó. Batsua estaba justo afuera de la puerta, triunfante y despiadada. —Tu nodriza te está esperando afuera—. Llorando, Tamar pasó al lado de ella, pero Batsua no estaba satisfecha. Siguió a Tamar hasta la puerta y se quedó observando. —Se deshizo de ti.

Tamar no miró atrás. Tampoco miró a Acsa, temerosa de que, si lo hacía, se echaría a llorar y le daría a Batsua una satisfacción aún mayor. —Judá nos envía de vuelta con mi padre.

Los ojos de Acsa brillaron. —Pondré una maldición sobre Batsua y su familia. Se adelantó, pero Tamar le agarró el brazo, tirando de su espalda.

— ¡No lo harás! Esta es mi casa, mi familia. No importa lo que piense Judá, aquí es donde pertenezco.

Los ojos de Acsa se llenaron de lágrimas de enojo. —No te merecen, —dijo en voz baja.

—Judá me eligió a mí, Acsa. Viviré con la esperanza de ser digna de su elección. Si tienes que hablar, reza en nombre de su familia.

No se les dio ningún sirviente para que los acompañara o protegiera. Se les dieron dos pequeños panes de cebada y una piel de agua para compartir.

Cuando Tamar estaba fuera de la vista de la casa, cayó de rodillas y sollozó. Llenando sus manos de polvo, se cubrió la cabeza. Incapaz de consolarla, Acsa también lloró.

Eran sólo ocho millas hasta la casa de Zimran. El sol ardiente pesaba sobre ellos, pero no tanto como sus corazones. Ya era de noche antes de que Tamar llegara a la puerta de su padre. No estaba contento de verla.

Zimran ordenó que todos salieran. La madre de Tamar, Acsa, sus hermanas y hermanos se apresuraron a obedecer. También deseaba poder huir de la ira de su padre. Ella no tuvo más remedio que permanecer en silencio mientras él desataba su furia sobre ella. Quizás, al final, mostraría piedad.

— ¡Te di al hijo de Judá para que tuvieras hijos por él y mantuvieras la paz entre nosotros! ¡Me has fallado! ¡Nos has fallado a todos!

—Debe mantener la cordura, o habrá perdido. Judá me dio su palabra de que enviaría por mí cuando Sela tuviera la edad suficiente para cumplir con su deber hacia mí.

Zimran la miró con desprecio. — ¿Y le creíste a ese hebreo? ¡Idiota! Sela es sólo unos años más joven que Er. ¡Tres o cuatro como mucho! Y ahora Judá dice que Sela aún no tiene edad para engendrar hijos. ¡Ha! Si es demasiado joven, ¿por qué llevarlo a la esquila de ovejas? ¡Deberías haber insistido en tus derechos!

Ella tropezó bajo el golpe de su mano, cayendo de rodillas. —Hice todo lo que pude, padre.

— ¡No lo suficiente! —Zimran caminaba, con la cara roja y las manos revueltas. —Deberías haberte quedado en su casa en vez de volver aquí. ¿De qué me sirves? ¡Traes vergüenza a mi casa!

Tamar apretó una mano sobre su palpitante mejilla. Su corazón latía de miedo. No debía ceder al miedo. Ella debía pensar. —Judá lo prometió, padre. Me lo prometió.

— ¿Y qué? ¿De qué sirven los votos con un hebreo? Los hebreos llegaron a un acuerdo con Siquem, ¿no? ¡Mira lo que les ha pasado! —Se paró sobre ella—. ¡Ya no eres mi responsabilidad! Si Judá no te quiere en su casa, ¿por qué iba a quererte en la mía? ¡Nos traerá mala suerte a todos!

Ella debía sobrevivir. —Si está dispuesto a arriesgarse, Padre, ignore los deseos de Judá. ¡Écheme fuera!

— ¿Los deseos de Judá? ¿Qué deseos?

—Para construir su casa. — ¿Su padre todavía tenía miedo de Judá? Ella sólo podía esperar eso. — ¿Batsua tendrá más hijos para Judá, padre? Es seca como el polvo y fría como la piedra. ¿Puede Judá dar a Sela a otra mujer antes de que cumpla su obligación conmigo? Judá quiere construir su casa, y yo soy la que él escogió para tener hijos. ¿Ha cambiado algo?

Los ojos de su padre parpadearon. —Si Judá hubiera querido mantener su palabra, no te habría enviado aquí. Te envió de vuelta porque quiere deshacerse de ti. Todos sabrán que Judá piensa que una hija de mi casa es la causa de su mala fortuna.

¡Cómo le picaban las palabras de su padre! Sus ojos ardían con lágrimas.

—Dele tiempo a Judá para llorar, padre. ¡Dele tiempo para pensar!

— ¡Tiempo! ¡Todas las ventajas que obtuve con tu matrimonio se han perdido para mí! ¿Crees que Judá traerá sus rebaños a mis campos contigo aquí? Tengo que encontrar a otros pastores para que traigan sus rebaños y manadas, o mi

tierra quedará sin alimento. —La miró con ira—. ¡Eres un inútil! ¡Eres una plaga en mi casa! ¡Tengo otras hijas que necesitan maridos! ¿Alguien ofrecerá por la hermana de una mujer maldita como tú? ¡Judá probablemente consideraría un favor si te matara!

Las crueles e irreflexivas palabras llovieron sobre Tamar y la hirieron mucho más que los golpes. Ella temblaba interiormente pero no se atrevía a mostrar debilidad. —Como desee, Padre. Máteme. Y cuando Judá mande a buscarme para que su hijo pueda tener hijos, dígale, ¡maté a Tamar en un ataque de rabia!

—Te expulsaré de la misma manera que él lo hizo.

—Me envió a casa con mi padre para que lo esperara. ¿Le dirá a Judá que me rechazó? ¿Le dirá a ese guerrero hebreo que su nuera fue enviada a recoger en otros campos de hombres, mendigar pan y prostituirse para sobrevivir? Estoy seguro de que Judá lo entenderá. Los hebreos son fáciles de influenciar, ¿no es así? Son dados a la misericordia. Perdonan el mal que se les ha hecho. ¡Mi suegro será tan misericordioso contigo como usted conmigo!

Estaba escuchando. Tamar aprovechó su ventaja. —Si yo estoy arruinada y no soy apta para Sela, ¿qué pasará con la casa de Judá? Siempre seré la nuera de Judá. Sela es el último hijo de Judá, padre. ¿Es Judá el tipo de hombre que dejará morir a su familia por falta de hijos? ¡Él me eligió a mí! —Ella se detuvo, mirándole atentamente. —A menos que quiera devolver el precio de la novia.

Su padre palideció.

Ella suavizó su voz. —Judá le ha pedido una cosa muy sencilla, padre. Deme comida, agua y refugio por un tiempo y recibirá su bendición por ello.

— ¿Cuánto tiempo?

—Unos pocos años, tal vez. El tiempo que Sela necesite para ser lo suficientemente hombre para ser mi esposo.

La raíz del miedo estaba profundamente arraigada en su padre. Ese miedo debía ser el cerco de la protección que la rodeara. —Quiere a Judá como aliado, padre, no como enemigo. No es lo suficientemente fuerte para enfrentarse a él.

Se burló, mirándola con ojos astutos. —No es más que un hombre y sólo tiene un hijo ahora.

Un escalofrío la recorrió. ¿Había puesto en peligro la casa de Judá al recordarle a su padre la disminución de su número? Ella podía ver lo que él estaba pensando. Tenía seis hijos. Su mente corrió en defensa de Judá. —Judá tiene muchos hermanos, muchos hermanos feroces. Y su padre es Jacob, un hombre que habla con el Dios vivo e invisible que destruyó Sodoma y Gomorra. No olvides lo que los hijos de Jacob le hicieron a Siquem. Un pueblo entero fue destruido por el deshonor que le causó a una chica. ¿No soy la hija de Judá ahora, esposa de su primogénito, Er, esposa de Onán, esposa prometida de su último hijo, Sela? ¿Qué te hará el Dios de Judá si intentas destruir su casa?

Zimran palideció. Se mojó los labios nerviosamente. —Trabajarás, —dijo con bravuconería—. No te quedarás sentada engordando y siendo perezosa con su promesa. Serás una sirviente en mi casa hasta que él te llame.

Ella inclinó la cabeza para que él no viera su alivio. —Soy su humilde servidora, Padre.

—Tenía tantas esperanzas de que construyeras un puente, —dijo amargamente—. Las estrellas no previeron los problemas que me traerías.

Su garganta estaba apretada por las lágrimas. Se los tragó y habló con gran respeto. —Algún día Judá se lo agradecerá.

Zimran dio una risa amarga. —Lo dudo, pero no me arriesgaré por una simple chica. Dormirás con las sirvientas. Eres una compañía inadecuada para tus hermanas.

Tamar sabía que buscaba herirla porque le había fallado. Ella levantó la cabeza y lo miró. Él frunció un poco el ceño y miró hacia otro lado. —Puedes irte.

Se levantó del suelo con dignidad. —Que el Dios de Judá lo bendiga por su bondad hacia mí.

Sus ojos se entrecerraron. —Antes de que te vayas, hay algo en lo que quiero que pienses. —Sus ojos eran duros—. Eres joven. Pronto tus ropas de viuda te irritarán. Los años pasarán, y verás que tus posibilidades de tener hijos se desvanecerán.

—Seré fiel, padre.

—Dices eso ahora, pero llegará un momento en el que desearás quitarte el saco y las cenizas y tu tsaiph de negro. Pero te lo advierto: Si alguna vez lo haces, dejaré que Judá decida tu destino. Ambos sabemos lo que será.

Su muerte, sin duda, seguida de una celebración. —Seré fiel. Por mi vida, lo juro. Si es lo último que hago, traeré honor a la casa de Judá. —A pesar de las lágrimas que inundaban sus ojos, ella levantó su barbilla y miró a sus ojos antes de salir de la habitación.

***

Judá se habría olvidado de Tamar si Batsua no se hubiera obsesionado con encontrar alguna forma de vengarse de la desdichada muchacha. Incluso después de que Tamar se fue, su esposa no le dio paz.

— ¡Mis hijos deben ser vengados! Mientras viva, no descansaré.

Y él tampoco lo haría.

Batsua dejó de dirigir la casa, dejando sus tareas a unos pocos sirvientes perezosos mientras dedicaba sus días y noches a suplicar a sus dioses que se

vengaran. Quería que Tamar muriera y que el desastre le ocurriera a toda la familia Zimran.

— ¡La chica se ha ido! —Judá gritó frustrado. Dame un poco de paz y olvídate de ella.

— ¡Como tú lo has hecho! —La acusación reinaba—. Tengo dos hijos en la tumba gracias a ella. ¡Si fueras cualquier tipo de hombre, la habrías matado! ¡Nunca olvidaré lo que me hizo! ¡Nunca! —Volvió a sus ídolos, rezándoles por venganza.

Judá la dejó sola en su miseria. ¿Podían oír los ídolos de piedra? ¿Podrían los terafines de madera o arcilla cambiar algo? Que encontrara todo el consuelo que pudiera.

Judá pensó en tomar otra esposa. Otra mujer podría darle más hijos, pero pensar en otra mujer bajo su techo lo enfermó. Él creció en una casa con cuatro esposas. Él sabía los problemas que las mujeres podían causar a un hombre, incluso las mujeres que creían en el mismo Dios que él. La vida de su padre nunca había sido fácil. La madre de Judá y Raquel, la esposa favorita de su padre, habían estado constantemente en desacuerdo en su competencia por producir hijos. Las cosas sólo empeoraron cuando ambos insistieron en que Jacob tomara a sus siervas como concubinas, cada uno con la esperanza de ganar la competencia. Sus hijos habían sido destetados en amarga rivalidad. Y nada había alejado nunca el corazón de su padre de Rachel. Jacob la había amado desde el momento en que la vio por primera vez, y su muerte durante el parto casi lo había destruido. En realidad, aún la amaba. Él amaba a José y a Benjamín más que al resto de sus hijos porque habían venido de Raquel.

No, Judá no se causaría más miseria si tomara otra esposa. Una mujer era suficiente problema para cualquier hombre. Dos esposas serían el doble de problemas. A menudo se recordaba a sí mismo que una vez amó a Batsua. Era la esposa de su juventud, la madre de sus hijos. No la dejaría a un lado, no importaba lo difícil que se volviera.

Además, tuvo que construir otra casa por miedo a lo que Batsua le haría a cualquier mujer que trajera a ésta. Él vio el maltrato que le infligió a Tamar.

Judá escapó del conflicto con Batsua manteniéndose alejado de su casa de piedra y cuidando sus rebaños. Tenía una razón justificable para estar fuera durante semanas y semanas. Sin embargo, incluso en los campos, lejos de su esposa, los problemas lo acosaban.

Sus terneros y corderos fueron maldecidos por la enfermedad o asesinados por depredadores. El sol quemó sus pastos. Cuando mantuvo a sus animales protegidos en los wadies para que los merodeadores no se los llevaran, las lluvias cayeron sobre las montañas, enviando las aguas de la inundación a través de los wadies. Muchos animales fueron arrastrados por una inundación repentina, sus cuerpos hinchados fueron un festín para los buitres. Cuando regresó a casa, encontró que la plaga había matado sus vides. Los escarabajos habían devorado su palmera. El jardín había quedado en barbecho por falta de sirvientes leales. ¡El cielo era de bronce, la tierra de hierro!

Incluso Batsua se enfermó cuando la amarga putrefacción del descontento esparció veneno por todo su cuerpo adelgazado. Su cara se afiló. Su voz roncó. Sus oscuros ojos se volvieron tan duros como la obsidiana. Se quejaba constantemente de dolor en el cuello, la espalda, el estómago y los intestinos. Judá convocó a curanderos, que tomaron su dinero y dejaron pociones inútiles.

Todo por lo que Judá había trabajado durante veinte años para construir se estaba convirtiendo en cenizas ante sus ojos. Y él sabía por qué.

¡Dios está en mi contra!

Tumbado en el suelo duro en la apertura de su redil, una piedra por almohada, Judá miró al cielo de la tarde y recordó la promesa que Dios le había hecho a su padre, Jacob, hace tantos años, la misma promesa que Dios le había hecho al padre de Jacobs, Abraham. ¡Tierra y descendientes tan numerosos como las estrellas en los cielos! El Señor había bendecido a Jacob-Israel con doce hijos.

Judá estaba perseguido por pesadillas sobre el fatídico día de Dotán. Sus propias palabras lo maldijeron. ¿Qué podemos ganar matando a nuestro hermano? ¡Vendamos a José a los comerciantes ismaelitas! La cisterna seca bostezó como un agujero negro en sus sueños, y pudo escuchar los gritos de su hermano menor indefenso.

Sabía que gracias a lo que él y sus hermanos le habían hecho a José, su vida estaba ahora en ruinas. No había manera de volver atrás, ni de deshacer su parte en ello.

¡Ayúdenme, hermanos! ¡Ayúdenme!

Judá recordó al muchacho que luchaba contra sus grilletes y sollozaba por la ayuda de aquellos que deberían haberle protegido. ¡Ayúdenme! Los sollozos del niño seguían resonando, de la misma manera que el día que fue arrastrado a Egipto mientras sus hermanos observaban.

Judá no había tenido piedad de José en ese entonces. Judá no esperaba piedad de Dios ahora.

***

Aunque obediente por fuera, por dentro Tamar se resistió al destino, pues no era su destino envejecer y morir sin tener hijos. Pasaron cuatro años, pero Tamar se aferró tenazmente a la esperanza. Aún era joven, aún había tiempo.

Trabajó duro para la casa de su padre. Ella no le dio la oportunidad de quejarse. Hacía alfarería. Ella tejía cestas y telas. Hizo herramientas para que sus hermanos y hermanas las usaran en el campo. Sólo cuando los pastores se llevaron sus rebaños, su padre la envió a los campos a trabajar. Aunque el trabajo era agotador, ella prefería los espacios abiertos. Mejor una carga de roca que la carga del desprecio de los demás.

Su padre prosperó. El tercer año Zimran cosechó el doble de sus campos. —¿Dónde está la mala suerte que estaba seguro de que le traería? —dijo ella desafiándolo.

—Esperemos a ver qué nos depara el año que viene.

Al quinto año la casa de su padre prosperó tanto que todos la perdonaron. Sus hermanas se casaron y fue recibida en la casa. Su hermano se casó. Tamar se convirtió en un objeto de compasión. Habría acogido con agrado su compasión, pero despreciaba su caridad.

Se aferró a su esperanza. Se aferró a ella. ¡Un día Judá mandaría a buscarla! ¡Un día ella tendría hijos! Algún día la casa de Judá sería fuerte y se mantendría en alto honor a causa de los hijos que ella les daría. Lloró, porque le dolía tomar el lugar que le correspondía como madre en el clan de su marido. ¿Qué sueño más grande podría tener una mujer?

Sin embargo, a veces por la noche, cuando Tamar escuchaba los suaves maullidos del hijo primogénito de su hermano, lloraba. ¿Tendría alguna vez un hijo propio?

Seguramente Judá no la había abandonado. Seguramente él mandaría a buscarla. Había hecho su promesa. Tal vez este año. Tal vez el siguiente. ¡Oh, que sea pronto!

Cuando estaba sola en el campo, Tamar alzó los ojos al cielo, con lágrimas en el rostro. ¿Cuánto tiempo, oh, Señor? ¿Cuánto tiempo estaré abandonada? ¿Cuánto falta para que se haga justicia? ¡Dios de Judá, ayúdame! ¿Cuándo verá este hijo tuyo que puedo dar a su casa los hijos que necesita para que el nombre de Judá no muera? Cambia su corazón, Dios. Cambiar su corazón.

Habiendo orado a Dios invisible de Judá, Tamar hizo lo único que le quedaba.

Ella esperó... y esperó... y esperó... y esperó. . .

Cinco

El día del mercado, mientras su padre y sus hermanos estaban sentados en la puerta de la ciudad visitando a sus amigos, Tamar se quedó en el puesto de pelo de cabra con su madre y vendió telas hechas de lino. Los clientes de ojos agudos y lengua afilada nunca amedrentaron a Tamar, y el puesto siempre mostró una buena ganancia cuando lo logró. Su madre se contentaba con dejarlo en sus manos.

El negocio había sido rápido, y Tamar estaba muy ocupada mientras su madre se sentaba y cosía el sol, la luna y las estrellas en un cobertizo de vestido rojo hecho para su hija en Timnat. Cada año la hermana Tamar recibía un nuevo vestido y un velo. Zimran refunfuñó al precio de la tela y del hilo de colores, pero nunca se negó a permitir que su esposa comprara lo que necesitara. Sólo lo mejor podía hacer por una sacerdotisa del templo, y su padre codiciaba el favor de los dioses, de todos y cada uno de ellos. La madre de Tamar pasó horas trabajando con sus finos hilos y cuentas diminutas, recortando los vestidos y exquisitos velos que hacía con telas importadas de rojo y azul. También hacía tobilleras con filas de campanitas.

Aunque Tamar usaba sus vestidos de luto hasta que estaban desgastados, nunca pidió más ni deseó las galas que se le daban a su hermana. Tamar estaba satisfecha con su voluminoso tsaiph negro que la cubría de pies a cabeza. La ropa no la irritó, pero el destino de su vida sí. La desesperación se apoderó de su resolución.

¡Ella había nacido para algo más que esto! ¡Ella había sido criada y entrenada para ser esposa y madre de familia! Seis años habían pasado, y todavía no había recibido ninguna citación de Judá.

Tamar se levantó y regateó con otro cliente. Era tarde en el día, y el hombre quería textiles de calidad a precios de ganga. Ella rechazó su precio y se sentó. Le ofreció más. Volvieron a regatear. Finalmente, el hombre compró la última tela y se fue. Con un suspiro, Tamar se sentó dentro de la cabina con su madre.

—Voy a necesitar más hilo azul. Pensé que tenía suficiente para terminar esta banda, pero aún necesito más. Ve y cómprame más, pero date prisa.

Tamar pasaba por los puestos donde se exhibían cestas de higos y granadas, bandejas de uvas, tarros de aceite de oliva y miel, cáscaras de vino, tazones de especias de las caravanas orientales. Los niños jugaban al lado de sus madres vendiendo mercancías. Tamar vio a otras viudas, todas mucho mayores que ella, sentadas contentas mientras sus hijos o nueras adultos dirigían el negocio.

Deprimida, compró el hilo azul que su madre necesitaba y regresó. Caminó por un pasillo diferente de cabinas que mostraban madera, arcilla y piedra, terafines, cerámica, canastas y armamento. Estaba inquieta y desanimada, cuando se dio

cuenta de que dos hombres se le acercaban. Uno le resultaba vagamente familiar. Ella frunció el ceño, preguntándose si era amigo de sus hermanos.

¡Mientras él se acercaba, ella se dio cuenta de que era Sela! Sorprendida, miró ella, pues él era un hombre adulto con barba y hombros anchos. Su compañero era un joven cananeo, y ambos estaban armados con cuchillos curvos. Cada uno tenía un odre sobre sus hombros, y ambos estaban borrachos. Sela se pavoneó por el carril estrecho. Se tropezó con un hombre, lo empujó a un lado y lo maldijo. Tamar no parecía poder moverse. Se quedó mirándolos fijamente, con el corazón acelerado.

—Bueno, mírala, Sela. —Su amigo se rió—. La pobre viuda no puede quitarte los ojos de encima. Tal vez quiera algo de ti.

Sela la hizo a un lado con apenas una mirada y gruñó: "Quítate de mi camino".

¡El calor se derramó en su cara, porque el hijo de Judá ni siquiera la había reconocido! Era igual que Er, arrogante y despreciativo. Se tropezó con un mostrador, sacudiendo los terafines de arcilla que allí se mostraban. El propietario agarró su mercancía mientras Sela y su amigo se reían y seguían caminando.

Quítate de mi camino. . .

Tamar luchó contra la ira y la desesperación que la llenaba. ¡Judá nunca quiso cumplir su promesa!

¿Qué sería de ella cuando su padre muriera? ¿Tendría que mendigar migajas de las mesas de sus hermanos o salir a recoger en un campo de extraños? Por el resto de su vida, sufriría la vergüenza del abandono y tendría que sobrevivir con la compasión de los demás. Todo porque Judá la había abandonado. ¡No era justo! Judá había mentido. Se quedó sin nada. ¡No había futuro! ¡No había esperanza!

Tamar regresó al puesto de su padre y le dio el hilo azul a su madre. Luego se sentó en las sombras más profundas, su cara volteada.

—Estuviste fuera mucho tiempo. ¿Qué te ha retrasado? —Lágrimas calientes quemaron los ojos de Tamar, pero ella se negó a mirar a su madre—. La mujer era testaruda sobre el precio. —Ella no expondría su vergüenza.

Su madre no hizo más reprimendas, pero Tamar sintió sus ojos vigilantes. —¿Pasa algo malo, Tamar?

Estaba cansada. Cansada de esta espera interminable. Cansada de esperar que Judá cumpliera su promesa. ¡Cansada de la esterilidad de una vida inútil! Ella apretó sus manos. Necesitaba un consejo sabio, ¿pero en quién podía confiar? No podía hablar con su padre, ya que se limitaba a decirle que tenía razón desde el principio: Judá la había echado fuera y la había abandonado. No podía hablar con su madre porque estaba contenta con las cosas como estaban. Ella estaba envejeciendo y necesitaba ayuda adicional. Su padre era lo suficientemente rico

como para tener sirvientes, pero prefirió hundir sus ganancias en una nueva casa de almacenamiento de piedra para los excedentes de grano.

El día de mercado terminó, y los stands fueron desmantelados. Su padre y sus hermanos llegaron a tiempo para cargar el burro. Fue un largo camino a casa.

Tamar no habló de Sela hasta que estuvo a solas con Acsa.

— ¿Él habló contigo?

—Oh, sí. Me dijo que me apartara de su camino. —Tamar puso una mano sobre su boca, silenciando el sollozo que la ahogaba. Cerró los ojos, luchando por controlar sus emociones. Ella agitó la cabeza.

Acsa la abrazó y le acarició la espalda. —Sabía que este día llegaría.

—Me paré justo enfrente de él, Acsa, y ni siquiera me conoció.

—Eras una chica joven cuando entraste en la casa de Judá. Ahora eres una mujer. No es sorprendente que Sela no te reconociera. Dudo que hasta Judá lo hiciera.

— ¡No entiendes lo que esto significa!

—Sí, entiendo. Tú eres la que nunca entendió.

Tamar se echó hacia atrás. —Pensé . . .

Acsa agitó la cabeza. —Tú esperabas. Tú eras la única que tenía fe en ese hombre. Le tocó la mejilla con ternura. —Él es el que ha sido infiel.

—Debo hacer algo, Acsa. No puedo dejar las cosas como están.

Hablaron hasta altas horas de la noche, pero no encontraron ninguna solución. Finalmente, exhausta, Tamar cayó en un sueño agitado.

Tamar estaba ordeñando las cabras cuando su madre se acercó a ella. Estaba claro que algo estaba terriblemente mal. Ella se levantó. ¿Qué ha pasado, madre?

—La esposa de Judá está muerta. —Lágrimas se deslizaban por las mejillas arrugadas de su madre, pero sus ojos eran como fuego.

Tamar dio un paso atrás, su cuerpo enfriándose. — ¿Quién envió un mensaje?

— ¡Nadie envió un mensaje! Tu padre se enteró por un amigo que tiene comercio con los hebreos. ¡La esposa de Judá ya está enterrada! Ni siquiera te llamaron para llorarla. —Sus ojos eran feroces y negros—. ¡Que mi hija sea tan maltratada por un hebreo y que no se haga nada al respecto me llevará a la tumba! —Lloró con lágrimas amargas.

Tamar volvió la cara y cerró los ojos. Ella deseaba poder hundirse en la tierra y evitar esta humillación final.

Su madre se acercó más. — ¿Cuándo verás tu situación tal y como es? Tu hermano vio a Sela en el mercado. ¡Se apiadó de ti y me lo dijo a mí antes que a tu padre! ¡Sela es un hombre adulto! Quizás dejó la casa de su padre. Tal vez el infierno elija a su propia esposa y haga lo que le plazca. ¡Judá lo hizo!

Tamar se dio la vuelta. Lo que ella dijo era verdad. Judá nunca había tenido control sobre sus hijos. Nunca había sido capaz de frenar a Er u Onán. ¿Por qué debería ser diferente con Sela? Todos los hombres de la casa de Judá vivían para el placer del momento sin pensar en el mañana. Temblando, Tamar caminó. Tenía que hacer algo o gritar. Se sentó y volvió a ordeñar las cabras.

— ¿Cómo puedes no decir nada ante esas noticias? ¡Este hombre despreciable te ha abandonado!

— ¡Suficiente! —Tamar miró con ira a su madre—. No hablaré contra Judá ni contra sus hijos. Seguiré siendo leal a la casa de mi marido, no importa cómo me traten— ¡Ella deseaba poder controlar sus pensamientos tan fácilmente como su lengua!

—Al menos te damos pan.

—A regañadientes. Me gano cada bocado que doy.

— ¡Tu padre dice que deberías ir a Kezib y gritar a la puerta por justicia!

Así que su padre lo sabía todo. Su humillación fue completa. Tamar puso su frente contra el costado de la cabra; su angustia era demasiado profunda para las lágrimas.

—Debiste haber gritado contra Judá hace mucho tiempo. —Su madre era implacable—. ¡Es tu derecho! ¿Te sentarás aquí el resto de tu vida y no harás nada? ¿Quién te proveerá cuando envejezcas? ¿Qué te pasará cuando ya no puedas trabajar? ¿Qué te pasará cuando seas demasiado vieja para espigar? —Se arrodilló junto a Tamar y se agarró del brazo. ¡Que los ancianos sepan cómo nos ha tratado este hebreo y cómo nos ha avergonzado! ¡Que todos sepan que Judá rompió su voto!

Tamar la miró. —Conozco a ese hombre mejor que tú, madre. ¡Si lo avergüenzo ante todo Kezib y Adulam, no me bendecirá por ello! Si ennegrezco el nombre de mi suegro, ¿me mostrará bondad y misericordia y me dará a Sela?

Su madre estaba de pie, disgustada. —Así que seguirás esperando. Aceptarás lo que te ha hecho. Dejarás pasar los años y envejecerás sin hijos.

Las lágrimas llegaban calientes y pesadas. ¿Cuántos años pasarán antes de que su tiempo de maternidad pase?

— ¡No serás joven para siempre! ¿Quién se apiadará de ti cuando tu padre muera?

Tamar se cubrió la cara. — ¡Por favor, no me molestes tanto! Estoy buscando un camino... Ella lloró.

Su madre no dijo nada durante un largo momento. Puso su mano suavemente sobre el hombro de Tamar. —La vida es dura para una mujer, Tamar. Pero es imposible sin un hombre.

Tamar respiró temblorosamente y levantó la cabeza. —Lo sé mejor que nadie. Frotando las lágrimas, miró a su madre. —Encontraré una manera.

Su madre suspiró y miró hacia las colinas. El hombre que habló con tu padre dijo que la esposa de Judá estuvo enferma por mucho tiempo. Dos años, por lo menos. Debe haber tenido una muerte lenta y cruel. Dudó, su frente se arrugó. Judá sólo tenía una esposa, ¿no?

—Sólo Batsua.

— ¿No hay concubinas?

—Ninguna. —La leche salpicó el cuenco de tierra mientras Tamar trabajaba. Enfocándose en su tarea, trató de ignorar el toque suave de su madre. Sería su perdición, y ya había llorado lo suficiente como para durar toda la vida.

—El hombre dijo que Judá iba a Timnat con su amigo de Adulam, —dijo su madre y dejó que las palabras colgaran en el aire antes de agregar: —El festival de esquila de ovejas comenzará pronto.

Tamar la miró. Su madre sonrió débilmente, sus ojos atentos. No dijo nada más. Cepillando ligeramente el hombro de Tamar con la punta de sus dedos, la dejó sola para pensar.

Y cómo sus pensamientos se arremolinaban mientras trabajaba. Judá podría no estar dispuesto a cumplir su promesa, pero aun así tenía derechos. Según las costumbres de su pueblo, si Judá no permitía que Sela se acostara con ella y le diera un hijo, entonces el mismo Judá le debía uno.

¡Así que Judá iba a la esquila de ovejas ahora que su esposa estaba muerta! La justa indignación la llenó. Timnat era un centro de comercio y la adoración de Astarté. Ella sabía lo que su suegro haría allí. Había rameras comunes por docenas, que vendían sus cuerpos por un pedazo de pan y una copa de vino. Tal podría ser su propio destino si su padre la echara.

Ya no se quedaba sentada en silencio, esperando que Judá cumpliera una promesa que nunca tuvo la intención de cumplir. Si ella no hacía algo pronto, Judá sería guiada por sus deseos y descuidadamente entregaría su semilla -lo que legítimamente le pertenecía- a la primera mujer en Timnat que lo atormentaba.

Mordiéndose el labio, Tamar consideró sus opciones. Ella podía continuar su existencia casta y esperar a que Judá hiciera lo correcto, sabiendo ahora que él nunca lo haría, o ella podría ir tras él. Podría fingir ser una ramera al lado de la carretera. Sela no la había reconocido. ¿Por qué debería Judá?

Ella llevó la vasija de barro a la casa, donde su madre estaba dando los últimos toques al velo de su hermana. Tamar dejó el cuenco en el suelo y miró las galas que yacían en el regazo de su madre. ¿Y si se vistiera con las prendas de sus hermanas?

—Este es el mejor velo que he hecho nunca. Su madre ató y mordió un hilo. Allí. Está terminado. Ella lo sostuvo.

Tamar tomó el velo de la mano de su madre y lo pasó cuidadosamente por la suya. —Es muy hermoso.

—Mira la bata. —Su madre se levantó y cogió el vestido para que Tamar lo viera. —He hecho todo lo que tu hermana necesita: diadema, velos, bata, faja, tobilleras y sandalias. —Se volvió hacia Tamar—. El velo era la última pieza. —Extendió el brazo, y Tamar puso el velo cuidadosamente sobre él. Tamar notó que las manos de su madre temblaban mientras doblaba cuidadosamente el velo y lo metía en la canasta. —Tu padre planea enviarle estas cosas a tu hermana en dos días. Debe tenerlo todo a tiempo para el festival.

¿Su madre sospechaba del plan que se estaba formando en su mente? —Mañana trabajaré en el campo, madre. Puede que no vuelva a la casa hasta muy tarde.

Su madre ató la canasta, pero no se levantó ni la miró. —Son tres horas de marcha hasta el cruce de Edain. Tendrás que empezar justo antes del amanecer.

El corazón de Tamar se estremeció, pero ella no dijo nada. Su madre inclinó la cabeza. —Si Judá te reconoce, te matará. Lo sabes, ¿verdad?

—Si muero, muero.

—Sela es un joven superficial. Sería más fácil engañarlo.

—Tal vez, madre. Pero no quiero otro chacal. Voy tras el león.

La lámpara de aceite aún estaba encendida cuando Tamar se levantó por la noche. Su madre sabía exactamente cuánto aceite usar para que la luz durara a través de la oscuridad más pesada. Pronto la lámpara parpadearía y se apagaría, justo a tiempo para que el primer indicio del amanecer iluminara la habitación. Tamar cruzó de puntillas la habitación y recogió la canasta con la ropa de su hermana. Se fue de casa con él.

El sol estaba saliendo, convirtiendo las estrellas en chispas moribundas en el cielo pálido. Tamar caminó rápidamente a través de los campos de su padre hacia las colinas que había más allá. El sol había salido y la tierra se calentaba cuando ella llegó a la encrucijada de Enaim. Entró en un olivar, apresurándose a adentrarse en sus profundidades donde se escondería.

Despojándose de sus vestidos de viuda, Tamar se vistió con las vestiduras y adornos que su madre había hecho para su hermana sacerdotisa. Se aflojó el pelo, peinando con sus dedos a través de la gruesa y negra masa de rizos hasta que le colgó de la espalda hasta por debajo de la cintura. Se puso el velo. Las pequeñas

campanas alrededor de sus tobillos tintineaban cuando metió su tsaiph negro en la canasta y lo escondió detrás de un árbol.

Con temor, pero decidida, Tamar regresó caminando y esperó al borde de la arboleda donde los transeúntes no la verían. Estuvo vigilando el resto de la mañana. Su corazón saltaba en su garganta cada vez que veía a dos hombres que venían por el camino, pero se quedaba escondida. Ella no se mostraría a ningún hombre excepto a Judá y a su amigo adulamita.

Era ya pasado el mediodía cuando Judá apareció en la cima con Hira a su lado. Salió y se sentó al borde de la arboleda. Se levantó y se adelantó mientras se acercaban. Las campanas de la tobillera retumbaban suavemente y llamaron la atención inmediata de Judá. Bajó la velocidad y la miró.
Sus palmas estaban llenas de sudor, su corazón martilleando. Quería correr hacia el huerto y esconderse de nuevo, pero se juró no perder el valor. Debía ser atrevida. Ignorando deliberadamente a los hombres, se inclinó, levantó el dobladillo de la bata, y se ajustó las finas correas de una sandalia. Los dos hombres se detuvieron. No tenían prisa, dijo el adulamita, con tono divertido.

Cuando ella se enderezó, Tamar no miró hacia él. Ella no quería que él se le acercara. Ella fijó su mirada en Judá, era a él a quien buscaba llamar la atención. ¿La reconocería? Su respiración se detuvo tensa mientras él se apartaba y se acercaba a ella. Se detuvo justo delante de ella y sonrió, su mirada moviéndose hacia abajo. Judá no la reconoció. Apenas le había mirado la cara velada.

—Aquí, ahora, —dijo—, déjame dormir contigo.

Tamar se sorprendió de lo fácilmente que cayó presa de las artimañas de una mujer, ¡incluso de una mujer que no tenía experiencia alguna en el arte de la seducción! ¿Era así como los hombres compraban los servicios de una ramera? ¿Qué debería decir ahora?

—Te quiere a ti, Judá. —Hira sonrió—. Mira cómo tiembla.

—Tal vez sea tímida. —Judá sonrió irónicamente—. Adelante, Hira. Me pondré al día más tarde.

Hira se rió. —Ha pasado mucho tiempo, ¿no es así, amigo mío?

Caminó por el camino, dejando a Tamar sola con Judá. Casi pierde los nervios por la intensidad de sus ojos. Nunca miró para otro lado.

—Así que, —dijo—, estamos solos ahora. ¿Qué dice usted? Ella podía ver que su necesidad era grande, pero no mayor que su ira. ¿Su hermana habría sentido lástima? Tamar no pudo reunir ninguna. ¡Hace siete años ella le había rogado que no permitiera que su hijo Onán la tratara como a una ramera! Judá quería que atrajera a su hijo a hacer lo correcto.

Hoy lo haría con el mismo Judá. Ella se alejó un paso de él, mirando tímidamente por encima de su hombro. — ¿Cuánto me pagará? —hablaba bajo, en un tono que esperaba que le engañase.

—Te enviaré una cabra joven de mi rebaño.

— ¿Y dónde estaba su rebaño? —Su ira se inflamó. Como Judá prometió algo que no tenía intención de dar. Primero, un hijo. ¡Ahora, una cabra! Ella no aceptaría otra promesa de sus labios. No en este día, ni en ningún otro.

— ¿Qué promesa me darás para que pueda estar segura de que la enviarás? —Ella bajó los ojos para que él no viera el fuego que ardía en su interior. ¿Lo había sentido en su voz o confundido el temblor con una pasión desenfrenada?

Judá se acercó más. —Bueno, ¿qué es lo que quieres?

Tamar lo consideró rápidamente. Quería algo que llevara el nombre de Judá. Si quedaba embarazada, necesitaría algo para probar que él es responsable. —Quiero su sello de identificación, su cordón y el bastón que lleva.

Tan pronto como pronunció las palabras, su corazón se detuvo. ¡Había pedido demasiado! ¡Ningún hombre en su sano juicio estaría de acuerdo en renunciar a tanto, especialmente a una ramera! Judá lo adivinaría ahora. Le arrancaría los velos de la cara y la mataría allí mismo, en la encrucijada.

Ella tembló un poco cuando él se acercó. Entonces se dio cuenta de que le estaba entregando su bastón. Tamar lo tomó, y luego observó con asombro cómo Judá se quitaba el cordón del cuello y le entregaba también su sello. ¡Ni siquiera había pronunciado una palabra de protesta! ¡El hombre estaba conducido por la lujuria!

Una amarga tristeza se apoderó de Tamar. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no llorar y llorar a carcajadas. Todos estos años había esperado a que este hombre hiciera lo correcto, y luego descubrió que no pensaba en nada más que entregar las llaves de su casa a una mujer que creía que era una prostituta.

La tristeza disminuyó rápidamente, reemplazada por la excitación. Tenía motivos para tener esperanza. Aunque se había despojado de su orgullo y se había degradado a sí misma, tenía la oportunidad de tener un hijo para la casa de Judá. Acsa había dicho que era el momento adecuado. Ella sólo podía esperar eso.

— ¿Tienes una habitación en la ciudad? —Judá dijo.

—El día es mejor, mi señor, y la hierba mucho más suave que un lecho de piedra. —Con el bastón de Judá en la mano, entró en el olivar. Él la siguió.

Judá tomó su placer bajo la sombra de un olivo y se durmió en el calor de la tarde. Tamar se levantó en silencio y lo dejó allí. Se apresuró a atravesar los árboles, encontró escondido el cobertizo de la canasta, y rápidamente se quitó las prendas de vestir de sus hermanas y se puso las suyas. Con el cordón y el sello de Judá alrededor de su cuello, los metió debajo de su ropa negra de luto. Dobló el vestido rojo, los velos y la faja y los guardó cuidadosamente, metiendo las tobilleras dobladas profundamente en los pliegues, donde no hacían ruido.

La esperanza estaba viva dentro de ella. Presionó sus manos sobre su vientre mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Inclinando la cabeza, susurró suavemente, — ¡sólo pido justicia!

Los hijos de Judá habían abusado de ella y la habían usado; Batsua la había culpado por sus pecados; y Judá la había echado fuera, había roto su promesa y la había abandonado. Pero ahora, ella todavía podría ser injertada en la línea de Abraham, Isaac y Jacob. Sin Judá, incluso sabiendo que podía haberle dado un hijo. Si su descendencia hubiera sido tomada, ella aún tendría su lugar entre el pueblo que el Dios de toda la creación había escogido para ser suyo. Y si el niño fuera un hijo, él sería su libertador.

Tamar tocó reverentemente el sello escondido bajo su ropa. Tomó la canasta y se la metió bajo el brazo. Tomó el bastón de Judá de donde descansaba contra un olivo y se dirigió a casa.

Una lanza de luz tocó los párpados de Judá y lo despertó. La ramera se había ido. Cuando no la encontró de pie junto al camino donde la vio por primera vez, asumió que se había ido a la ciudad. Duro e incómodo, continuó su viaje, pasando el resto del día arrepentido. ¡No era mejor que Esaú, que había dado su derecho de nacimiento por un tazón de guiso de lentejas! ¿Por qué había accedido a entregar su bastón, sello y cuerda a una prostituta del templo? Habiendo tomado su placer, se encontró impaciente por volver a tener sus posesiones en sus manos.

Enfadado, alcanzó a Hira cerca de Timnat. Su amigo lo irritó aún más con burlas y comentarios sarcásticos.

— ¿Dónde está tu equipo, Judá? No me digas...

—Lo recuperaré cuando le envíe una cabra a la mujer.

— ¿Y tú sello y tu cordón también? —Hira se rió y le dio una palmada en la espalda. — ¡Espero que haya valido la pena! —Avergonzado, Judá no respondió. Inventó excusas y fue a buscar a Sela, que había sido enviado adelante con los rebaños. Esquilaron las ovejas juntos. Judá hizo contratos con varios granjeros para traer sus ovejas después de la cosecha. Hira se unió a ellos, pero se abstuvo de hacer más comentarios sobre la ramera a la orilla del camino.

—Ven, amigo mío, relájate y diviértete, —dijo Hira, balanceándose por beber demasiado—. No tienes de qué preocuparte. La vida se resuelve sola. Recuerda cómo vivíamos antes de las esposas, los hijos y las preocupaciones. Timnat tiene mucho que ofrecer.

Sela estaba ansioso por intentarlo todo. Judá encontró que no podía. Seguía recordando lo que ya le había costado una hora de placer. Echaba de menos la sensación de su bastón en la mano y sabía que no se sentiría bien hasta que no hubiera recuperado también su sello y su cuerda. Estaba listo para partir mucho antes de que terminara el festival. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que no se atrevía a seguir el mismo camino de regreso a casa. Le puso excusas a Hira.

—Necesito llevar a mis rebaños a buscar mejores pastos. Vas a volver por el camino de Enaim, ¿verdad?

—Como siempre lo hago.

—Te he hecho muchos favores, ¿verdad, Hira? Lleva esta cabra de vuelta a la ramera en el cruce de Enaim. Recupera mi bastón, sello y cordón de la prostituta y tráemelos a mi casa. Hazlo por mí, amigo mío, y te mostraré mi aprecio la próxima vez que te vea.

Los ojos de Hira brillaron. —Por supuesto.

—Una cosa más que te pido.

Hira levantó su mano. —No necesitas decir una palabra más, Judá. Tú eres mi amigo. Nadie escuchará una palabra de esto de mis labios. —Sonrió—. Además, será un placer hacer lo que me pidas. —Se dirigió por el camino ¡quizás yo mismo pase unas horas en ese olivar!

Judá no pensó más en la muchacha ni en el costo de su pecado hasta semanas después, cuando Hira pasó por su casa con las manos vacías. —Hice una búsqueda minuciosa de la chica, Judá. Incluso fui a la ciudad, pero todos dijeron que nunca había habido una prostituta del templo en la encrucijada. Se rieron y me preguntaron por qué creía que habría una allí cuando el templo está en Timnat.

Judá nunca había considerado por qué una prostituta del templo merodeaba por el camino. Ahora que lo pensaba, se preguntó por qué no lo había hecho. Confundido, Judá se enojó, convencido de que había sido engañado de alguna manera, pero sin tener idea de la razón. ¿Por qué le mentiría la ramera? ¿De qué le serviría el cordón, el sello y el bastón a una prostituta? Una cabra podría ser vendida y luego el dinero usado para el sustento. ¿Quién compraría un sello y un bastón con el nombre de otro hombre, especialmente un nombre tan conocido como el suyo?

— ¿Qué quieres que haga, Judá? —Hira bebió su vino—. ¿Volvemos los dos y la buscamos de nuevo?

— ¡Deja que se los quede! Hicimos todo lo posible para enviarle la cabra. Seríamos el hazmerreír del pueblo si volviéramos.

Cuando Hira partió unos días después, Judá salió y cortó una rama recta y fuerte de un almendro. Cortó la corteza y grabó su nombre en la madera. El nuevo bastón era bueno, pero no tenía la sensación del que su padre había puesto en sus manos. El sello de arcilla que hizo tampoco tenía la misma sensación de autenticidad que su sello de piedra.

Pero después de eso, Judá olvidó por completo el incidente en la encrucijada de Enaim.

Seis

Tamar no dijo nada sobre su exitoso viaje a Enaim, y su madre no preguntó al respecto. A la mañana siguiente, Zimran se fue a Timnat con el hermano mayor de Tamar. Se llevaron la cesta que contenía la vestimenta del templo con ellos.

Cuando pasaron dos semanas y no hubo vista de sangre, Tamar supo que estaba embarazada. Estaba exultante y aterrorizada. Ella guardó su secreto y siguió como siempre. Se levantó temprano y trabajó todo el día. Nadie notó ningún cambio en ella, aunque Acsa era el más difícil de convencer y estaba perpleja por su repentina modestia.

Por la noche, mientras los demás dormían, Tamar extendía las manos sobre su vientre. A veces su miedo se elevaba, y se preguntaba cómo se había atrevido a engañar a Judá. ¿Qué haría cuando se enterara? Ella había estado dispuesta a arriesgarlo todo, incluso su vida, por la oportunidad de tener un hijo. Ahora temía por el niño que llevaba en su vientre. Pronto su embarazo se haría aparente, si Acsa no lo hubiera adivinado ya. Si su padre lo supiera, podría matarla en un ataque de rabia. Si ella muriera, también lo haría el hijo de Judá, y el linaje de Judá se perdería.

Intentó pensar con claridad y no permitir que sus emociones se desbordaran. Ella seguía siendo parte de la familia de Judá, la reconociera o no. La decisión de si ella vivía o moría debía ser de él, no de sus padres. La verdad era su única protección, pero no podía revelarla de una manera que pudiera avergonzar a Judá. Si hubiera querido hacer eso, habría gritado ante las puertas de la ciudad mucho antes de esto.

Ella guardó su secreto, negándose incluso a confiar en Acsa, que la atormentaba a diario con preguntas. ¿Dónde estabas ese día? ¿Por qué no me despertaste? Te busqué en los campos. Dime a dónde fuiste y por qué.

Finalmente, Acsa la desafió en privado. — ¿Qué has hecho, Tamar? ¿Con quién te has acostado? ¡Por los dioses, ambos serán asesinados!

—Hice lo que tenía que hacer, Acsa. Es la ley del pueblo de Judá y la mía que tengo el derecho de tener un hijo por Sela o por el mismo Judá. Y, sin embargo, he tenido que arriesgarlo todo para recibir justicia de manos de Judá. Me he avergonzado a mí misma y he recurrido al engaño para engendrar a este niño, no sea que muera en desgracia. Ella agarró las manos de nodriza y las sostuvo con fuerza. Debes confiar en mí.

—Debes hablar y decir…

—No. No se puede decir nada. Todavía no.

— ¿Y cuando tu padre se entere? ¿Se apiadará de ti cuando piense que has cometido adulterio?

—Dependerá de Judá decidir lo que me pase a mí.

—Entonces morirás, y el niño morirá contigo. Judá cree que traes mala suerte y que eres la causa de la muerte de sus hijos. ¡Esto le dará una excusa para librarse de ti!

—No hables más de ello.

— ¡Tu padre te matará cuando se entere! —Acsa cerró los ojos y se cubrió la cara—. Deberías haber esperado.

—Habría envejecido y muerto antes de que Judá me llamara.

— ¿Y por eso te destruyes a ti misma y a un niño contigo? Has traicionado a Judá y has traído la vergüenza a esta casa. Cuéntame qué ha pasado.

—No te diré nada. —La cautela y la esperanza de un futuro mejor la mantuvieron en silencio.

Este era su secreto y el de Judá, aunque el hombre aún no lo sabía. Ella guardaría este conocimiento y lo mantendría en privado, porque era precioso. El bastón de Judá estaba debajo de su pallet, y el cordón y el anillo aún estaban alrededor de su cuello, escondidos por el atuendo de sus viudas. Ella no se los mostraría a Acsa. No movería la lengua y le daría a su nodriza o a su padre motivos para reírse de Judá. Ella quería cumplir con su deber para con su familia. Ella quería ser abrazada por su pueblo. ¿Le daría las gracias Judá si lo expusiera al ridículo?

Tamar pensó en el orgullo de Judá, su dolor, sus pérdidas. Ella no añadiría humillación a su dolor. Judá la había abandonado, pero no quería avergonzar al padre de su hijo ante ningún hombre o mujer.

La mañana en que caminó sobre los campos de su padre y se paró cerca de la encrucijada esperando a Judá, tuvo tiempo para pensar largo y tendido sobre el riesgo que estaba tomando y lo que el futuro podría deparar. Vida o muerte, decidiría Judá. Cuando ella se paró sobre Judá mientras él dormía, se sacudió temblando de ira. Ella casi lo despertó de una patada y lo confrontó con su pecado. Ella había anhelado sacudirlo y gritarle: ¡Mira a lo que me has traído, Judá! ¡Mira lo que has hecho! Una vez me dijo que hiciera de ramera para Onán. En vez de eso, ella hizo el papel para él.

Pero ella había dejado ir su ira. Ella no quería venganza. Ella quería justicia. Estaba apostando todo con la esperanza de algo mejor, algo importante, algo permanente. Un niño. ¡Una razón para vivir! ¡Un futuro y una esperanza! Ella avivó la pequeña llama que crecía dentro de ella, aun sabiendo que todo estaba todavía en manos de Judá.

—Quizás seas afortunada y abortes, —dijo Acsa.

—Si eso sucede, puedo morir con mi hijo.

—Puedes morir antes de eso. —Acsa se cubrió la cara y lloró.

Tamar sonrió con tristeza. ¿Qué le hizo esperar tanto de un hombre que nunca había hecho nada bien en todo el tiempo que le conocía? ¿La había protegido Judá de la brutalidad de Er o había visto que Onán cumplía con su deber hacia su hermano? Judá mismo había roto su promesa de darle a Sela. ¿Cómo podía esperar sobrevivir si su vida estaba en manos de este hombre?

Y, aun así, ella tenía esperanza. Ella eligió esperar. Se negó a ceder a los temores que la asediaban, miedo por el niño que llevaba: el hijo de Judá, la esperanza de Judá, el futuro de Judá.

Pero, ¿podría el hombre escuchar cuando llegara el momento de que ella revele la verdad?

Dos meses más pasaron antes de que el día de la ira y el juicio cayera sobre la cabeza de Tamar. Acsa la despertó. Desorientada, Tamar se sentó. Se dio cuenta de que se había quedado dormida junto a la pared de piedra en la que trabajaba.

—Estás perdida, —dijo Acsa, con lágrimas en su cara—. ¡Perdida! Un sirviente te vio durmiendo y fue a ver a tu padre. Él me llamó. Tuve que decírselo. Tuve que hacerlo. —Ella agarró fuertemente los brazos de Tamar—. Huye, Tamar. ¡Debes esconderte!

Una extraña calma llenó a Tamar. Su espera había terminado. — No, —dijo en voz baja y se levantó. Dos hermanos caminaban por el campo hacia ella. —Que vengan. —Cuando llegaron a ella, la maldijeron con acusaciones infames. No dijo nada mientras agarraban sus brazos y se dirigían hacia atrás. Su padre salió, con la cara roja y las manos en los puños.

— ¿Estás embarazada?

—Sí.

Zimran no preguntó quién era el padre antes de volar hacia ella. El primer golpe la derribó. Cuando él la pateó, ella salió corriendo y se convirtió en una pelota para que él no pudiera lastimar al bebé. — ¡No tienes derecho a juzgarme! —Ella le gritó con una furia igual a la suya.

— ¿No es así? ¡Eres mi hija! —La pateó de nuevo.

Jadeando, ella empezó a levantarse, pero él agarró su chal y la trenza de pelo que tenía debajo, arrastrándola hacia arriba y hacia atrás. Le arañó las manos para liberarse. Ella tenía el cachorro de león en su vientre, y luchaba como una leona por saberlo. Se puso de pie, con los pies plantados, las manos en alto. — ¡Pertenezco a la casa de Judá, no a la tuya! ¿O lo has olvidado?

— ¡Dame las gracias por matarte!

— ¡Judá debe ser el que juzgue! ¡Tú no! ¡Judá y no otro!

Respirando fuerte, Zimran la miró fijamente. — ¡Has hecho de ramera bajo mis narices! ¡Debería matarte!

Tamar vio las lágrimas de ira y vergüenza en los ojos de su padre, pero no quiso debilitarse. — ¿Por qué ahorrarle a Judá la molestia, padre? ¿Por qué tener mi sangre en tus manos? ¡Me abandonó hace seis años! Que sea en su cabeza lo que nos pase a mí y a mi hijo.

Su padre gritó por un sirviente. —Ve y díselo a Judá: ¡Tamar está embarazada, es una ramera! ¡Pregúntale qué quiere hacer con ella! —El sirviente corrió por el campo. Zimran la miró con ira. —En cuanto a ti, ramera, vete y espera.

Tamar obedeció. Sola, temblaba violentamente. Ella apretó sus manos, sus palmas húmedas por el sudor. Su corazón temblaba.

¿Y si Judá no venía?

La noticia de la prostitución de Tamar y su embarazo conmovió a Judá y lo enfureció. Aunque habían pasado seis años desde que él la había sacado de su casa, él esperaba que permaneciera casta mientras viviera. Si le mostraba misericordia a Tamar y le permitía vivir, el niño, sin importar quién fuera el padre, pasaría a formar parte de su familia. No podía dejar que eso pasara. No lo haría.

Mezclado con su ira estaba la euforia. Tamar le había dado la oportunidad de deshacerse de ella. Ella había pecado contra su casa de la manera más vil, y era su derecho juzgarla. Batsua habría estado exultante. Ella tenía razón después de todo: Tamar no era buena. La chica era malvada. ¡Ella le había costado Er y Onán! La cosa más sabia que jamás se ha hecho ha sido retener a Sela.

Déjala sufrir. ¿No había sufrido por ella? La lapidación era demasiado rápida, demasiado fácil. Que sienta el dolor de sus transgresiones contra él. — ¡Sacadla y quemadla! ¡Quemadla, os digo! —gritó Judá.

Antes de que el siervo de Zimran saliera por la puerta, Judá estaba seguro de que su fortuna había cambiado. Para mañana, sería el momento oportuno para encontrar una esposa adecuada para su último hijo, Sela. Ahora era el momento de construir su casa.

Tamar oyó la conmoción y supo lo que Judá había decidido. Su madre lloraba, su padre gritaba. Se cubrió la cara y rezó. —Dios del cielo y de la tierra, ¡ayúdame! No sé si soy de tu pueblo. Sé que soy indigna. Pero si te preocupas por Judá, que es tu hijo, ¡sálvame! ¡Salva a este niño que llevo!

Acsa se apresuró a entrar en la habitación. —Judá dijo que te quemaras. Oh, Tamar.

Tamar no lloró ni suplicó. Se levantó rápidamente y quitándose el chal, envolvió en él al bastón de Judá. Ella tomó el cordón y el sello de alrededor de su cuello y

los apretó contra la mano de Acsa. —Lleva estas cosas a Judá. Vete rápido, Acsa. Dile que el dueño del sello de identificación y del bastón es el padre de mi hijo. ¿Los reconoces?

Una conmoción había comenzado afuera. Su madre estaba suplicando histéricamente mientras su padre gritaba, — ¡le advertí! Le dije lo que pasaría si se quitaba la ropa de las viudas.

—No, puedes--

— ¡Fuera del camino, mujer! ¡Tamar se lo buscó!

Tamar empujó a su nodriza. — ¡Vamos, Acsa! ¡No me falles! ¡Corre, mujer! ¡Corre!

Tan pronto como obedeció, Tamar se colocó en el rincón de la habitación donde mejor podía defenderse. Sus hermanos entraron. — ¿No se compadecerán de su propia hermana?

— ¿Después de que nos avergonzaras? —La llamaron por varios nombres mientras se peleaban con ella. Ella no se los puso fácil. La sacaron de la pared y la arrastraron a través de la puerta.

Su padre se había quedado afuera. —Judá dijo que te quemarás, y así lo harás.

¿Pensaron que moriría fácilmente? ¿Pensaron que no lucharía por la vida de su hijo no nacido? Tamar pateó y arañó. Les mordió y les gritó. — ¡Entonces deja que Judá me queme! —La golpearon, y con toda su furia reprimida, Tamar le devolvió el golpe. — ¡Que vea cumplido su juicio! ¡Llévame con Judá! ¿Por qué debería estar mi muerte sobre vuestras cabezas? —Usó sus uñas y pies—. ¡Que sea él quien me ponga la antorcha!

Judá vio a una mujer corriendo hacia él, con un fardo en la mano. Frunciendo el ceño, protegió sus ojos de la mirada del sol y reconoció a Acsa, la nodriza de Tamar. Apretando los dientes, juró en voz baja. Sin duda había venido a pedir clemencia por esa desgraciada chica.

Jadeando y temblando de cansancio, Acsa se puso de rodillas. Ella dejó caer el bulto a sus pies. Tamar me envió... Incapaz de decir más, agarró el borde de un chal negro y lo tiró con fuerza. Un bastón salió... su bastón. Ella extendió su mano y la abrió, mostrándole un cordón rojo con un sello de piedra.

Judá se lo arrebató. — ¿De dónde las has sacado?

—Tamar...

— ¡Habla, mujer!

— ¡Tamar! Llévale estas cosas a Judá, dijo ella. El hombre que posee este sello de identificación y el bastón es el padre de mi hijo. ¿Los reconoces? —Inclinó la cabeza, luchando por respirar.

Una sensación de malestar se apoderó de Judá. Se heló cuando recogió a su bastón. ¡La ramera al borde del camino había sido Tamar! Ella se disfrazó y lo engañó para que cumpliera con sus derechos sobre un niño. Estaba inundado de vergüenza. Nada de lo que se hizo nunca había pasado desapercibido. No le ocultó nada al Señor. Su piel ardía. Tenía los pelos de punta.

¿Cuándo harás lo correcto, Judá?

Las palabras vinieron como un susurro. Tamar le había dicho estas palabras hacía años, pero ahora era otra voz, suave y aterradora, la que hablaba en los rincones de su mente y de su corazón. Se agarró la cabeza, temblando por dentro. Temblaba de miedo.

— ¿Mi señor? —Los ojos de Acsa estaban muy abiertos.

Su corazón latía frenéticamente. Gritó y corrió. Tenía que detener el juicio que se puso en marcha. Si no llegaba a Zimran a tiempo, dos vidas más estarían sobre su cabeza: La vida de Tamar y el niño que llevaba. ¡Su hijo!

— ¡Oh, Dios, ¡perdóname! —Se esforzó más, corriendo más rápido que nunca en su vida. — ¡Que el pecado caiga sobre mi cabeza!

¿Por qué no corrió así tras los ismaelitas? ¿Por qué no había rescatado a su hermano de sus manos? Era demasiado tarde para deshacer lo que se hizo entonces. — ¡Oh, Dios, ten piedad, Dios de mi padre, ¡Israel! ¡Dame fuerzas! Que se salve su vida, y el niño con ella.

Zimran y sus hijos venían a verlo. Estaban arrastrando a Tamar, y ella estaba peleando como una loca. Un hermano la pateó cuando Zimran la agarró por el pelo. Zimran se puso de pie y la empujó hacia Judá, maldiciéndola con todo su aliento.

— ¡Déjala ir! gritó Judá. Cuando Zimran volvió a golpear a Tamar, la ira disparó la sangre de Judá. — ¡Golpéala de nuevo y te mataré!

Zimran se defendió rápidamente. — ¡Tú eres el que nos dijo que la querías quemar! Y tienes todo el derecho. Te traicionó y se hizo la ramera.

Tamar se quedó en silencio, cubierta de polvo, su cara magullada y sangrando. Había sido golpeada, arrastrada, y burlada por su pecado. Ni siquiera su propio padre y sus hermanos se preocuparon lo suficiente como para mostrarle la menor compasión. Se levantó y no dijo nada.

La cara de Judá estaba acalorada. ¿Cuándo le había mostrado compasión a esta joven? Ella sufrió abuso por parte de Er, y no hizo nada para detenerlo. Ella le pidió sus derechos a Onán y le dijo que se hiciera la ramera. Ella pidió justicia y la abandonó. Ni una sola vez había gritado ante las puertas de la ciudad y lo había

avergonzado. En vez de eso, ella se humilló a sí misma y se vistió como una ramera para engendrar un hijo para su casa. Y entonces, en vez de exponer su pecado, ella le había devuelto el bastón, la cuerda y el sello en privado, protegiendo su reputación.

Lágrimas llenaron sus ojos. Su garganta estaba cerrada. Ella estaba ante él, golpeada y sangrando, con la cabeza inclinada, sin pronunciar una sola palabra de defensa propia, esperando, aun esperando, siempre esperando que él fuera el hombre que debía ser.

¿Cuándo harás lo correcto, Judá?

—Ella tiene más razón que yo porque no mantuve mi promesa de dejarla casarse con mi hijo Sela.

—Puede ser, pero no tiene derecho a hacerse la ramera bajo mi techo.

Judá miró a los ojos oscuros de los cananeos y vio un reflejo de su propio corazón frío. El orgullo de Zimran estaba herido, y su intención era destruir a Tamar por ello. El orgullo de Judá se rompió. ¿No había culpado a Tamar por los pecados de los demás? Sin una pizca de conciencia, la había rechazado y abandonado. Hace poco tiempo, se sintió exultante ante la idea de juzgarla y de saber que ella moriría agonizantemente por el fuego. Él pecó contra ella cien veces a la vista de Dios y nunca se preocupó por el costo para ella. Y ahora que sus pecados le habían alcanzado, tenía una opción: Sigue pecando o arrepiéntete.

Tamar levantó la cabeza y lo miró. Vio algo destellando en sus ojos. Ella podría exponerlo ahora mismo. Ella podría verterle humillación sin fin. Podía darse cuenta de cómo ella lo engañaba en la encrucijada de Enaim, y convertirlo en el hazmerreír de su padre y sus hermanos y de todos los demás a los que pudiera contarlo. Judá sabía que merecía el ridículo público y cosas peores. Vio su ira, su frustración, su dolor. Y él lo entendió. Pero eso no le hizo cambiar de opinión.

Judá se adelantó y trajo su bastón. Lo sostuvo con ambas manos, listo para luchar. —Quítale las manos de encima, Zimran. El niño es mío. —Cuando dio otro paso adelante, la cara de Zimran se puso pálida. El cananeo retrocedió, sus hijos con él.

—Llévatela entonces. Haz con ella lo que quieras. —Zimran se alejó con una mirada de perplejidad sobre su hombro. Sus hijos lo siguieron.

Tamar soltó el aliento y se arrodilló. Inclinando la cabeza, puso sus manos en sus sucios pies. —Perdonadme, mi señor—. Sus hombros temblaron y comenzó a sollozar.

Los ojos de Judá se llenaron de lágrimas. Se arrodilló y puso su mano suavemente sobre su espalda. —Soy yo quien necesita tu perdón, Tamar. —El sonido de su llanto le rompió el corazón. Ayudó a Tamar a ponerse de pie. Estaba temblando violentamente. Un ojo estaba ennegrecido e hinchado. Su labio estaba sangrando. Sus ropas estaban rotas, y los arañazos mostraban dónde había sido arrastrada por el suelo rocoso.

Todos esos años atrás, cuando la vio por primera vez en el campo de Zimran, él sintió algo sobre esta chica y la quería para su casa. Tamar era cananea, pero era honorable y leal. Tenía mucho coraje y fuerza. Seguramente había sido Dios quien lo había llevado a elegir a esta muchacha. Ella había arriesgado todo para tener un hijo que pudiera preservar su casa de la ruina total. Le puso una mano en la cara. — ¡Que el Dios de mi padre, Israel, perdone mis pecados contra ti! —Le besó la frente.

Su cuerpo se relajó. —Y los míos contra ti. —Ella sonrió, y sus ojos brillaron con lágrimas.

Judá sintió una profunda ternura hacia ella. Caminó a su lado hasta que ella tropezó y luego la arrastró en sus brazos y la cargó el resto del camino a casa. Acsa corrió a su encuentro, lista para atender las heridas de Tamara.

Judá esperaba fuera de su casa de piedra, con la cabeza en las manos. Con el orgullo roto, con el corazón humillado, oró como nunca antes lo había hecho, suplicando por alguien más que por sí mismo. Era el atardecer cuando Acsa finalmente se lo dijo. — ¿Cómo está ella?

—Durmiendo, mi señor. —Acsa sonrió—. Todo parece estar bien.

Tamar no había perdido a su hijo.

Alabado sea Dios. Salió entre su rebaño y seleccionó lo mejor que pudo encontrar: un cordero macho impecable. Confesó sus pecados ante el Señor y derramó la sangre del cordero como expiación. Luego se postró ante el Dios de Abraham, Isaac y Jacob y le suplicó perdón y restauración.

Esa noche Judá durmió sin pesadillas, por primera vez en más años de los que podía contar.

Acsa se sintió como si estuviera viviendo al borde de un acantilado y pudiera resbalar en cualquier momento. Tamar había cambiado mucho. Ella había tomado el mando de la casa como lo haría una primera esposa, y su primera orden era que todos los terafines de Batsua fueran removidos y destruidos. Sela se unió a la protesta, pero Judá se mantuvo firme en su apoyo a Tamar. Acsa le rogó a Tamar, pero no sirvió de nada. Así que derramó libaciones en secreto, rezando a los dioses de Canaán para que se las arreglaran para esconderse en su cesta. Todos los días lo hacía por devoción y amor a Tamar, pero cuando Tamar la descubrió en medio del ritual, estalló.

—Si no me obedeces, entonces guarda tus ídolos y regresa a la casa de mi padre con ellos.

—Sólo intento ayudarte, —suplicó Acsa, llorando—. Por favor, presta atención a los caminos del pasado. ¡Es por ti y por el niño que hago contratos con los dioses!

—Nuestro camino estaba mal, Acsa. He terminado con las viejas costumbres. Si insistes en quedártelos, ¡debes irte!

Cuando Tamar tomó el ídolo de arcilla y lo estrelló contra la pared, Acsa gritó con temor. — ¿Quieres que los espíritus vengan contra ti?

—Este niño pertenece a Judá y al Dios de su pueblo. Ningún otro dios será invitado a reunirse en la casa de Judá nunca más. ¡Si te encuentro derramando libaciones a Baal, te echaré! —Tamar se acercó a Acsa, llorando—. No me obligues a hacerlo, Acsa. Te amo, pero nos inclinaremos ante el Dios de Israel y no ante ningún otro.

Acsa nunca había visto los ojos de la chica tan feroces. Convencida de que el estrés inicial del embarazo de Tamar había afectado sus sentidos, acudió a Judá en busca de ayuda. ¡Seguramente querría asegurarse de que todas las deidades fueran aplacadas y su hijo protegido! Pero Judá la sorprendió.

—No habrá otros dioses en mi casa. Haz lo que dice Tamar.

Frustrada, Acsa obedeció. Pasó los meses cuidando cada aspecto de la salud física de Tamar. Ella preparó las comidas de Tamar y le dijo cuándo descansar. Ella masajeó el útero de Tamar y sintió la primera patada del bebé. Ella compartía la alegría de Tamar, porque amaba a la niña y al niño que llevaba en su vientre. Se sentaba y veía a Tamar acariciar su creciente vientre con una expresión de amor y asombro en su rostro resplandeciente. Tamar estaba en paz, y Acsa se encontró orando para que el Dios invisible se apiadara de Tamar y del niño que Tamar había arriesgado todo para concebir.

A medida que se acercaba el momento de que Tamar diera a luz, Acsa preguntó si podía construir una cabaña para partos. —Sí, —dijo Tamar—, pero no sigas las viejas costumbres. ¡Prométemelo!

Acsa prometió y cumplió su palabra. Ella misma construyó la cabaña. Barrió el suelo de tierra y lo cubrió con esteras, pero no cantó ni cantó a los demonios. No calafateaba cada abertura para mantener a los espíritus alejados. En vez de eso, ofreció oraciones al Dios de Judá, porque este era el hijo de Judá.

—Dios de Judá, protege a Tamar. Vigila este nacimiento y bendice a esta niña que se ha alejado de todo lo que ha aprendido para poder estar entre el pueblo de Judá. Te lo suplico por amor a ella. Muéstrale misericordia. Que este niño que ella lleva sea un hijo que la ame y la cuide en su vejez. Que sea un hijo que se levante con fuerza y honor.

Fue un parto difícil. La mitad de Acsa esperaba que así fuera, después de que sus ministraciones a Tamar revelaron la maravillosa noticia de que el vientre de Tamar no tenía a uno, sino a dos, herederos de la línea de Judá.

Acsa había actuado muchas veces como comadrona en la casa de Zimran, pero ni una sola vez había sido testigo de un parto tan duro como éste. Amaba a Tamar aún más ferozmente, pues, aunque la niña sufría mucho, no se quejaba. Hora tras hora, Tamar se esforzó, sudando a cántaros. Ella mordió una correa de cuero para evitar gritar.

— ¡Grita, Tamar! ¡Ayudará!

—Judá oirá y se angustiará.

— ¡Es la causa de tu dolor! ¡Que oiga! ¡Estoy segura de que Batsua gritó!

— ¡No soy Batsua! —Las lágrimas vinieron cuando las venas de su cuello sobresalieron. —Canta al Señor Dios, Acsa—. Gimió mientras los dolores la agarraban de nuevo. Sangre y agua empaparon la roca sobre la que Tamar estaba sentada.

Y Acsa cantó, desesperadamente. — ¡Proclamaré el nombre del Señor! Proclamaré Su nombre y atribuiré grandeza al Dios de Judá, el Dios de Jacob, el Dios de Isaac y Abraham.

—Sus maneras son justas. —Tamar jadeó y luego volvió a gemir, sus manos levantando sus rodillas mientras se agachaba.

La primera mano del niño salió, y Acsa rápidamente ató un cordón escarlata alrededor de la muñeca del bebé. Esta salió primero, anunció ella.

— ¡Oh, Dios, ¡ten piedad! —Tamar gritó entonces, y el niño retiró la mano. Ella rechinó los dientes y volvió a pujar. Acsa oró febrilmente mientras imponía las manos sobre el abdomen de Tamar y sentía que los dos bebés luchaban dentro de ella. Se movieron, rodaron, presionaron. Tamar volvió a gritar, y el primer niño salió, empujando hacia abajo y deslizándose libremente hacia las manos de Acsa que esperaban.

— ¡Un hijo! —Acsa se rió con alegría, y luego jadeó sorprendida. ¡Qué! No era el niño con el cordón escarlata en la muñeca. — ¿Cómo te escapaste primero? Se llamará Fares, —dijo ella, porque eso significaba escapar.

Al cabo de unos instantes, nació el segundo hijo, otro hijo llamado así por el hilo empapado en sangre -Zara, que significa escarda-, que lo proclamó primogénito, aunque había quedado segundo.

Tamar sonrió cansada. Cuando llegó la placenta, se recostó en la tierra cubierta de adrenalina y cerró los ojos con un suspiro. —Hijos, —dijo en voz baja y sonrió.

Acsa cortó las cuerdas, lavó a los niños, los puso en sal y en pañales, y los puso en los brazos de su madre. Tamar sonrió mientras miraba desde Zara hasta Fares. — ¿Ves lo que ha hecho el Señor, Acsa? Él ha elevado a los pobres en espíritu. ¡Me ha sacado del polvo y del montón de cenizas y me ha dado hijos! —Con ojos brillantes de alegría, rió Tamar.

Judá no pudo hablar cuando vio a Tamar con dos bebés en sus brazos. Sus emociones eran tan poderosas que lo ahogaron. A pesar de sus pecados, Dios le había dado una doble bendición a través de esta valiente joven cananea. Miró a sus dos hijos y a su madre, aún pálida por los dolores de parto, y se dio cuenta de que amaba a Tamar por la mujer que era. No sólo la amaba, sino que la respetaba y admiraba. Cuando Judá la trajo a casa a Er, nunca se dio cuenta de cómo Dios la usaría para llevarle al arrepentimiento, para cambiar su corazón, para cambiar

la dirección de su vida. ¡Tamar era una mujer de excelencia, una mujer digna de elogio!

Ella lo miró fijamente. —Quiero que mis hijos sean hombres de Dios, Judá. Quiero que les hagas todo lo que Dios te pida para que sean contados entre Su pueblo.

—En ocho días circuncidaré a mis hijos, y tan pronto como estés bien para viajar, deja este lugar y regresa a las tiendas de mi padre.

Judá vio cómo un hilo de lágrimas se filtraba en el cabello oscuro de sus sienes. Sus ojos estaban llenos de incertidumbre, y adivinó por qué. Ella nunca había recibido un trato tierno de Batsua o de sus hijos. —Mi padre, Jacob, te recibirá, Tamar, y mi madre te amará. Ella te entenderá y a lo que pasó entre nosotros mejor que nadie. Tamar era joven y vulnerable. Ninguna mujer había sido nunca más bella para él de lo que es ahora, preciosa sin medida. Él le haría el camino más fácil.

Ella levantó los ojos. — ¿Cómo puedes estar seguro de que tu madre me aceptará?

—Mi madre fue a ver a mi padre con velos.

Sus oscuros ojos parpadeaban de sorpresa. — ¿Vestida como una ramera?

—Vestida de novia, pero no la que él quería. —Sonrió con tristeza—. Aun así, mi padre llegó a amarla a su manera. Ella le dio hijos.

Soy el cuarto de seis. Judá vio el pulso latir fuertemente en la garganta de Tamar. Parecía profundamente preocupada. Pasó un momento antes de que se diera cuenta del por qué, y el calor se apoderó de su cara. Tomó su mano y la cubrió con la suya. —No me malinterpretes, Tamar, ni tengas miedo de nuestro futuro juntos. Te mostraré el respeto que un hombre debe tener por una esposa, pero ahora eres mi hija. No haré como los cananeos. Te lo prometo. Puso una mueca de dolor, su sonrisa tierna y arrepentida. ¡Una promesa que quiero cumplir!

Sus oscuros ojos brillaban. —Confío en ti, Judá. Harás lo que es correcto.

Bañado con el perdón, su garganta se cerró. Suavemente le tomó la mano y le besó la palma de la mano.

En los años venideros, Judá era un hombre diferente. Renovó su relación con su padre y se reafirmó como líder sobre sus hermanos. Los llevó a Egipto a comprar grano para que la casa de Jacobs pudiera sobrevivir a la hambruna que había llegado a la tierra. Fue entonces cuando Dios lo llevó cara a cara con el hermano que había abandonado: José.

Sin ser reconocido como Zafnat Paneaj, el supervisor del faraón, José los puso a prueba. Cuando exigió que el último hijo de Raquel, Benjamín, fuera dejado como su esclavo, Judá se adelantó, dijo que el desastre se debía a sus propios pecados, y ofreció su vida en lugar de la de sus hermanos. Al ver el cambio en Judá, José lloró y reveló su verdadera identidad. Hacía tiempo que los perdonaba, pero

ahora los abrazaba. José envió a Judá y a sus hermanos de regreso a Canaán con instrucciones de traer a Jacob y a toda su familia de vuelta a Egipto, donde reclamarían la rica tierra de Gosén.

Tamar regresó con Judá, sus hijos crecieron con sus propios hijos.

En su lecho de muerte, Jacob-Israel reunió a sus hijos a su alrededor y les dio a cada uno una bendición. Judá recibió el más grande de todos. El cetro nunca dejaría sus manos. De él y de los hijos que Tamar le había dado a luz, vendría el Prometido, el ungido de Dios, ¡el Mesías!

Hasta su último día en esta tierra, Judá cumplió su promesa a Tamar. Aunque la amaba, nunca volvió a acostarse con ella.

Ni con ninguna otra mujer.

QUERIDO LECTOR,

Acaba de leer la historia de Tamar tal y como la percibe un autor. ¿Es esta toda la verdad sobre la historia de Tamar y Judá? Jesús dijo que busques y encontrarás las respuestas que necesitas para la vida. ¡La mejor manera de encontrar la verdad es buscarla por ti mismo!

Esta sección de Buscar y Encontrar está diseñada para ayudarle a descubrir la historia de Tamar tal como está registrada en la Biblia. Consiste en seis estudios cortos que usted puede hacer por su cuenta o con un pequeño grupo de discusión.

Se sorprenderá al saber que esta antigua historia tendrá aplicaciones para su vida hoy. No importa dónde vivamos o en qué siglo, la Palabra de Dios es verdadera. Es tan relevante hoy como lo fue ayer. En ella encontramos un futuro y una esperanza.

Peggy Lynch

Hogar Líder

BUSCAR LA PALABRA DE DIOS PARA LA VERDAD

Vuelva atrás y lea el pasaje bíblico citado en Ajuste de escena

¿Qué papel jugó Judá en esta historia de rivalidad entre hermanos?

¿Qué le dijeron él y sus hermanos a su padre?

Basado en este pasaje, haga una lista de las posibles razones por las que Judá decidió dejar a su familia en ese momento.

¿Alguna vez te has sentido avergonzado de algún acto descuidado que afectó a otros? ¿Qué decisiones tomaste?

Judá tenía opciones. ¿Qué podría haber hecho diferente?

Proverbios 28:13 nos dice, La gente que cubre sus pecados no prosperará. Pero si los confiesan y los abandonan, recibirán misericordia.

Si Judá hubiera confesado a Dios y a su padre, la historia habría terminado allí. Sin embargo, no lo hizo. ¡En cambio, se casó! Parecería que Judá estaba en un camino de separación de la verdad. Eligió correr y esconderse en lugar de enfrentarse a los problemas reales. Él escogió manejar las cosas por sí mismo en lugar de dejar que Dios dirija su camino.

ENCONTRAR LOS CAMINOS DE LOS DIOSES PARA TI

¿Qué has aprendido sobre Judá hasta ahora? ¿Lo consideraría confrontacional o pasivo? ¿Por qué?

¿De qué manera te identificas con Judá? ¿Cómo lidias con los celos? ¿Con el conflicto?

¿A dónde te diriges con las luchas de la vida, a ti mismo, a tu familia y amigos, a patrones cómodos, a Dios?

DETENERSE A REFLEXIONAR

La gente que cubre sus pecados no prosperará. Pero si los confiesan y los abandonan, recibirán misericordia.

Proverbios 28:13

Tómese un momento para pedirle a Dios que escudriñe su corazón. Guarda silencio delante de Él. Reflexione sobre lo que Él ofrece aquí. lazos familiares

BUSCAR LA PALABRA DE DIOS PARA LA VERDAD

Lee los siguientes pasajes:

Génesis 31: 1-8

Genesis 9:18-27

Según el segundo pasaje, ¿quién era el padre de los cananeos?

Abraham encontró una esposa para su hijo Isaac desde muy lejos, no una cananea. Esaú disgustó a su padre, Isaac, al casarse no con una, sino con dos mujeres cananeas. Isaac envió a su hijo Jacob muy lejos para conseguir una esposa que no fuera cananea.

¿Cómo es que el hijo de Jacobs, Judá, adquirió una esposa?

¿Quién lo ayudó? ¿Quién era su gente? Su primogénito era un hijo. Judá lo llamó Er. ¿Quién llamó a Onán y a Sela?

¿Qué clase de hijo era Er?

Según el siguiente pasaje, ¿qué odia Dios?

Hay seis cosas que el Señor aborrece; no, siete cosas que él aborrece: ojos altivos, lengua mentirosa, manos que matan al inocente, corazón que maquina el mal, pies que corren para hacer el mal, un testigo falso que derrama mentiras, una persona que siembra discordia entre hermanos. Proverbios 6:16-19

Leímos arriba que Er era un hombre malvado. La palabra hebrea aquí traducida como malvada también se usa en muchos otros pasajes de la Biblia. En Génesis 13, Sodoma y Gomorra fueron llamadas malvadas por su práctica de la sodomía; en el libro de Ester, Amán es llamado malvado por conspirar para exterminar a los judíos; en Deuteronomio, cualquiera que guiara al pueblo de Dios a adorar a dioses falsos fue llamado malvado.

¿Qué le hizo Dios a Er?

¿Cuál podría ser la razón de la muerte de Er? ¿Qué clase de hombre declara Dios que es Onán?

¿Cómo desagradó Onán a Dios? ¿Qué le hizo Dios?

El hijo que quedaba de Judá, Sela, debería haber sido dado a Tamar, según las costumbres matrimoniales de la época. ¿Qué razón le dio Judá a Tamar para retrasar el matrimonio?

¿Cuál fue la verdadera razón?

ENCONTRAR LOS CAMINOS DE LOS DIOSES PARA TI

Judá estaba afligido tanto por el pasado como por el presente, y tenía miedo del futuro. ¿Qué miedos te invaden?

¿Cómo lidiar con el miedo?

Er y Onán hicieron lo suyo, y eso los llevó a la muerte. Como nos dice el libro de Proverbios, Hay un camino delante de cada persona que parece correcto, pero termina en muerte (Proverbios 14:12). En contraste, dijo Jesús, Mi propósito es dar vida en toda su plenitud (Juan 10:10).

¿Conoces a Aquel que da la vida en toda su plenitud?

DETENERSE A REFLEXIONAR

Jesús dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede venir al Padre si no es a través de mí. Si me oyen llamar y abrir la puerta, entraré y compartiremos una comida como amigos. Juan 14:6; Apocalipsis 3:20

¿Aceptarás Su invitación?

BUSCAR LA PALABRA DE DIOS PARA LA VERDAD

Lea el siguiente pasaje:

Genesis 38:7-19

Aprendimos en nuestra lección anterior que Judá eligió casarse con una muchacha cananea que estaba prohibida. También eligió una novia cananea para su hijo. Esta joven novia se llamaba Tamar.

Tamar significa palmera datilera. Las palmeras datileras eran árboles muy apreciados, no sólo por su deliciosa fruta, sino también por su majestuosa belleza y su capacidad de prosperar en el clima desértico. Esta novia adolescente no fue nombrada así por casualidad.

¿Qué aprendemos de Tamar en el pasaje anterior?

¿Qué tipo de opciones (si las hubiera) tenía Tamar?

Cuando regresó a la casa de su padre, ¿crees que esperaba volver alguna vez a la casa de Judá? ¿Por qué o por qué no?

¿En qué momento crees que Tamar se dio cuenta de que no habría otra boda?

Tamar decidió tomar las cosas en sus propias manos. Tal vez pensó que Judá es viudo y libre para tomar otra esposa. Ciertamente su propia semilla aseguraría la promesa que me hizo de su descendencia. O tomaré sólo lo que se me ha prometido.

Cuando Tamar puso en marcha sus planes, se cambió la ropa de su viudez. ¿Qué hizo al final del pasaje? ¿Qué tiene esto de significativo? (si necesita una pista, considere lo siguiente: ¿Detuvo a otros hombres que se dirigían a la esquila de ovejas? ¿Se quedó con Judá? ¿Continuó haciendo de ramera? ¿Se jactaba de sus acciones?)

Esta mujer de acción ahora espera. Espera a ver si Judá aceptará su solución a su dilema. Espera a ver si ella será la que construya la casa de Judá. ¡Ella espera para ver al Dios de Judá juzgar entre Judá y ella misma!

Lea el siguiente pasaje:

La gente puede ser pura a sus propios ojos, pero el Señor examina sus motivos. Proverbios 16:2

¿Qué dice Proverbios 16:2 acerca de la opinión de los pueblos sobre sí mismos?

ENCONTRAR LOS CAMINOS DE LOS DIOSES PARA TI

Hasta este punto en la vida de Tamara ella había sido abusada, usada, abandonada y olvidada. ¿Alguna vez ha sido tratado injustamente? ¿Cómo has manejado las promesas rotas?

¿De qué manera te identificas con Tamar? ¿Alguna vez te has adelantado a Dios y has tratado de arreglar las cosas por ti mismo? En caso afirmativo, ¿cuál fue el resultado?

DETENERSE A REFLEXIONAR

Jesús dijo: Venid a mí, todos los que estáis cansados y lleváis cargas pesadas, y yo os haré descansar. Toma mi yugo sobre ti. Dejad que os enseñe, porque soy humilde y manso, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo encaja perfectamente, y la carga que te doy es ligera.

Mateo 11:28-30

Haga una pausa para considerar la carga que está llevando. ¿Harás lo que hizo Tamar y tratarás de manejarlo tú mismo? ¿O dejarás que Jesús se lleve tu dolor, desilusión, trato injusto y decepciones? Acepta el yugo de Jesús. Permítale que le dé una esperanza y un futuro.

BUSCAR LA PALABRA DE DIOS PARA LA VERDAD

Lea el siguiente pasaje:

Genesis 38:24-26

Cuando Judá oyó que Tamar estaba embarazada, ¿cuál fue su respuesta? ¿Fue una proclamación privada o pública?

Judá pudo haber pensado: "¡Esto me librará de la culpa con mi promesa de Sela! Quizá también pensó: "¿Quién me culpará por haberme deshecho de Tamar? ¿Cuál fue la respuesta de Tamar a la sentencia de muerte que exigió su suegro?

¿Por qué crees que Tamar le hizo una pregunta a Judá en vez de hacer una proclamación? ¿Qué revela esto sobre su carácter?

Ahora se le presentaba a Judá una elección. Una vez más podía correr y esconderse, ignorando la verdad; o podía, por fin, hacer lo que era correcto. Según el pasaje que acabamos de leer, ¿cuál fue la respuesta de Judá?

¿Qué revela la respuesta de Judá acerca de su carácter?

Lea el siguiente pasaje:

La gente que cubre sus pecados no prosperará. Pero si los confiesan y los abandonan, recibirán misericordia.

Proverbios 28:13

Un corazón que ha confesado y abandonado el pecado será declarado justo por Dios por medio de Cristo Jesús. Tanto Tamar como Judá encontraron el perdón de Dios y le vieron realizar sus buenos propósitos a través de sus vidas. Sólo Dios puede traer bendición del desastre, el engaño y la desilusión. Sólo Dios conoce el corazón de una persona.

Lee los siguientes pasajes:

Genesis 38:27-30

Jeremias 29:11

Mateo 1:13

Tamar esperaba un hijo. ¿Qué hizo Dios por ella?

Judá esperaba un heredero. ¿Qué hizo Dios por él?

ENCONTRAR LOS CAMINOS DE LOS DIOSES PARA TI

¿Alguna vez se ha enfrentado en privado por algo que hizo o dijo que eso estaba mal? Si es así, ¿cómo te hizo sentir?

¿Alguna vez ha sido abiertamente reprendido, avergonzado o corregido?

¿Cómo respondiste?

Cuando Tamar fue confrontada abiertamente, presentó la verdad (tal como la conocía). Cuando Judá fue confrontado con la verdad, se arrepintió. Había huido de su familia y de su fe. Dios usó las consecuencias de sus decisiones para traer el

arrepentimiento y la restauración. En sus experiencias de enfrentarse a algo que hizo mal, ¿cuáles fueron las consecuencias? Si tuvieras que hacerlo de nuevo, ¿cómo responderías de manera diferente?

DETENERSE A REFLEXIONAR

Vayamos directamente a la presencia de Dios, con corazones verdaderos que confían plenamente en él. Porque nuestras malas conciencias han sido rociadas con la sangre de Cristo para limpiarnos, y nuestros cuerpos han sido lavados con agua pura. Hebreos 10:22

Dios te salvó por su favor especial cuando creíste. Y no puedes tomar crédito por esto; es un regalo de Dios. La salvación no es una recompensa por las cosas buenas que hemos hecho, así que ninguno de nosotros puede jactarse de ello. Efesios 2:8-9

¿Cómo te está atrayendo Dios?

BUSCAR LA PALABRA DE DIOS PARA LA VERDAD

A partir de nuestro breve estudio, hemos visto cómo las circunstancias ofrecen opciones a tomar en la vida. Esas opciones pueden llevar a la destrucción y la desilusión o a la restauración y a una vida productiva. En repaso, mire hacia atrás al pasaje bíblico en Ajuste de escena. ¿Qué clase de hombre era Judá entonces?

¿Qué aprendemos acerca de Judá de este relato? ¿De qué manera había cambiado Judá?

Lea el siguiente pasaje de la Biblia, que cuenta el final de la historia:

Genesis 45:1-15

Génesis 38:11

En ese momento, ¿qué tipo de futuro tenía que esperar Tamar?

Ahora lea el siguiente pasaje de la Biblia, escrito muchos años después:
Y que el Señor te dé descendientes por medio de esta joven que será como los de nuestro antepasado Fares, hijo de Tamar y de Judá. Rut 4:12

¿Cómo fue recordada Tamar por sus descendientes? Tamar tenía sus esperanzas y planes, pero Dios tenía planes más grandes. Él le dio hijos gemelos, que se convirtieron en los antepasados de la tribu de Judá. En última instancia, el Mesías, el Salvador prometido del mundo, vino de esa tribu.

ENCONTRAR LOS CAMINOS DE LOS DIOSES PARA TI

Así como Dios trabajó en las vidas de Judá y Tamar, Él trabaja en nuestras vidas hoy. ¿De qué manera Dios se está revelando a ti?

A medida que has trabajado en estas lecciones, ¿qué cambios sientes que puedes necesitar hacer en su vida?

¿Quién tiene tu futuro? Según Jeremías 29:11 ¿quién te ofrece un futuro?

DETENERSE A REFLEXIONAR

Juan 3:16-18

¿Estás listo para el futuro? Si no has dado tu vida a Jesucristo, puedes hacerlo ahora mismo. Todo lo que tienes que hacer es decir una simple oración. Confiesa que eres un pecador y que deseas dar la vuelta, e invita a Jesucristo a venir a tu corazón como tu Señor y Salvador. Cuando perteneces a Jesús, puedes estar seguro de un futuro eterno y de esperanza para el presente. Elige la vida!

BUSCAR LA PALABRA DE DIOS PARA LA VERDAD

Como ya hemos visto, la historia de Tamar no termina con el nacimiento de sus hijos gemelos. Podemos rastrear a Judá y a Tamar a través de la Biblia. Los siguientes pasajes son algunos ejemplos del futuro que Dios tenía reservado para ellos:

Yo soy José! dijo a sus hermanos. ¿Mi padre sigue vivo? ¡Pero sus hermanos se quedaron sin palabras! Se quedaron atónitos al darse cuenta de que José estaba allí de pie frente a ellos. Ven aquí, dijo. Así que se acercaron. Y dijo otra vez: Yo soy José, tu hermano, al que vendiste a Egipto. Pero no se enojen con ustedes mismos por haberme hecho esto, porque Dios lo hizo. Me envió aquí antes que a ustedes para preservar sus vidas. Estos dos años de hambre crecerán a siete, durante los cuales no habrá ni arado ni cosecha. Dios me ha enviado aquí para mantenerlos a ustedes y a sus familias con vida para que se conviertan en una gran nación. Sí, fue Dios quien me envió aquí, no tú. Y me ha hecho consejero de Faraón, su administrador, todo su hogar y gobernante de todo Egipto.

Date prisa, vuelve con mi padre y dile: "Esto es lo que dice tu hijo José": Dios me ha hecho amo sobre toda la tierra de Egipto. ¡Vengan a verme ahora mismo! Vivirás en la tierra de Gosén para que puedas estar cerca de mí con todos tus hijos y nietos, tus rebaños y manadas, y todo lo que tienes.

¿Cómo se sintió José con respecto a Judá?

En el siguiente pasaje, Judá recibe una bendición de su padre, Jacob (también conocido como Israel). ¿Cuáles son los elementos clave de esta bendición?

Génesis 49:8-12

Lea el siguiente pasaje. ¿En qué se diferencia la bendición de Moisés de la de Jacobs?

Deuteronomio 33:7

Salmos 78:65-68

Génesis 38 -la historia de Tamar y Judá, en la que se basa Unveiled- puede ser vista como una celebración del padre y la madre de una tribu. Tamar fue muy respetada. Sus acciones se llevaron a cabo con la única intención de tener un hijo que continuara con la familia. Dios vio su corazón y le dio a sus hijos. Dios también conocía el corazón de Judá y le proporcionó un camino para que fuera restaurado a su familia, así como a sus descendientes, para que continuaran con su nombre. Finalmente, Dios usó la línea de Judá para dar al mundo el Mesías. El Mesías es a menudo conocido como el León de Judá. Jesús es el Mesías!

ENCONTRAR LOS CAMINOS DE LOS DIOSES PARA TI

¿Hay alguien con quien necesites enmendarte, como hizo Judá?

Al igual que Tamar, todos tenemos esperanzas y sueños para el futuro. ¿Qué tipo de cosas esperas?

¿Cómo quieres que te recuerden?

DETENERSE A REFLEXIONAR

Mis pensamientos son completamente diferentes de los tuyos, dice el Señor. Y mis maneras son mucho más allá de lo que puedas imaginar. Porque así como los cielos son más altos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más altos que vuestros pensamientos.

La lluvia y la nieve descienden del cielo y se quedan en el suelo para regar la tierra. Hacen que el grano crezca, produciendo semillas para el granjero y pan para el hambriento. Es lo mismo con mi palabra. Yo lo envío, y siempre produce fruto. Logrará todo lo que quiero, y prosperará dondequiera que lo envíe. Vivirás en la alegría y en la paz. Las montañas y las colinas se pondrán a cantar, y los árboles del campo aplaudirán. Donde antes había espinas, crecerán cipreses. Donde crecieron las zarzas, brotarán los arrayanes. Este milagro traerá gran honor al nombre del Señor; será una señal eterna de su poder y amor. Isaías 55:8-13

Que la Palabra de Dios produzca siempre el fruto de la obediencia y logre mucho en ti.